

E. POSADA
J. D. MONSALVE
M. F. SUAREZ

CORDOBA
ZEA
GIRARDOT

3 ESTUDIOS BIOGRAFICOS

AUTORES ANTIOQUEÑOS
VOLUMEN NUMERO

AUTORES ANTIOQUEÑOS

Volúmenes publicados:

- 1.—“Cuadros de la Naturaleza”,
por Joaquín Antonio Uribe,
Agosto de 1958.
- 2.—“El Niño Naturalista”, por
Joaquín Antonio Uribe, No-
viembre de 1958.
- 3.—“Las Contadas Palabras”,
poemas de Oscar Hernán-
dez, Diciembre de 1958.
- 4.—“La Voz del Héroe”, prosas
selectas de Rafael Uribe Uri-
be, Abril de 1959.
- 5.—“Sonetos del Amor y de la
Muerte”, por Carlos Castro
Saavedra, Abril de 1959.
- 6.—“Presencia del Pueblo en
Tomás Carrasquilla”, por
Gonzalo Cadavid Uribe”, Ju-
nio de 1959.
- 7.—“Los Indios Carios, los In-
dios Cunas”, por Fray Se-
verino de Santa Teresa, O.
C. D., Septiembre de 1959.
- 8.—“La Vida del General Pe-
dro Nel Ospina”, por Emi-
lio Robledo, Enero de 1960.
- 9.—“En Silencio”, poesías de
Roberto Jaramillo, Abril de
1960.
- 10.—“Córdoba, Zea, Girardot”.
Tres estudios biográficos, Di-
ciembre de 1961.

Próximamente aparecerá, como
volumen N° 11, “Uribe Uribe”,
por Fernando Galvis Salazar.

3 ESTUDIOS BIOGRAFICOS

CORDOBA
GIRARDOT
ZEA

EPOSA
POR J. D. MONSALVE
M. E. SUAREZ

1961

3 ESTUDIOS BIOGRAFICOS

CORDOBA
GIRARDOT
ZEA

UN ESTU
POR: E. POSADA
J. D. MONSALVE
M. F. SUAREZ

1961

3 ESTUDIOS BIOGRAFICOS

CORDOBA
GIRARDOT
ZEA

E POSADA
POR: J. D. MONSALVE
M. F. SUAREZ

AUTORES ANTIOQUEÑOS — VOLUMEN NUMERO DIEZ
IMPRENTA DEPARTAMENTAL — MEDELLIN - COLOMBIA

GENERAL
JOSE MARIA CORDOBA

UN ESTUDIO BIOGRAFICO DE
EDUARDO POSADA

GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

UN ESTUDIO BIOGRAFICO DE EDUARDO POSADA

Todos los colombianos conocen la siguiente anécdota de los días de la independencia, que ha sido transmitida de padres a hijos desde aquellos gloriosos días y que figura entre el florilegio de curiosos episodios que oímos referir a nuestros abuelos en las horas de la infancia:

Un día el general Córdoba se arreglaba ante el espejo el lazo de su corbatín, y en un arranque de vanidad, al verse joven, bello, victorioso y grande, exclamó:

—¿Qué me falta? Estoy sano, soy fuerte, es arrogante mi figura, la gloria me ha coronado desde la adolescencia, tengo títulos y poderío que alcanzaron muy pocos. ¿Qué me falta?

—Juicio, mi General, murmuró el sirviente que se hallaba a su lado.

Verdad o fábula, esa anécdota hace por sí sola la biografía del héroe. Así como los refranes son la quinta esencia de la sabiduría popular, esos cuentos breves, falsos a veces, pero siempre verosímiles, son también a manera de bocetos que hace el pueblo de los hombres extraordinarios por algún aspecto. En la anterior anécdota está Córdoba con sus rasgos prominentes. El tenía todo eso: atractivos físicos, buena fortuna, ímpetus de presunción y falta de cordura, **se non e vero e bene trovato**.

Un célebre historiador inglés, al hacer la biografía de Byron, dice que "todas las hadas, a excepción de una sola, se dieron cita al rededor de su cuna para colmarlo de sus dones: una le otorgó la nobleza, otra el ingenio, otra la hermosura, todas cuanto de mejor tenían. Pero acudió también el hada maléfica no convidada por las demás, y no pudiendo privarlo de aquello que sus hermanas le habían dado con mano pródiga, maldijo cada una de sus mercedes". Algo semejante le sucedió a Córdoba, las deidades que más ama el hombre vinieron a su nacimiento: la gloria, el talento y el valor; pero ésa, la que echaba de menos el indiscreto ordenanza, la diosa de la prudencia, no se acercó ese día a darle sus preseas, y si la falta de ese don le fue útil una vez, allá en Ayacucho, vino en muchas otras ocasiones a serle funesta. Quizás si esa hada hubiese bendecido aquel natalicio, apareciera sin lunares y no se viera tronchada en flor tan brillante existencia.

"A poco más de 200 metros al sur de la plaza de la Concepción, dice el doctor Uribe Angel en su geografía de Antioquia, con la intercepción de una pequeña hondonada, se levanta en forma de mamelón una rebajada y apacible colina. Sobre la parte culminante de ella se veía, hasta el año de 1859, la demarcación de un antiguo edificio, dibujado apenas por las vagas ruinas de sus cimientos. Perteneció aquel solar, con su casa respectiva, a don Crisanto Córdoba y a su señora doña Pascuala Muñoz. Fruto de aquel feliz matrimonio nació en el mes de septiembre de 1799 un niño a quien se llamó José María".

Tales fueron la cuna y los padres del héroe. Eran éstos de puro linaje español y se habían establecido en aquella aldea antioqueña, a fin de trabajar en negocios de minas.

La parroquia de la Concepción había sido segregada, hacía poco tiempo, de la de Rionegro, a causa de su crecimiento, debido a la afluencia de mineros y por la distancia a que se hallaba de la última población. Allí, pues, fue bautizado el célebre caudillo, y no obstante esto, con insistencia que le hace honor, lo reclama como hijo suyo. Recientemente hemos visto la disputa entre las dos poblaciones que piden cada una se erija sobre

su suelo la estatua que va a levantarle en su centenario la gratitud nacional. Rionegro alega en su favor que el héroe la llamó su ciudad natal al enviarle la corona de oro que le obsequiaron en La Paz, y que en ella puso todas sus complacencias. Dice, además, que Concepción no era sino una fracción de aquélla cuando el héroe vino al mundo. Por su parte Concepción presenta la partida de bautismo y comprobantes de su autonomía parroquial.

"Cuando el viajero, dice el geógrafo citado arriba, de pie, en frente de aquel montecillo de Concepción, ve las aguas del río tan cristalinas y puras, el cielo tan azul y sereno, la pradera verde, el bosque tan gracioso y todo el paisaje tan reposado y tranquilo, se sorprende al saber que de este paraje de los Andes saliera uno de los más audaces batalladores de la Colombia antigua".

No participamos de la sorpresa de que habla el distinguido médico antioqueño. Nosotros hallamos natural los sentimientos de valor y patriotismo en medio de una naturaleza opulenta. El aire puro; el cielo esplendoroso; los amplios horizontes; los altivos picachos, donde anidan las águilas; y los ríos, que corren indómitos y soberbios, inspiran entusiasmos nobles, dan fuerzas y brío y hacen amar la libertad y la patria. En las ciudades, donde la atmósfera está enrarecida, donde la vista no puede dilatarse más allá de los muros de los edificios, donde las aguas circulan aprisionadas, y las pequeñeces de la diaria faena no dan tiempo para mirar las nubes que majestuosas y libres se pasean sobre el mundo, nacen más bien las pasiones egoístas, se apagan los generosos impulsos y degeneran la fe, la constancia y el vigor. El mismo doctor Uribe nos dice en igual página: "La temperatura de Concepción es apenas templada; sus aguas son purísimas y su aire tan limpio y sano para ser respirado, que en pocas partes de Colombia se siente la vida tan libre y agradable como en Concepción". Eso es: la vida libre, la que hace desear la patria independiente y la libertad de todos los oprimidos.

Sus primeros estudios los hizo Córdoba en la escuela de Rionegro, que dirigía el señor Manuel Bravo, cepa de una distinguida familia antioqueña, y luégo en un colegio al lado del sabio

Caldas, a quien la guerra civil de los días de la **patria boba** hizo huír de la capital, y se había establecido en Antioquia, donde se le ofrecía bello campo para sus trabajos científicos, a mediados de 1813. Este hombre, lleno de bondad, patriotismo y sabiduría, puso, sin duda, en el corazón infantil de Córdoba los gérmenes del amor a la patria, de valor y de sacrificio que con tanta opulencia habían de fructificar luégo al calor de las batallas. Caldas, como esas aves que conducen en el pico las semillas de los valles a las más enhiestas rocas, llevaba en sus elocuentes labios a las montañas antioqueñas simientes de libertad y ciencia.

El terreno era propicio: allá el movimiento del 20 de julio había tenido entusiasta eco, los pueblos querían colaborar en la grandiosa epopeya que empezaba a desarrollarse en Suramérica, y aparecía en esa tierra un hombre de excepcionales dotes de mando, que supo comprender al sabio y que le dio todo apoyo para sus empresas científicas: el dictador Corral.

Así como de Caldas recibiera Córdoba las lecciones teóricas, en Corral debió aprender prácticamente la actividad infatigable, el dón de gobierno, la honradez, la energía y el valor a toda prueba; pues allí, en Rionegro, donde el sabio dictara sus conferencias y levantara sus fábricas, el dictador organizaba la victoria, como el gran Carnot; y regía, con talento y prudencia nada comunes, a aquel pueblo trabajador y altivo.

¡Qué gloriosa trinidad de nombres se encuentra en aquel momento de nuestra historia en ese pueblo de los montes de Antioquia: Corral, Caldas y Córdoba! Tal parece que de opuestos puntos del país —de Mompós y Popayán— hubiesen venido los dos primeros a ver emplumecer el cóndor de Ayacucho. Un día éste sintió crecidas sus alas y alzó el vuelo hacia las regiones del Cauca, donde veía levantarse espesas nubes de humo. Eran las descargas de Palacé, Calibío, Buesaco, Tacines y Juanambú. El gran Nariño, de triunfo en triunfo, había atravesado las comarcas del sur, para ir a sucumbir cuando iba ya a clavar su bandera en las puertas de Pasto. Los restos de su ejército, a las órdenes de Cabal, se habían retirado al norte y esperaban algún refuerzo de Antioquia y de Santafé. Un valeroso francés, que

puso su vida al servicio de nuestra independencia, el coronel Serviez, fue a la tierra de Córdoba y trajo al Cauca una expedición en la cual venía de subteniente el futuro compañero de Sucre.

No tuvo que esperar muchos días para medir sus fuerzas. A poco tiempo fue la sangrienta batalla en las orillas del río Palo (5 de julio de 1815). Allí fue atacado Cabal por el jefe español Vidaurrázaga y, tras reñida lucha, quedó victorioso el ejército patrio. Esta batalla fue de grande importancia, pues quedó el Cauca libre hasta Pasto e hizo renacer las esperanzas que se habían apagado con la derrota de Nariño en los ejidos de Pasto.

Córdoba fue entonces ascendido a Teniente, pues tal título le da el abanderado Espinosa en sus Memorias, al referir que aquél lo felicitaba al día siguiente por su valor. Córdoba recibió, según algunos de sus biógrafos, un balazo en el sombrero. Es digno de notarse desde ahora que nuestro héroe recibía sus ascensos sobre el campo de batalla; parecía que las balas marcaran sobre su vestido, como la tiza de un sastre, el lugar donde debían colocarse los galones.

Serviez y parte de la fuerza vencedora, después de haber perseguido hasta Popayán los derrotados, fueron llamados a Santafé, donde podían prestar oportunos servicios. Bastaban por el momento en el Cauca las fuerzas de Cabal. Fueron entonces traídos a la capital los prisioneros del Palo.

Delicada era la situación del gobierno independiente en los primeros meses de 1816. Una tremenda batalla había tenido lugar en el páramo de Cachirí, en la cual triunfaron completamente las fuerzas del rey.

Rovira fue depuesto del mando del ejército, y el mismo presidente, don Camilo Torres, tuvo que dimitir en presencia de la catástrofe. El nuevo presidente Fernández Madrid, nombró a Serviez jefe de las fuerzas patriotas, las cuales se habían retirado a las cercanías de Vélez, y allá se hizo cargo en marzo de 1816. Córdoba, que era ayudante del valeroso francés, estuvo a su lado en esa expedición al norte.

Pero toda resistencia era ya inútil al ejército español, vencedor en Cachirí, que avanzaba sobre la capital. Los patriotas estaban débiles y desanimados. La llama de la independencia se apagaba para renacer más tarde, inextinguible y gloriosa. A Serviez, Santander y Córdoba les tocaba llevar a las llanuras de oriente una chispa que había de convertirse en ese poderoso incendio que devorara al poder español en la tierra americana.

De retirada en retirada, el ejército de Serviez vino a la capital, a donde entró en la noche del 3 de mayo de 1816, y de ahí partió al siguiente día, por Cáqueza, en busca de los Llanos, donde vagaban algunas guerrillas de patriotas, y donde podían hacerse invencibles y fuertes. El presidente Fernández Madrid, con sus compañeros de gobierno, con su guardia de honor, con el batallón **Socorro** y con un puñado de hombres civiles, partió hacia el Cauca ¡Cuán triste fue esa división de las fuerzas que defendían la independencia! Reunidas habrían podido detener en Zipaquirá o Santafé al ejército español, o bien partir todas para el Cauca y triunfar allá y hacerse poderosas en Pasto y Quito, o bien seguir unos y otros hacia Casanare y formar en los llanos numerosa legión. Mucho se ha escrito sobre aquellos luctuosos días, y nada queremos decir sobre ello por ser exótico en esta biografía, una vez que Córdoba no tuvo en esos acontecimientos otra participación que la de un sumiso edecán. Simplemente haremos notar cuán funesta fue aquella separación de los patriotas. Santafé cayó en manos de los realistas y sobre todas sus plazas se levantaron patíbulos. Fernández Madrid y sus compañeros fueron a sucumbir allá en el Cauca y corrieron espantosa suerte. Serviez cayó asesinado en los Llanos y sus camaradas pasaron horribles padecimientos.

Refieren que el padre de Córdoba quiso entonces llevarlo otra vez al hogar y apartarlo de la vida militar, y que el valeroso joven no quiso desistir de seguir a Serviez. Algún presentimiento debía tener de los brillantes destinos que le revelaba el porvenir.

El ejército español seguía a los patriotas tan de cerca, que al día siguiente de pasar ellos por Santafé, ocupaban la ciudad

los realistas; una partida de éstos los persiguió y logró quitarles, al atravesar un río, el cuadro de la virgen de Chiquinquirá que Serviez se había traído en la esperanza de arrastrar tras ella las multitudes.

¡Cuán gloriosa fue aquella campaña de oriente! De 2.000 hombres de infantería y caballería, dice Restrepo, no quedaron sino 600 infantes y 30 jinetes cuando salieron de la capital, y ya al llegar a Pore (23 de junio) no eran por todos sino 56 soldados de a pie.

“No puedo dejar pasar en silencio, dice Santander, esa campaña de Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. Descalzos, absolutamente sin ropa, sin recursos y alimentados solamente con carne mal asada y sin sal, deseábamos los riesgos para acabar con la gloria una vida tan amarga”.

Varios combates parciales tuvo el ejército de Serviez en aquellos días. Antes de llegar a Pore fue preciso luchar en Ocoa y Upí al ser alcanzados por los realistas (13 y 22 de junio). De Pore salió el ejército a órdenes del coronel Moreno, gobernador del Llano y batió a Villavicencio en Guachiría (20 de junio). Luego unido a las tropas del general Páez en Arichuma, peleó en Jagual, Achaguas y en otros encuentros de menor importancia. En todos estos campos estuvo Córdoba, sin duda alguna, al lado de su jefe.

Casi tres siglos hacía que esas llanuras habían visto una gran proeza. Federmán, al frente de una tropa de valientes, había venido desde las orillas del mar, conquistando esa comarca, y llegado a través de los llanos, después de innúmeras fatigas, con un puñado de titanes al pie de la cordillera; la escaló atrevido y plantó su tienda donde hoy se eleva la risueña Bogotá. Pompa homérica sería menester para relatar los prodigios de aquellos hombres en las primeras páginas de nuestra historia. Pues bien; al cabo de los tiempos se repetían proezas semejantes sobre aquel llano magnífico y bravío. Parecía que Santafé devolvía a la grandiosa pampa el puñado de héroes que de allá habían venido a fundarla hacía cerca de trescientos años. Los grandes ríos, las

brisas del Orinoco, los árboles centenarios debieron recordar, al sentir los pasos de los que venían a pelear contra el despotismo, a aquellos que habían pasado en otra época luchando contra la barbarie, y debieron reconocer que los unos eran descendientes de los otros, y que no estaba extinguida la estirpe del Cid y de Pelayo.

Córdoba militó con el jefe de los llaneros después de haber sido asesinado el indómito Serviez. Al lado de Páez estuvo en varias de las épicas hazañas que ilustraron el Llano, en esos maravillosos días.

Pero la vida en aquel ejército, con aquellos centauros de las sabanas, no era del gusto de algunos oficiales del interior, y pidieron su pasaporte para unirse a Bolívar, que había desembarcado hacía poco en las costas de Venezuela. A algunos les fue concedida la licencia, pero a otros se les denegó. Córdoba, que estaba entre estos últimos, resolvió retirarse sin pasaporte, y fue aprehendido y juzgado como desertor. He aquí cómo refiere el mismo Páez en su autobiografía el peligro que corrió la vida de Córdoba:

“Para impedir cuanto me fuera posible la deserción, mandé una partida de caballería a alcanzar a los que no llevaban pasaporte, y sólo trajeron al teniente José María Córdoba (después renombrado general de Colombia) y al capitán Ramón Durán. Un consejo de guerra los condenó a muerte, pero al fin se les perdonó la vida por haber intercedido en favor de ellos el gobernador de Casanare, el padre Trinidad Travieso, y el benemérito Pedro Camejo, alias **El primero**”.

Sin embargo, Córdoba insistió en su propósito y se unió al Libertador. Al lado de él hizo aquella gloriosa campaña del norte, y se halló en las batallas de **Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá**. Entró a Bogotá el 10 de agosto con el ejército libertador.

Cuán grata debió ser aquella hora en que pusieron su planta en la plaza mayor de la capital esos hombres que habían salido prófugos y sin esperanzas tres años antes. Cuántas lágrimas de gratitud no derramarían a los pies de esos veteranos los ojos de los habitantes de la antigua ciudad. Pero el regocijo general de-

bía turbarse por momentos al ver entre la multitud entusiasmada los trajes negros de las viudas y huérfanos de los fusilados por Morillo y Sámano.

Grandes cualidades debió resolver Córdoba en todas estas campañas, pues el Libertador lo escogió inmediatamente que entraron a Bogotá para que siguiera con 100 hombres a libertar a Antioquia. No tenía entonces sino veintiún años; llegaba, pues, apenas a la mayor edad.

En los primeros días del triunfo de Boyacá siguió a esta campaña; en el camino de Honda logró alcanzar algunos de los fugitivos españoles que iban armados, y ya el día 25 se hallaba en Nare, a donde no llegó sino con 40 hombres.

Gobernaba en Medellín el coronel Carlos Tolrá, y al saber que Córdoba había llegado a Rionegro, huyó hacia el nordeste. Acompañaba a las fuerzas patriotas el doctor José Manuel Restrepo, nombrado jefe civil de la provincia. Con qué nombres tan gloriosos se va tropezando la pluma al hacer este bosquejo del general antioqueño: Caldas y Corral, primero; Caldas y Mejía, en seguida; Santander y Fernández Madrid, luego; Páez y Bolívar, después. Ahora es una venerable figura, la del Tácito colombiano. El doctor Restrepo no solamente nos ha dado inmortales páginas de historia, sino que supo, en las tremendas horas de la independencia, ser patriota y valiente. De él puede decirse lo que se dijo recientemente del duque de Aumale, que antes de escribir la historia la hacía con su brazo.

Entre los nombramientos que hizo Córdoba en aquellos días está el de director de la imprenta, para la cual fue designado el doctor Félix Restrepo. Luego veremos en qué lugar y en cuáles circunstancias se volvían a encontrar el héroe y el abogado.

Córdoba fusiló en aquella ciudad, según dice Llano, a algunos españoles tan solo por reputarlos sospechosos. No hemos hallado datos precisos sobre este hecho, que, como muy bien dice el biógrafo citado, “es de aquellas faltas que el tribunal de la historia no puede permitir”.

Sámano, con el pavor que le causara la victoria de Boyacá, había ido a dar a Cartagena, y de allí dispuso, en la esperanza de

recuperar su dominio, que Warletta subiera por el río Cauca e invadiera a Antioquia. Repentinamente apareció aquel pacificador que conocía bien esa comarca, en Yarumal, al frente de numeroso ejército. Pero por allí salió Córdoba a su encuentro. En aquella época no se dormía, y Sámano debió sorprenderse al saber que las tropas que enviaba por allá en los confines de Antioquia, eran derrotadas por uno de los que habían vencido en Boyacá, pocos meses hacía, a otro de sus tenientes.

El triunfo de **Chorros Blancos** (12 de febrero de 1820), fue de una importancia capital, pues impidió que se comunicara el viejo virrey con los realistas de Popayán y Quito.

El historiador Restrepo nos refiere que Córdoba había sufrido en aquellos días una caída del caballo, y que por consecuencia de ello, estuvo loco algún tiempo. No obstante su mal estado, hizo esta penosa campaña.

El gobierno de Bogotá envió la orden a Antioquia de invadir por el río Cauca el territorio del bajo Magdalena. Córdoba fue encargado de la audaz empresa. En Zaragoza consiguió algunas embarcaciones y en ellas bajó por el río Nechí. En la boca de éste se encontraba una numerosa fuerza española y se sirvió de una estrategia para desalojarla. Llenó de luces un gran número de balsas, y el enemigo se creyó en presencia de numeroso ejército que bajaba a cortar la retirada, y abandonó sus posiciones. Hubo, no obstante, recia pelea en Majagual, que comprometieron con grande arrojo a Manuel Corral (hijo del dictador) y Salvador Córdoba (hermano de nuestro héroe), en la cual obtuvieron espléndido triunfo (17 de febrero de 1820).

He aquí una carta de Córdoba en que da cuenta de sus posteriores operaciones en el río Magdalena:

“Mompós, junio 23 de 1820, a las 6 de la tarde.

“Señor doctor José Manuel Restrepo:

Mi apreciado amigo: Por fin he cumplido con las órdenes del vicepresidente, de entrar a esta villa y ocupar las sabanas: he buscado con ansia un combate para hacer brillar las armas de mi mando; pero los cobardes abandonan siempre los campos de batalla. De Magangué mandé los dragones y cincuenta hom-

bres de infantería a ocupar las sabanas. Ciento y algunos enemigos que allí habían se retiraron a Tolú. Excepto algunos pueblos que están a cuatro, seis y diez leguas de Cartagena, todos están libres.

De Magangué me puse en comunicación con Maza, y formé una combinación para atacar igualmente al enemigo en todas sus posiciones; pero éste, con la noticia de que el almirante Brión ocupaba las bocas del Magdalena con una escuadra de quince buques y algunas flecheras, y que una división trataba de ocupar, como efectivamente, a Barranca, se retiró precipitadamente el 19 por la tarde. Yo calculé que el enemigo precisamente debía hacer esta operación, pero por alguna falta de conocimiento podría tardarse algunos días más; entonces ya vi que la combinación se tardaba y mandé cincuenta hombres con los dos buques de guerra a la boca de Tacaloa, a las órdenes del capitán Mendoza: en Magangué dejé 25 hombres para que guardasen 70 enfermos que allí tenía, y con 200 hombres me dirigí por unos caños por donde ni las ratas habrían pasado, con el objeto de tomar esta plaza; así fue, y a mi llegada supe que el enemigo hizo el movimiento que yo había calculado haría; pero mi amigo, como todo no ha de ser victoria, el enemigo, que desesperadamente trataba de romper, atacó a Mendoza, que no cumpliendo con mis órdenes, colocó malísimamente su tropa. Los dos buques fueron apresados, y su tropa se dispersó, huyendo Mendoza cobardemente; y no sólo esto: sino que pasó a Magangué, alarmó aquella guarnición, que también se dispersó. De los 50 de Tacaloa he reunido aquí 35. De la guarnición de Magangué he sabido que los cobardes Mendoza y Cástor Gómez, comandante de ella, se retiraron a Majagual, y muy pocos enfermos quedaron en Magangué. En este momento he sabido que los enemigos no lo ocuparon, sino que siguieron su retirada.

Aguardo la escuadrilla para ir rápidamente a ocupar aquellos pueblos: el enemigo solamente tiene cien fusiles disponibles: y aquellos dos indecentes han huído sin batirse. Ahora me las van a pagar todos los españoles y dichos dos oficiales, a los cuales encomendaron ya a Dios, pues están en capilla: si caen en

manos de los españoles mueren y si en las mías, seguramente mueren.

Mi amigo: no pensé yo, cuando me puse en marcha de esa, tantas ventajas. Sin duda alguna dentro de un mes somos dueños de las Provincias de Cartagena y Santamarta. Tal vez las murallas de Cartagena durarán en poder del enemigo algunos días más; pero muy pocos. Me aguardo para concluir ésta al amanecer de mañana.

24 a las diez de la mañana.

Anoche se me reunió la escuadrilla, compuesta de siete buques y algunas escuchas, y 150 fusileros, de modo que a las dos o a las cuatro de la tarde marchó con dicha escuadrilla y 350 fusileros a atacar rápidamente al enemigo en donde esté, reunir los dispersos de Magangué, y en fin, o hacer grandes cosas, o que me lleve el diablo.

Adiós, mi amigo; mande usted con consideración a su afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m.

J. M. Córdoba"

Con la misma fecha de esta carta escribía Bolívar desde Cúcuta a Santander, que se hallaba en Bogotá. En ella le dice:

"Pienso mandarle el grado de coronel a Córdoba luégo que haya obtenido algún suceso, para que mande en jefe todas las fuerzas del Cauca y Magdalena; me parece que lo ha de hacer muy bien, y me llevaré un chasco si este joven no sale un excelente oficial".

Pocos días después tuvo lugar el sangriento combate de Tenerife (25 de junio de 1820). El triunfo de Maza fue espléndido, pero manchó sus laureles con los actos de crueldad que ejecutó. Todos los vencidos fueron pasados a cuchillo, y dice Baraya que un testigo presencial le refirió que en el bongo llamado **La Comandancia**, no quedó un solo pedazo del color de la madera. Las aguas del Magdalena corrieron durante unas horas teñidas de carmín, y los caimanes hicieron opíparo banquete.

Córdoba iba por tierra sobre Tenerife para atacar simultáneamente con Maza, que bajó por el río; pero fue engañado por

los espías, quienes lo desviaron del camino. Al comprender esto Córdoba fusiló a dos de ellos, Saavedra y Cortina; el otro, llamado José Isabel, logró huir por entre las selvas, según refiere el señor Capella Toledo en la biografía del comandante Ramírez. Esto hizo que llegara cuando ya la batalla había terminado.

Siguió entonces la campaña del litoral. Ocupó a Barrancas, pacificó las sabanas del Corozal, estuvo en Barranquilla, y sitió a Cartagena al lado de Montilla (1º de julio de 1820). Quince meses se sostuvieron las fuerzas realistas en la heroica ciudad, que sufría un tercer sitio, pero al fin cedieron ante el empuje de los patriotas (10 de octubre de 1821).

¿Por qué duró tanto aquel sitio? José María del Castillo lo explica en una carta al doctor Restrepo, de fecha 30 de septiembre de 1820:

"Cartagena, le dice, para ser rendida, necesita no sólo ser sitiada por tierra, sino también bloqueada por mar, y sin marina no se logrará jamás esto. De aquí ha procedido que ha tenido socorro de víveres y de tres corbetas de guerra, una de la Habana y dos de Puerto Cabello, las cuales han espantado a nuestros bergantines y goletas, dejando franco el puerto".

Córdoba, durante aquel largo sitio, estuvo pacificando los alrededores, según se ve en la carta que le escribió al doctor Restrepo en septiembre de 1820, dándole cuenta de sus operaciones.

En esos días, según el señor Capella Toledo, cayó en poder de Córdoba el espía aquél que se le había fugado en Tenerife, y lo hizo fusilar en el acto.

Bien debió conocer el general Montilla el carácter de Córdoba durante esa campaña, pues en una comunicación a Bolívar le dice (Turbaco, 21 de septiembre de 1820): "a pesar de que su Excelencia me ordenó a la vez encargase del mando de la Provincia de Santamarta al Teniente Coronel José María Ricaurte, después me oficia el ayudante general, ciudadano Gabriel Pérez, diciéndome debe quedar con aquel mando el teniente coronel José María Córdoba. Como el señor presidente convino conmigo en que el teniente coronel Ricaurte era el que debía mandar en Santamarta, puede ser muy bien equivocación de la comunica-

ción del señor ayudante general Pérez: y sobre esto pido a vuestra señoría una explicación, siendo de mi deber hacer presente que el carácter fogoso y valiente de Córdoba sería mucho más útil a la patria con su batallón al frente del enemigo, que en una provincia, donde la dulzura y prudencia pueden ser muy necesarias para su pacificación; mientras venga la decisión de su excelencia, el comandante Córdoba será colocado en su destino, aun tocando el inconveniente de quién mande su batallón, que se halla sin mayor”.

Pero el águila sintió deseos de ir a pasearse en otras lejanas tierras. Había mojado sus alas en las ondas del Orinoco; había cruzado llanos inmensos, había revoloteado sobre Boyacá, Cundinamarca, Antioquia y Cauca; Santafé la había visto cernirse triunfal y gloriosa sobre sus campanarios; el Magdalena había ref'ejado su vuelo sobre las tranquilas aguas. Ahora, desde las murallas de la vieja y heroica ciudad, se sintió con fuerzas para ir a extranjeras comarcas, a desgarrar sobre distantes cimas el pendón de los leones y los castillos almenados. Vio allá por el lado del Pacífico las elevadas cimas del Cotopaxi, del Pichincha, del Tunguragua, y tendió su vuelo hacia esas latitudes.

El Istmo de Panamá había proclamado su independencia hacía pocos meses, y su gobernador Fábrega pidió algún auxilio a Montilla, comandante general de Cartagena. Maza y Córdoba fueron enviados entonces al Istmo con el batallón **Magdalena**. Santander, vicepresidente de la república, les dio luego la orden para que siguieran a Quito, donde podían ser más útiles los servicios de aquellos dos bravos. Navegaron en el mar de Balboa y llegaron a tierra ecuatoriana. “En Guayaquil, dice el general López, no se les permitió desembarcar ni que se les prestara auxilio alguno, y así les fue forzoso seguir y hacer tierra en Machala”. Con inauditos padecimientos atravesaron la fragosa montaña y se incorporaron al ejército de La Tacunga, el 13 de mayo de 1822, pocos días después de la batalla de Bomboná.

Una semana después le tocaba a Córdoba hacer una acción distinguida de valor. Sucre había acampado con su ejército a

las puertas de Quito, en el ejido de Turubamba. Córdoba observaba a caballo, con su anteojo, las baterías enemigas.

—Coronel, mire que le están apuntando con un cañón, le dijo el ayudante Botero.

—Déjelos usted tirar, respondió Córdoba con toda impavidez, y continuó tranquilo observando al enemigo.

El artillero disparó, y el terrible proyectil despedazó al capitán de cazadores Felipe Pérez, que cayó a los pies del corcel del general.

Tres días después, una nueva victoria coronaba la frente de Córdoba. Sobre la cumbre del Pichincha obtenía Sucre el triunfo que había de hacerle dueño de Quito. Córdoba, que había hecho prodigios durante el combate, fue ascendido a general de brigada inmediatamente después de la entrega de aquella ciudad.

Pero si el fuego realista se apagaba en la capital del Ecuador, renacía por allá en las campiñas de Pasto. El español Benito Boves se insurreccionó en esta ciudad y levantó la bandera del rey. Sucre y Córdoba corrieron a sofocar el movimiento. Reñidos combates tuvieron lugar en Guátara, Cuchilla de Taindala, Sacuanquer y Pasto (22, 23 y 24 de diciembre), y Córdoba peleó en ellos al frente del batallón **Bogotá**. Vino entonces hasta Popayán, a fin de destruir las guerrillas realistas que existían por allí.

En los primeros días del año siguiente (1823), vino a Bogotá, donde fue nombrado por el vicepresidente Santander, comandante general, y luego miembro de la corte marcial, que se fundó en agosto de aquel año. Córdoba aceptó este nombramiento, pero manifestó que deseaba más bien volar a los campos de batalla. Antes de un mes realizó sus bélicos deseos, pues fue enviado nuevamente al Cauca a organizar allí un ejército para auxiliar al Perú.

Durante su permanencia en la capital del Cauca, ocurrió un episodio de la vida de Córdoba, que apenas mencionan sus biógrafos, pero que fue para él causa de grandes amarguras: la muerte del sargento Valdés. En el proceso que se instruyó, algunos testigos aseguraron que el mismo Córdoba le había dado

la muerte con una bayoneta, y otros manifestaron que él había dado la orden de que se le matara, lo cual había ejecutado en el acto la guardia. Unos dicen que fue por celos, y otros que por irrespetos del subalterno. De todos modos, el hecho no parece justificado, y el mismo Córdoba reconoció su falta.

El señor don José Belver publicó en 1885 una relación de este acontecimiento en el "Papel Periódico Ilustrado". He aquí sus palabras:

"Hallándose el general José María Córdoba, de vuelta de la campaña del sur, paseándose un día por las afueras de la ciudad, vio en una ventana a una mujer joven, de interesante fisonomía, y resolvió entrar a visitarla. A esa primera visita se siguieron otras, y habiendo encontrado allí, dos o tres veces a un sargento, el general comprendió que aquél era el jefe de esa habitación; y abusando de su autoridad le previno que no volviera más a aquella casa, y que si le desobedecía, lo pasaría muy mal. El sargento se retiró ofreciendo cumplir el mandato que se le hacía; pero como la mujer que habitaba aquélla, era su presunta esposa, él no pudo prescindir de volver a verla, siempre que podía hacerlo, con la seguridad de que no lo encontraría el general.

Hubo una noche —según constaba en el sumario— una función teatral o una **maroma**, y juzgando el sargento que el general estaría convidado a concurrir a ella, o iría voluntariamente, se dirigió a dicha casa, violando la prohibición que le había impuesto. A eso de las nueve tocan a la ventana, y como nadie contestó, repiten los golpes con insistencia; la mujer resuelve acercarse a preguntar quién es, y conociendo la voz del general, abre temblando aquélla, y éste le dice que le franquee la entrada; ella se la permite, pero, por el susto de que se hallaba poseída, se olvida de cerrar la ventana; Córdoba entra preguntándole dónde está el sargento, y ella le contesta que no está ahí; mas aquél, con la persuasión de que no se le dice la verdad, toma la vela, lo busca por todas partes, alumbra al fin debajo de la cama, y viéndolo allí le ordena que salga. Este obedece al punto,

y al ponerse en pie, le saca el general la bayoneta que tenía en el tahalí y se la clava en el vientre.

Viéndose aquél herido mortalmente, le decía a su agresor: **Mi General, no me acabe de matar, déjeme confesar.** Esto declararon dos individuos que en aquellos momentos se habían acercado a la ventana, y que vieron y aun presenciaron algo de esta horrorosa escena. El cuadro no podía ser más lastimoso, ni más triste, ni más desagradable.

El sargento murió poco después. El General fue encausado criminalmente, y la sentencia del consejo de guerra fue absoluta y remitida en consulta a la alta corte marcial. . ."

La anterior relación del señor Belver, quien fue empleado en esa corte marcial y conocía los autos, difiere sólo en pocos detalles de la que hace dicha corte en su fallo sobre el asunto, del cual hablaremos más adelante. De todos modos fue una falta que cometió Córdoba en un momento de arrebató, de ella se arrepintió toda su vida y trató de lavar su mancha con un noble ejemplo de civismo, como veremos luégo. Al leer esta relación no podrá el lector menos de recordar las palabras del fiel sirviente, con que empezamos esta silueta.

Triste es referir este episodio, pero es deber de quien escribe historia decir a todo trance la verdad. El biógrafo que tan sólo endiosa a su héroe, corre el riesgo de ser tenido por ciego y falso apologista.

De Popayán salió Córdoba en auxilio de las fuerzas patriotas, que se hallaban en Pasto rodeadas de enemigos. Tuvo que vencer en dos sangrientas reyertas donde se le quiso detener el paso: Cebollas y Tacines. Luégo en otro punto llamado Veinticuatro.

Pacificado el Cauca, vencidos los realistas del Ecuador, miró el gallardo militar nuevamente hacia el sur. Allá había más países que libertar. Bolívar lo había precedido en esa ruta y allá lo esperaba en las costas del Perú. Así como Pizarro atravesara ese mar en otro siglo en busca de oro, y sujetara con brazo audaz el poderoso imperio de los Incas, ahora iba ese puñado de

colombianos en busca de la libertad, el más valioso de los tesoros, y a derrotar, a su turno, las huestes españolas.

En Guayaquil se embarcó Córdoba en marzo de 1824 con los batallones **Istmo** y **Cartagena**, y fue a desembocar en Trujillo, donde estaba el Libertador esperando este refuerzo con la mayor ansiedad.

El Libertador reorganizó entonces su ejército a fin de apagar las rivalidades que existían entre los colombianos, peruanos y chilenos, y para abrir la campaña del Perú.

Fueron colocados a su lado Lamar, Santacruz, Necochea, Miller, Aldunate y otros bizarros generales. A Sucre se le dio el mando en jefe del ejército auxiliar de Colombia, llevando a sus inmediatas órdenes a los Generales de División Lara y Córdoba.

¡Cuán hermosa debió ser esa gran parada que tuvo lugar en las Pampas del Sacramento, en vísperas de la batalla de Junín! En aquella hermosa altiplanicie se reunieron más de siete mil hombres a las órdenes del Libertador. Allí, el ejército del Perú mandado por Lamar y Santacruz; allí, las tropas colombianas encabezadas por Sucre y Córdoba; allí las caballerías argentina y chilena comandadas por Necochea. La mañana estaba esplendorosa, el sol hacía brillar los aceros y el oro de los uniformes; a lo lejos se veían las cimas de los Andes envueltas en la neblina; un aire purísimo que venía del lago de Reyes, donde nace el Amazonas, agitaba las banderas; entonaban las bandas guerreras sus himnos, los caballos piafaban, los soldados vitoreaban al Libertador. Bolívar, emocionado, recorría las filas, y se veía en su semblante aparecer, al contemplar esos aguerridos batallones, un sentimiento de placer y orgullo. Algo así como el de un adolescente enamorado y correspondido. Fue entonces cuando arengó a sus soldados para ofrecerles una nueva victoria: "Un nuevo día de gloria se os presenta: el 7 de agosto en Caracas, el 7 de agosto en Boyacá y el 7 de agosto en las Pampas de Jau-pa", dijo, señalando a lo lejos. Hay en estas palabras algo de aquella proclama de Napoleón: "Mirad el sol de Austerlitz".

Pocos días después fue la sangrienta batalla de Junín, aquella batalla donde se cruzaron las espadas tan heroicos paladines.

Fue en pleno siglo XIX, cual un combate de las antiguas edades, que ignorantes de la pólvora, se batían a arma blanca. Esos centauros, españoles y americanos, lucharon allí como nuevos Horacios y Curacios que salían de su ejército para batirse solos y decidir la suerte.

Córdoba no estuvo en esa horrenda refriega por haberse atrasado la infantería.

El viejo virrey, al saber en el Cuzco la derrota de Junín, resolvió venirse con sus tropas a vengar en persona el desastre. Por su parte, la infantería republicana ardía en deseos de combatir, para probar que ella, como los jinetes de Junín, sabía abatir el soberbio pendón de Iberia. Las operaciones, sin embargo, tuvieron que suspenderse durante los meses de octubre y noviembre por causa de las lluvias, estación inclemente en aquellas breñas de los Andes.

Bolívar partió entonces para Lima, donde graves asuntos lo llamaban, y dejó a Sucre de jefe del ejército.

Tras una brillante retirada, en la cual demostró éste sus talentos estratégicos, llegó al fin el día de la gran batalla, al pie del Cundurcunca.

¡Oh, quien tuviera la cítara de Olmedo, su numen épico, su entonación robusta y majestuosa para cantar aquella sublime pelea donde se puso el último sello a la libertad de un mundo!

Más de una docena de años hacía que la América del Sur era teatro de una hecatombe formidable. Las batallas estallaban en todos los confines cual los fuegos de artificio que se queman en una plaza pública: no había cesado el humo en un lugar cuando resonaban ya los truenos en algún otro extremo. Va ahora a reventar el último castillo, Ayacucho, el que llenará de claridad el horizonte y arrojará para siempre los amos extranjeros de su hermoso suelo.

Fue el 9 de diciembre de 1824 la gran batalla. El sol que había estado velado por espesas nubes durante los días anteriores, apareció en tal fecha rutilante y magnífico por sobre la cumbre del cerro que llamaron los Incas **Cuello del Cóndor**. Hoy, aquí el ave de la libertad, el gran pájaro de los Andes, va a le-

vantar su garganta abatida, decían los soldados al descifrar el nombre de **Cundurcunca**, teniéndolo por feliz augurio.

Cerca de medio día se rompió el fuego en ambos bandos, y se trabó la sangrienta refriega. Córdoba recorrió a galope sus batallones arengándoles con frases de entusiasmo. Al ver la caballería enemiga que avanzaba, le dijo al **Pichincha**: “contra infantería disciplinada no hay caballería que valga”. Un rato después salió al frente de su columna y dio aquella voz de mando hasta entonces inusitada, y que la historia ha puesto con áureas letras en sus más hermosas páginas: “DIVISION: armas a discreción, de frente, paso de vencedores!”

“Imagínese, dice el General López, la belleza de aquel General de veinticinco años en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de Jipijapa y siguiendo con la izquierda el favorito castaño claro habituado por él a cabriolar y a saltar; su rostro encendido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraban como rayo por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del **Voltígeros** rompió el bambuco, aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte; los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó lentamente esa cuádrupa legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su amo”.

Conocidos son los incidentes y el resultado de aquella gran batalla. Bastó una hora para poner en completa dispersión al ejército realista. 1.800 muertos quedaron de él sobre el campo de batalla y 700 heridos. Casi la mitad de su ejército cayó prisionero, inclusive el valeroso virrey, que peleó como todo un hijo del Cid. Córdoba fue el héroe de aquella jornada, y tales fueron sus proezas, que Sucre lo ascendió a general de división sobre el mismo campo de batalla.

Después de ese día fue un camino de gloria el que le tocó recorrer a Córdoba en el alto Perú. Al lado de Sucre estuvo en Puno, en El Cuzco, en La Paz, en el Potosí, en Chuquisaca. Vio nacer a la nueva república de Bolivia, y vio a Sucre llegar al poder supremo de ella. Una corona de oro le fue entonces obsequiada a Bolívar en La Paz, y él la regaló a Córdoba, quien la envió a Rionegro, donde se guarda con maternal cariño.

Pero en medio de tales glorias vino a sorprenderlo implacable y aciaga la mano de la justicia. Desde Bogotá se le pedía cuenta de aquel homicidio cometido por él en Popayán en tiempos anteriores. Dio entonces el gallardo joven un ejemplo de civismo, digno de ser imitado en todas las naciones.

He aquí sus palabras, que debieran grabarse en las puertas de todos nuestros tribunales:

“Cachambra, 18 de septiembre de 1826.

“Al Excelentísimo señor general en jefe.

“Excelentísimo señor: Por correo que acaba de llegar de Lima he recibido adjunta a una carta particular del señor general Lara, copia de un oficio que el gobierno de Colombia pasa a V. E. reclamándome para ser juzgado por la corte marcial de la República, por hallarme acusado de haber dado muerte alevé en Popayán a un sargento, de haber intentado la muerte de un capitán, y de otros atentados de que se me acusa haber tenido en aquella campaña; yo he pedido repetidas veces al Libertador me permita marchar al efecto indicado. S. E. nada me ha contestado. V. E., sin duda, no ha tenido tiempo para comunicarme y mandarme cumplir la citada orden del gobierno; la espero, Excelentísimo señor, para pasar a Bogotá a dar cuenta de mi conducta en los actos de que se me acusa. Dios guarde a V. E.

“Excelentísimo señor:

José María Córdoba”.

Sucre le contestó desde Chuquisaca que como aquel reclamo no era de carácter urgente y no había modo de reemplazar a Córdoba en el mando de su división, debía esperarse algún tiempo más para que se le diera la licencia que solicitaba. Insistió Córdoba, sin embargo, y manifestó que "por falta de una hora de resignación ante la justicia podía perder diez años de gloria".

Se le otorgó al fin licencia, y se vino por Popayán, pues **La Gaceta de Colombia**, de 22 de julio de 1827, da cuenta de que había llegado a aquella ciudad de viaje para la capital, a donde venía a vindicarse de los crímenes de que se le acusaba.

A pocos días de su llegada a Bogotá fue juzgado en consejo de guerra. Se reunió este tribunal el 18 de octubre de 1827 en la casa del general Rafael Urdaneta, y el fallo fue absolutorio. Subió el proceso en segunda instancia a la alta corte marcial, y he aquí cómo pasaron allí los hechos, según los refiere el señor Belver, a quien citamos arriba:

"El día que tuvo lugar la relación del proceso, se presentó el acusado en este tribunal, vestido con un lujoso uniforme, y acompañado de su defensor. Después de hablar éste, tomó la palabra el general y adujo en su favor otras varias razones, de las cuales, dos, que se indicarán más adelante, puede decirse que constituían el caballo de batalla de aquella defensa. Terminados los alegatos, siguió la conferencia secreta que ordenaba la ley, y cuando ya estuvo acordada la votación, el presidente tocó la campanilla, el portero abrió la puerta y el general Córdoba se presentó en ella con su sombrero elástico bajo el brazo izquierdo y en la mano derecha un bastón de carey. Los jueces tenían que fundar su voto antes de emitirlo, y la votación debía empezar por el menos antiguo, razón por la cual siempre les tocaba votar primero a los dos militares. El voto de éstos, y el de los dos magistrados togados, fue porque se confirmara la sentencia absolutoria del consejo de guerra; pero el presidente, que lo era el doctor Félix de Restrepo, y a quien como tal le tocaba votar después de los demás, antes de emitir el suyo, se expresó en estos o semejantes términos: "Siento mucho diferir

en este grave asunto de la opinión de mis honorables compañeros, y voy a manifestar las razones que a ello me obligan (aquí hizo una recapitulación de las pruebas que obraban contra el general Córdoba en el proceso, y luego continuó): los principales argumentos aducidos por el señor general y su defensor para sostener que no ha habido delito, y que, por lo mismo, la corte debe confirmar la sentencia absolutoria del consejo de guerra, son dos: el primero consiste en la aseveración de que el general fue irrespetado por el sargento, y que este delito lo reputa la ordenanza como uno de los más graves, particularmente en tiempo de guerra, y que ésta aún no había concluido en el sur; y el segundo, en sostener que el general acusado se hallaba investido de facultades extraordinarias, delegadas por el Libertador, cuando tuvo lugar el acto porque se le juzga. Tengo la íntima persuasión de que ninguno de estos dos argumentos desvirtúa, ni atenúa siquiera en lo más mínimo, la fuerza de las pruebas que existen contra el acusado en el sumario: no el primero, porque cuando se cometió el delito no se estaba ejecutando acto alguno del servicio militar, y la actuación revela claramente qué era de lo que allí se trataba, y en aquella casa y circunstancias, conforme a los principios consignados en nuestra Constitución, el general José María Córdoba y el sargento eran dos personas iguales, y quizás éste con mejores derechos, porque debía considerársele el jefe de aquella habitación, de la cual, probablemente, pagaría el arrendamiento; ni tampoco el segundo, porque no existían en el país otras facultades extraordinarias que las que concede personalmente al Libertador el artículo 228 de la Constitución en ciertas circunstancias, y para usar de ellas en casos especiales y determinados, no pudiendo, por lo mismo, ser delegables a ninguna otra persona. Por lo tanto mi voto es: Que el general José María Córdoba debe sufrir la pena del último suplicio, en la plaza mayor de esta ciudad, previa la degradación pública de su empleo militar". Al oír esto el general palideció, y se inmutó de tal manera, que los que allí estábamos presentes creímos que al salir el doctor Restrepo tendríamos que presenciar algún desagradable acontecimiento: mas no sucedió

así. Este, al pasar por junto de Córdoba, le dijo: "General, acá privadamente, celebro su absolución; pero yo, como juez, he tenido que cumplir con mi deber y mi conciencia". El general nada le contestó".

Hay otra anécdota de aquellos días que merece ser referida, como muestra del carácter de esos dos hombres.

Un día buscó Córdoba al doctor Restrepo y lo invitó a dar un paseo por las afueras de la ciudad. El doctor Restrepo aceptó y, sin otra compañía que el valeroso general, que debía odiarlo por su voto en la corte, fue por los lugares solitarios que éste quiso, y luego regresaron a la ciudad hablando de cosas indiferentes. Córdoba sin duda deseó saber qué tan valeroso era aquel anciano, enfermizo, y en presencia de la sangre fría que manifestó durante todo el paseo, le dijo al despedirse: —DIOS GUARDE AL MAGISTRADO PARA LA LEY. —DIOS GUARDE AL HEROE PARA LA PATRIA, le contestó Restrepo. Huelga todo comentario sobre los anteriores episodios. ¿Qué lector no se conmueve, aun narrados por la pluma tan tosca como la nuestra, al leer esos singulares acontecimientos? Un General rodeado de gloria y poderío, al frente de aguerrido ejército, adorado de sus jefes, idolatrado por los pueblos, que deja la delicia del Perú, Capua de aquellos héroes, para venir a someterse a los tribunales de Bogotá y comparecer en juicio como un humilde ciudadano. Aquellos hombres, militares y civiles, que le piden cuenta a uno de sus libertadores de un delito común y lo juzgan con todos los trámites de la ley, y sin cobardías ni vacilaciones. Aquel anciano, achacoso y débil, que da su voto con honradez y valor, y que luego muestra varonil entereza al hallarse con el héroe. Todo esto se presta a muy hondas meditaciones, y hace crecer las figuras de nuestros antepasados.

La sentencia de la corte marcial manifiesta que se acusó a Córdoba de haber "atentado a la vida del capitán José María Cárdenas, ultrajado y depuesto al teniente del batallón Cauca, Rafael Peña, y hecho dar muerte al sargento 1º de este batallón, Carmen Valdés". Córdoba no negó, según dice dicha sentencia, los hechos, pero manifestó que a Cárdenas lo había reprendido

únicamente, y que a Peña lo había arrestado, por haber mostrado ambos repugnancia a cumplir sus órdenes; y que en cuanto a Valdés, éste había ultrajado primero a su sirviente, y que como el general lo golpeará con un foete, el sargento lo amenazó con un palo, y entonces Córdoba dio orden de que lo mataran, la cual ejecutaron sus soldados".

Acertado o injusto el fallo de la corte, siempre enaltece a los tribunales de aquella época el haber sentado en su banco a un soldado de Boyacá y Ayacucho. Quizás al absolver a Córdoba la suprema corte marcial, pensó más que en la falta del cuerpo del delito y en la deficiencia de pruebas, de que se habla en la sentencia, en los servicios de aquel prodigioso caudillo. Macaulay, al hablar del juicio de Lord Clive, que había cometido graves delitos, pero a quien la Inglaterra debía un imperio, dice: "Como la administración de justicia no admite la teoría de las compensaciones, no es posible hacer valer ante los tribunales ni aun la más meritoria de las acciones humanas en descargo de la más leve acusación, y así, por ejemplo, al contraventor de cualquiera ordenanza municipal no le servirá para nada en su descargo alegar que en tal o cual circunstancia, y con grave riesgo de su vida, salvó la de un semejante. Pero si bien esto es así, en el orden legal, no lo es menos que no deben ser tratados por tal manera hombres que ocupan un lugar muy sobre la generalidad y que se hallan expuestos a cada paso a tentaciones extraordinarias, sino con la mayor indulgencia por parte de sus jueces, que los grandes hombres deben ser juzgados por sus contemporáneos del propio modo que lo son después por la posteridad". Quizás ideas semejantes a las del gran crítico inglés, fueron las que inclinaron la balanza de Astrea en favor de Córdoba.

El mismo Córdoba reconoce su falta en una carta que le escribe a Bolívar desde Cochabamba, con fecha 10 de mayo de 1826. "Yo no he hecho, le dice, sino castigar en el acto a un malvado que me había atropellado; yo lo haré ver así al tribunal; se me acusará de violento en aquella ocasión, es verdad, pero hay momentos en que se extravía la razón por la fuerza del

acontecimiento; V. E. me dirá que esos momentos son los que un hombre debe evitar, así lo hago yo, y aquel me fue tan sensible, cuanto puede serlo un sentimiento”.

En aquellos días que siguieron a su absolución, Córdoba tuvo un rasgo de nobleza y gratitud. El doctor Vicente Azuero fue atacado en una de las calles de Bogotá por el coronel Bolívar, y ultrajado cruelmente. Este militar venezolano, que era un atleta, quiso con un apretón de manos romper los dedos del inteligente escritor, y luego lo derribó a tierra. Córdoba, que pasaba por ahí casualmente, corrió en auxilio de Azuero, lo levantó, le dio el brazo y lo condujo a su casa. Hizo, además, arrestar al coronel Bolívar.

El vencedor en Ayacucho tenía por Azuero especial deferencia, pues éste había escrito su defensa ante el consejo de guerra.

Después de este fallo, Córdoba se fue para Rionegro. Cuán dulce sería la llegada del caudillo a aquellos sitios que él tanto había amado, donde estaban su madre, sus hermanos, sus compañeros de infancia. Con cuánto regocijo no lo verían todos en aquella ciudad, que él consideraba como su cuna y que rebosaba de entusiasmo y orgullo cada vez que llegaba la noticia de sus victorias. El niño que había partido hacía catorce años, como simple oficial, y que había vuelto luego en 1819 de coronel y con los laureles de Boyacá, regresaba ahora hecho un general de división y con las coronas de Bomboná y Ayacucho.

En los primeros meses de 1828 regresó a Bogotá, donde se dedicó al estudio, según nos refiere el general Posada. Aprendió en esos días a traducir bien el francés, leía las **Vidas de Plutarco**, y recibía lecciones de geometría del venezolano Carujo.

En ese año maldito mostró la discordia su infame cabeza entre los veteranos de la magna guerra que acababa de terminar. Desde antes se habían sentido sus pasos, pero fue entonces cuando esa hidra apareció francamente bajo las gloriosas banderas y separó en dos campos a los que unidos habían dado la libertad a un Continente.

Hay dos episodios de aquellos días en que figura el nombre de Córdoba:

En la histórica quinta de Bolívar se llegó por algunos adulaadores del Libertador, durante su ausencia, a fusilar la efigie de Santander. Córdoba se indignó con esto y le escribió a Bolívar una carta destemplada. En este incidente aparece Córdoba entre los moderados, pero después resulta entre los más exaltados bolivianos. El 13 de junio convocó el intendente gobernador de Cundinamarca, general Herrán, a todos los vecinos de la capital a una junta popular, para deliberar sobre la situación. Ese mismo día a las tres de la tarde se reunieron en la casa del atrio de la catedral (hoy Jokey Club). “La discusión, dice el general Posada, fue libre y digna en lo general; los jóvenes R. M. Vásquez y W. E. Santamaría hablaron con moderación, aunque con energía, contra el hecho ilegal de aquella reunión y sosteniendo los actos que dictara la convención, y nadie les interrumpió: sólo el General José María Córdoba, sentado en el brazo de una silla, cruzadas las piernas y blandiendo un foete que tenía en la mano, lo hizo al doctor Juan N. Vargas, exaltado santanderista, que hablaba en su sentido haciendo con demasiada injusticia inculpaciones al Libertador; y le dijo en tono amenazante que no permitiría que en su presencia se pronunciara una sola palabra contra el general Bolívar, y que no había más que hablar sino que se confiriese el poder supremo a aquel general, como el único que podía salvar la república. El general Herrán detuvo a Córdoba en su brusca arenga de cuerpo de guardia, y manifestó que la discusión era libre, que todos los ciudadanos podía emitir sus opiniones sin responsabilidad, pues para esto habían sido convocados, y excitó al doctor Vargas a continuar”.

Esa junta resolvió: 1º No obedecer los actos de la convención de Ocaña; 2º Revocar los poderes a los diputados de Bogotá; y 3º Llamar al Libertador, que estaba en el Socorro, para que se encargara del mando supremo con plenitud de facultades.

Días después entraba Bolívar a la capital, y asumía el poder ejecutivo. La tormenta rugía en los cuatro puntos del horizonte. Una página negra cual ninguna iba a ser escrita en nues-

tros anales, en ese libro donde tantos capítulos de gloria acababan de ser escritos.

En la noche del 25 de septiembre, cuando la conspiración contra el Libertador, fue despertado Córdoba por los cañonazos de los artilleros. Hizo traer su caballo y corrió a la plaza a ver qué ocurría. Cerca de San Victorino se encontró con Carujo, que se retiraba con ocho artilleros, después de haber fracasado su golpe en palacio.

—¿Qué hay, Carujo?, le dijo el héroe de Ayacucho.

El conspirador le contestó que el batallón Vargas se había insurreccionado contra el Libertador y que él huía porque ya los insurrectos dominaban la plaza.

Una partida de aquel batallón, que apareció en esos momentos, explicó a Córdoba lo que ocurría, y él se unió a aquellos veteranos aclamando al Libertador, en tanto que Carujo huía protegido por las sombras.

Este encuentro casual con Carujo, así como el haber sido su discípulo, dio motivo para que se empezara a desconfiar de Córdoba, no obstante sus protestas de adhesión al Libertador.

Fue, sin embargo, nombrado ministro de guerra, y como tal intervino directamente en el proceso contra los conjurados de aquella noche, y todas las sentencias tienen su firma.

Días después tuvo que salir a una nueva campaña. El congreso del Perú y el presidente Lamar, con exceso de ingratitud, habían declarado la guerra a Colombia, mientras aquí pasaban esos luctuosos acontecimientos; y para agravar la situación se pronunciaron en el sur del Cauca los coroneles Obando y López (después generales y presidentes de la República).

Bolívar hizo entonces salir de Bogotá una división de 1.500 hombres a las órdenes de Córdoba. Se unió éste en La Plata con el coronel Mosquera (después general y presidente), y ambos siguieron a Popayán, a donde llegaron el 27 de diciembre. La sola presencia de Córdoba hizo retirar a los revolucionarios hacia el valle de Patía, mas no sin que alcanzaran las fuerzas del héroe antioqueño a la retaguardia de López y la dispersaran en La Horqueta. Luego regresó Córdoba a Popayán para

reorganizar el ejército y conseguir recursos para abrir campaña sobre Pasto.

Surgieron entonces rivalidades entre él y Mosquera, que vino a ser su subalterno. Parece que Córdoba trataba con dureza a éste, y que Mosquera sentía como una emulación con respecto al joven y bizarro general.

“El general Córdoba, dice Posada, era un joven infatuado con el brillo de su bien merecida gloria militar, de carácter impetuoso y pródigo para con sus subalternos en injurias de cuartel; no es, pues, extraño ni dudoso, sino muy verosímil, que se comportara con el coronel Mosquera como generalmente se dijo. Siendo este último conocido por su incansable perseverancia en la intriga, insinuante para obtener en los demás lo que deseaba, teniendo acceso con el Libertador, habiendo sabido introducirse en su confianza, seguro era que Córdoba, que se evaporaba en sarcasmos y bravatas, había de sucumbir bajo una persecución sorda, disimulada, constante, que sabía explotar hábilmente las sospechas con que lo iban minando sus émulos en el ejército, por su inocente equivocación en la noche del 25 de septiembre”.

Lo cierto es que esa falta de armonía entre los dos fue la causa del infortunio de Córdoba.

Al lado del Libertador, vinieron ambos hasta Pasto, pero parece que allí Bolívar empezó a desconfiar de su antiguo servidor, del ilustre soldado de Ayacucho, y lo destinó a Popayán para que acelerara allí la marcha de los cuerpos que iban para el sur. Poco después se le nombró secretario de la marina.

Permítasenos que citemos una vez más al ilustre general Posada.

“Se separaba, dice, pues, el bravo de los bravos de Colombia de un servicio activo en campaña para emplearlo en un servicio pasivo que absolutamente no podía desempeñar, y esto se hacía cuando se temía la continuación de la guerra por largo tiempo para recobrar a Guayaquil. Córdoba bramó como un toro furioso con semejante ultraje, un cáncer roedor se le formó en el corazón, se quejó amargamente al Libertador, y desdeña-

do por el hombre de su admiración, se separó de él y de sus compañeros con la furia de la desesperación. En los hombres del temple de Córdoba no se sale de estos paroxismos sino para precipitarse a la venganza; y Córdoba se cegó, se precipitó, y la Nueva Granada perdió uno de sus hijos más excelsos”.

Parece, sin embargo, que Córdoba pensó entonces en aceptar la cartera y venir a Bogotá después de ir a Antioquia a ver a su familia. Manifestaba entonces muchos deseos de ir a Europa.

A fines de agosto partió para la tierra que había mecido su cuna, donde llegó el 7 de septiembre de 1829 con su ordenanza Juan José Niño.

Celebraba en aquel día Rionegro la fiesta de su patrona, Nuestra Señora de Arma.

Eran las ocho de la noche, y como no lo esperaban en ese día, halló su casa desierta. Todos estaban en la plaza contemplando los fuegos artificiales, mas a poco se supo la fausta nueva y corrieron a abrazarlo.

Esa noche se le llevó a un baile que tenía lugar en la casa del señor Sinforoso García. Allí se exaltó él en medio de la fiesta y se exaltaron muchos de los jóvenes que lo rodeaban, y brindaron por el triunfo de la libertad y la caída de Bolívar.

Al día siguiente tuvo lugar una reunión de las más notables personas de Rionegro, y varias de otras localidades que habían venido a los festejos de esos días. En ella estuvieron el doctor Juan de Dios Aranzazu, el gobernador Jaramillo (su cuñado), su hermano Salvador, don Antonio Mendoza, los capitanes José María Botero y José Ignacio Bernal, y los oficiales Gómez y Alzate. Allí se emitieron opiniones en favor y en contra de la revolución.

Por la noche tuvo lugar otro baile en casa del señor don Pedro Sáenz, con motivo del matrimonio de una de sus hijas con el señor doctor Jorge Gutiérrez de Lara, distinguido hombre público. Allí se brindó nuevamente en contra de Bolívar y la monarquía.

En Medellín se supo esto por el coronel Urdaneta, comandante de las fuerzas, y resolvió apresar a Córdoba. Al efecto mandó al día siguiente unos veinte hombres a Rionegro. Córdoba recibió de esto oportuno aviso, y se preparó a rechazarlos. La partida se devolvió entonces a Medellín temiendo una derrota.

El doctor Antonio Mendoza, compañero de Córdoba en esos días, refiere la siguiente anécdota en un artículo que publicó en 1876, en el cual relata lo acaecido entonces en Rionegro:

“Fue al amanecer del siguiente día cuando Córdoba empezó a tomar providencias para ocupar la capital de la provincia. Hizo llamar a un platero de nombre Pío Garcés, de origen caucano, hombre moreno, alto, robusto y de carácter altanero. Cuando vino, el General le dirigió la palabra en estos términos:

—Necesito dos mil balas para hoy a las cinco.

—Imposible, mi general; dos mil balas no se hacen en un momento, y yo apenas tengo un balerito pequeño.

Córdoba arrugó el ceño, circunstancia que denotaba en él un furor reconcentrado; luego, fijando la mirada en el platero, y observándole con intención, le dijo con marcada ironía:

—Está bien. Hágame usted cuatro balas solamente.

El pobre hombre comprendió perfectamente el sentido de la frase, y temiendo por su vida, murmuró más muerto que vivo:

—Voy a poner mano a la obra, general.

Inútil es añadir que cumplió lo ofrecido: en vez de las dos mil balas, hizo cuatro mil!”.

El general partió al otro día con unos cien hombres sobre la capital de Antioquia; y Urdaneta, deseando ahorrar sangre, pues ya bastante había corrido en la lucha por la independencia, entró en arreglos y le entregó la ciudad. Allí recibió Córdoba buena cantidad de fusiles y municiones.

Pocos días después se hizo una junta en la casa municipal, presidida por Córdoba, y en ella se resolvió desconocer la autoridad del Libertador.

Los oficiales que habían ido a aprehender al general a Rionegro, José Antonio Vélez y Manuel Herrera, fueron fusilados

por desconfiarse de ellos, no obstante que intercedieron en su favor el coronel Salvador Córdoba, hermano del general, y su cuñado el gobernador Jaramillo. Aquello fue, sin duda, un exceso de crueldad, y por mucho entusiasmo que nos inspiren las hazañas del héroe, no podemos ante ese hecho, ni callarlo y defenderlo.

En Bogotá se supieron pronto estos acontecimientos. De Popayán habían escrito sobre la marcha de Córdoba; de los pueblos del tránsito informaron sobre lo que hablaban en el camino, y el coronel Urdaneta avisó desde Nare lo que acababa de suceder en Medellín. El consejo de ministros resolvió obrar con toda actividad y despachó inmediatamente (27 de septiembre) 800 hombres a las órdenes del general O'Leary, uno de los más nobles jefes de la guerra magna. Siguió éste por el camino de Honda y luego por el lado de la montaña de Juntas. Deseaba él ahorrar el derramamiento de sangre y envió al coronel Montoya en comisión de paz. Todos los ruegos del coronel fueron inútiles para hacer desistir a Córdoba de su empresa. "Estoy resuelto, le dijo, a vencer o a morir".

—Usted no podrá vencer, le observó Montoya.

—Pero sí podré morir, fue la última réplica de Córdoba.

Y en realidad era una temeridad el comprometer una batalla. O'Leary tenía un ejército de veteranos, bien municionados, bien disciplinados y bien armados; en tanto que Córdoba no tenía sino unos cuatro centenares de reclutas. Pero este hombre no sabía qué cosa era una derrota, creía que tal cosa no se había hecho para él. Todo le parecía posible después del Palo, Boyacá, Chorros Blancos, Pichincha y Ayacucho. Y no sólo a él le pasó eso de creer posible toda ambición y realizabilidad, toda quimera, después de las proezas de la independencia. Casi todos nuestros militares, y aun sus descendientes, se volvieron de tal modo audaces o locos, que a todas horas creían se habían de repetir las **Queseras del Medio** o alguna de aquellas hazañas inverosímiles.

Ah! pero Córdoba se olvidó de que si él había estado en Ayacucho, también se encontraron allá muchos de los que tenía

al frente; y no pensó que ellos poseían, además de su valor, la prudencia que a él le faltaba.

El día 19 se hallaba Córdoba de nuevo en Rionegro. En una nota que de allí le dirigió al comandante del destacamento de Nare hay estas palabras que manifiestan el temple de alma del guerrero. Con razón se le ha llamado el Marte colombiano. Y quizás en los futuros siglos, cuando mucha de nuestra historia sea tenida cual creación mitológica, será él, sin duda, uno de los dioses de la guerra:

"Ya previno a usted el comandante de armas, que si una fuerza enemiga lo obliga a retirarse, solamente será hasta Juntas, en donde morirá usted antes que abandonar este punto".

Córdoba salió al encuentro de O'Leary, y estaba casi seguro de la victoria. "Su pensamiento, dice el señor Antonio María Restrepo, al relatar la víspera de la batalla, se fijaba en las escenas de la vida conyugal; estaba enamorado de una hermosa señorita, hija del cónsul británico, que se llamaba Fanny y con la cual tenía el proyecto de matrimonio. Inflamándose a medida que hablaba con el deseo de verla pronto, exclamaba: "Sí, mi amigo, mañana empeño el combate, triunfo y me voy a Bogotá. Oh! qué alegría para Fanny cuando me vea entrar vencedor a la capital en medio de las más calurosas manifestaciones de la multitud! La gloria sin el amor nada vale; yo tengo a ambos y por eso me creo feliz".

No lejos de Rionegro, en un pobre caserío llamado el Santuario, fue el sangriento combate el 17 de octubre.

¡Cuán triste es escribir esta última página de la vida de Córdoba! Provoca terminar aquí; dejar al héroe con esos laureles cosechados en las llanuras de Casanare, sobre las ondas del Magdalena, entre los muros de la ciudad heroica, al pie de los volcanes del Ecuador, encima de las cumbres de los Andes, junto a las fuentes del Amazonas, y no hablar de la hora maldita en que tanta gloria fue segada en campo fratricida!

¿Por qué, gallardo joven, no descansaste de tantas fatigas a la lumbre del hogar, junto al ser que te dio la vida, contando tu epopeya? ¿Por qué no llevaste vida apacible en la ciudad,

después de habernos dado libertad y glorias, sirviéndole al Estado en labor pacífica o retirado a la vida privada y te mostraste como un ejemplo a los niños, que te mirarían con respeto y cariño, y serías como Washington, el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de tus conciudadanos?

Una mano fatal lo arrastró a aquel sitio funesto, y ahí sucumbió su ejército y cayó él mortalmente herido.

Moribundo, con un balazo en el pecho y otro en el muslo, se recogió en una pobre cabaña. Allí se hizo una última resistencia. O'Leary ordenó tomar la casa a viva fuerza. El comandante Ruperto Hand, a quien le acababan de matar el caballo de un balazo, entró a pie a la habitación con sable en mano. Córdoba, aunque herido, se levantó al ver entrar a ese jefe enemigo, que se dice preguntaba por él y se dirigió a su encuentro. Hand le dio entonces dos terribles sablazos: uno en la cabeza y otro en la mano. Córdoba cayó agonizante.

O'Leary, apenas supo que allí espiraba su antiguo camarada, corrió presuroso a verlo, y lo encontró aún con vida. A poco recogió su postrer suspiro. El bizarro joven que desafiara la muerte con toda impavidez en cien batallas libradas desde las bocas del Orinoco hasta las cimas plateadas del Potosí, había venido a que su cuna le sirviera de tumbo. (*)

(*) Las circunstancias de la muerte del General Córdoba han sido aclaradas en forma distinta a la expuesta por el historiador Eduardo Posada. En efecto, el erudito Roberto Botero Saldarriaga, en su Biografía de Córdoba, narra el trágico episodio de la siguiente manera, con base en el proceso seguido a Ruperto Hand:

“.....El bravo y hábil General granadino en presencia del fracaso de aquella ofensiva — única ejecutada por su orden y bajo su dirección personal durante el combate — tomó admirables posiciones de resistencia y en ellas — como siempre — lució todas sus excelentes dotes de valor, pericia y conocimientos militares. Pero el material humano se le agotaba rápidamente; la inferioridad del número de sus combatientes iba quedando reducida a menos de una tercera parte; sus más bravos tenientes, González, Giraldo, Pineda, Escalante y Bravo, yacían en el campo muertos

Con lágrimas, que no con tinta, se escriben las últimas páginas de esta vida singular, que pasó sobre el cielo de Colombia como un meteoro brillante y fugitivo.

Allá en Rionegro se levanta sobre una colina el túmulo que guarda los restos del héroe, y hoy Colombia, la América entera,

o gravemente heridos; él mismo recibe dos serias heridas de bala, en el pecho en una pierna; se desangra pero aún se bate con desespero; sus voluntarios le rodean y van marcando con sus cadáveres el camino del desastre bajo las balas dictatoriales.

Córdoba se detiene ante la casa hospital, desfalleciente; Niño, su fiel ordenanza, le ayuda a descender de su caballo y le sostiene, cuando llega hasta él su hermano el Coronel Córdoba, quien le ofrece un caballo fresco para que abandone el campo y le ruega desesperadamente hasta querer hacerle montar por la fuerza. El General, inmóvil, le mira con fijeza, y volviéndose del lado donde el enemigo dispara sobre ellos, lanza un ¡cobardes! que crispa sus labios; luego le ordena a su hermano que escape y vaya a consolar a su adorada madre.

Córdoba casi arrastrado por sus hombres es introducido al interior de la casa hospital y allí se deja caer sobre el tosco lecho en donde hace algún tiempo reposa su fiel edecán Giraldo, herido gravemente.

Sobre el campo de combate yacen los dos tercios de sus camaradas, lo mejor de la juventud republicana antioqueña, y de sus voluntarios de la libertad doscientos han mordido el polvo para siempre.

El Coronel Castelli se acerca a aquella ambulancia y ordena a su corneta el toque de cesar los fuegos con contraseña de sus guerrillas.

Valientemente intimida rendición a los que se encuentran entre la casa: inmediatamente se abren las puertas, por donde salen unos cuantos oficiales y los soldados heridos que se entregan al vencedor. Castelli, noble, generosamente les deja conservar sus espadas y los envía hacia el llanito cercano de la casa, en donde los confía bajo la custodia del Teniente Miguel Flórez, quien los acoge con respeto y consideraciones.

Uno de los oficiales prisioneros al llegar con Castelli al lugar en que éste concentra su columna, le refiere que en la casa hospital se encuentra el General Córdoba mal herido; pero en esos mismos momentos O'Leary detiene su caballo frente al grupo que forman Castelli y los oficiales prisioneros, y reprende airadamente a aquél

coloca sobre esa tumba coronas de inmortalidad. Tuvo él errores, murió en un momento de extravío, pero sus prodigiosas hazañas, sus grandes servicios, sus brillantes cualidades, lo hacen una de las más bellas y excelsas figuras de nuestra historia.

por asuntos del servicio; Castelli sigue su camino dando órdenes a sus oficiales para continuar la persecución del valiente Capitán Henao, quien a la vista del enemigo y acompañado de algunos voluntarios se retira serenamente del campo de combate.

O'Leary, ante la actitud fría de Castelli, desmonta de su caballo, lo sigue algún trecho hasta retenerlo por los faldones de su casaca militar, y entonces le presenta sus excusas y explicaciones por los términos duros con que le ha tratado. Castelli acepta las rectificaciones de O'Leary, y señalándole la casa hospital le informa:

—En aquella casa se encuentra gravemente herido el General Córdoba.

Entonces O'Leary le ordena imperiosamente:

—¡Mátelo usted!

Castelli dirige una mirada llena de sorpresa a su jefe, y se niega rotundamente a cumplir semejante orden. Los Coroneles Crofston y Francisco Urdaneta, que se llegan en este momento al grupo formado por Castelli y O'Leary, oyen también la mencionada orden.

El segundo comandante de caballería, Ruperto Hand, que con un piquete de jinetes persigue sobre la derecha de Córdoba a un grupo de soldados que con Henao se alejan del campo haciendo fuego, cae en tierra al ser muerto su caballo; se levanta aturdido y lleno de ira, sable en mano avanza hacia el grupo en que se encuentran O'Leary y los jefes mencionados; al verle O'Leary le ordena, vehemente:

“—Way that house, sir —said he— and if Cordoba is there kill him!”.

Hand en efecto marchó hacia la casa, seguido a poca distancia por O'Leary”.

ATANASIO GIRARDOT

J. D. MONSALVE

ATANASIO GIRARDOT

J. D. MONSALVE

Con el entusiasmo que siempre nos han inspirado las grandezas de la Patria, con el noble orgullo que nos infunde el recuerdo de sus gloriosos días y con la satisfacción que sentimos al repasar la etapa inmortal de sus victorias, queremos contribuir con nuestro óbolo literario al concierto que se levanta en las Repúblicas Sudamericanas para festejar el primer centenario de su nacimiento en el mundo internacional. Y para dar pábulo a nuestro deseo, escogemos como tema una de las figuras en que con más refulgente brillantez se reflejaron las auroras de la Gran Colombia, y cuyo cadáver, al caer envuelto entre los pliegues del lábaro nacional, acreditó la promesa más bien hecha y mejor cumplida que ante al Dios de los Ejércitos puede hacer quien se ofrece como víctima propiciatoria en el altar de las sublimes abnegaciones.

Y ya que hemos de hablar del único viviente de quien la historia afirma haber merecido las lágrimas del más grande hombre de Sur América, del palante de la odisea americana, como le califica el más notable humanista del Nuevo Mundo, de aquel de quien pudo decir el poeta:

Vivió para la Patria un solo instante,
vivió para la gloria demasiado.

aprovecharemos tan adecuada ocasión para hacer algunas reflexiones de estricta equidad histórica; que si es grato ofrendar en los altares de Minerva, es igualmente placentero rendir culto en aras de la Verdad y la Justicia.

Ni creemos aventurada la tarea respecto de los puntos en que deseamos establecer la verdad de la historia; porque si bien es evidente que desde el primer movimiento revolucionario en que se proclamó la independencia de los países americanos, hasta nuestros días, se ha hablado y repetido con insistencia sobre la desgraciada situación en que se encontraban las colonias españolas a causa de la tiranía ejercida por los gobiernos y los particulares de allende el océano; tanto el minucioso examen de hechos y acontecimientos como el esclarecedor elemento de la filosofía de la historia vienen a contradecir las apasionadas e injustas aseveraciones, al mismo tiempo que dan más carácter, nobleza e importancia a nuestros próceres, y más valor y realce a la cruentísima guerra de la Independencia.

Desde las más grandes intelectualidades iniciadoras de la independencia, tales como Nariño (el Precursor), Zea (el Sabio), el egregio Camilo Torres, hasta los últimos historiadores, han sostenido que la emancipación americana fue un acto de reacción contra la dominación peninsular por la tiranía, las vejaciones, el sistema de injusticias y la rapacidad del gobierno español, ejercidas al favor de la abyección y del embrutecimiento en que se procuró mantener a las colonias americanas; afirmaciones éstas apoyadas en hechos particulares y aislados, y acompañadas de los más ofensivos y deshonorosos epítetos con que se han calificado los errores, digamos accidentales inculpables de la Madre Patria. Lamentable desvío ha sido este por muchos motivos; ello ha sido ocasionado a atraer la propia deshonra, y a que allende los mares se tenga una noción enteramente adversa a nuestros propios intereses.

En efecto, si exceptuamos la guerra de conquista en que los valerosos e infatigables castellanos realizaron empresas dignas de inmortal recordación, que aun hoy día parecerían irrealiza-

bles, oponiendo el pecho al enemigo en la proporción de uno contra mil, luchando contra los hombres y contra la naturaleza, en regiones desconocidas y mortíferas, a miles de leguas y con océanos de por medio de donde pudieran obtener socorro y asistencia, con alimentación desconocida y andrajosa vestidura; si exceptuamos esa guerra, repetimos, que por ser guerra de conquista lo era de subyugación, de muerte y de despojo, ninguna razón se encuentra para que después de terminada, a los dos o tres siglos los colonos españoles, los hijos de éstos y sus nietos se quejaron de tiranía, de exacciones, de injusticias y rapacidades; debiéndose tener en cuenta que los Virreinos, Capitanías Generales y Presidencias no sólo se regían por la legislación común de la monarquía española, sino que en cuanto de alguna manera especial pudieran diferir, lo era para consultar el mejor orden, el incremento y el engrandecimiento de estos países y procurar la mayor civilización y bienestar de sus habitantes. Basta para convencerse de ello dar una mirada a la recopilación de leyes de Indias y admirar el benéfico espíritu que las informaba.

Si algún argumento suministrara contra España la inhumana esclavitud de los negros trabajadores de nuestras minas, debemos considerar que, además de que de tan bárbara institución se hicieron culpables todas las naciones europeas por aquel tiempo, ella tuvo por única causa el alivio de la raza indígena; ni es tampoco un argumento la institución de las encomiendas, si tenemos en cuenta que el fin de ellas fue el de dar humanitaria protección a infelices naturales miserablemente explotados y mal tratados por la codicia y la crueldad no menos de los criollos (americanos) que de los peninsulares. Ciertamente que los encomenderos fueron los más injustos y crueles, pero ¿acaso son mejores los ricos de hoy con los pobres de nuestros pueblos y caseríos, a quienes tratan como siervos de la gleba? ¿Y qué vale el monopolio del comercio que ejercían los españoles en estos países con detrimento del cambio universal, si en todas estas tierras es contrabando el comercio que no paga los derechos de importación y exportación en las aduanas?

Ciertamente no puede negarse que entre los españoles conquistadores y colonizadores de nuestras vírgenes montañas hubo hombres desnaturalizados y de la más refinada crueldad; pero también es cierto que eran el menor número, y que con éstos venían apóstoles de la cristiandad del carácter, abnegación, desprendimiento y santidad de Luis Beltrán, Pedro Claver, Martín de Porres, Bartolomé de las Casas, Pedro Simón, Juan Cornejo, y todo ese ejército de presbíteros y frailes de diferentes órdenes religiosas que con sin igual paciencia y sublime vocación, atraían, bautizaban, catequizaban y educaban para la vida civilizada aun a los aborígenes más irreductibles; y es constante y ciertísimo que de los legos o meramente civiles o militares la mayor parte eran caballeros de valor y osadía, capaces de habérselas en los campos de batalla con la misma gallardía con que hacían resaltar en sus costumbres el amor a la gloria y el honroso empeño de servir a Dios y a su Patria; ni resistiría un paralelo favorable nuestra República si, comparando tiempos, lugares, distancias y progreso general de la civilización, quisiéramos equipar las ventajas obtenidas por nuestros pueblos. Las quejas al soberano por desafueros de las autoridades inferiores habían de elevarse a una Corte situada en Europa, y hoy no alcanzan esas quejas a ser oídas a tres o cuatro miriámetros de distancia, a pesar de ferrocarriles y telégrafos. Quejábanse nuestros padres de la Inquisición, del derecho penal, del tormento y de los procedimientos judiciales; y hoy, en tiempos de la República, la injusticia ha sido sistemática, el tormento infame y vergonzosas las mazmorras en donde se recluye a los desgraciados, a pesar de la nobilísima evolución del derecho, de la bondad de nuestras leyes y de la sublimidad de doctrinas en que abundan libros y folletines. Los dos millones de habitantes que en 1808 tenía el Virreinato de Nueva Granada producían en impuestos, gravámenes y exacciones menos de dos millones de pesos, y hoy los cinco millones que la pueblan (1) producen, en las

(1) Esta biografía fue escrita en el año de 1910.

mil formas de sus impuestos y gravámenes, más de diez y seis millones. Al Imperio en cuyos dominios no se ocultaba el sol, no le era dable en aquellos tiempos extender el ramo de instrucción pública tal como los gobiernos actuales lo atienden hoy en su respectiva jurisdicción; pero es preciso convenir en que la dominación española hizo cuanto a este respecto fue posible. Los seminarios y conventos, semilleros de buenos monjes para las misiones y de jóvenes medianamente ilustrados para el siglo, no escasearon en las Provincias del Virreinato; y en cuanto a colegios de enseñanza profesional, basta para un justo agradecimiento recordar los dos núcleos de ciencia y sabiduría del de Nuestra Señora del Rosario y de San Bartolomé, cunas intelectuales de las más grandes ilustraciones que engrandecieron la Gran Colombia. ¿Ni cómo desconocer el florecimiento científico que a fines del siglo XVIII brilló con eternal aurora en nuestras colonias? Tribunos elocuentísimos como los Camachos, los Acebedo Gómez, los Castillos; naturalistas como Zea, Lozano, Ulloa; matemáticos como Caldas, Rodríguez; geógrafos como el mismo Caldas y Restrepo (el historiador); médicos como Fernández Madrid, Plata; pintores como Matiz, Rodríguez, jurisprudencistas como Camilo Torres, Pey, Azuola, Soto, Restrepo (José Félix), los Tobares, los Osorios, los Domínguez; en fin, hombres como aquellos a quienes se refería Enrile al decir que España no necesitaba sabios; ni los ha habido superiores en las Repúblicas sudamericanas, ni se han formado en ningún país del mundo por obra de la casualidad: fueron fruto del cuidado de España por la ilustración de sus colonias, y fueron genuinos representantes de su época y de su raza.

Tampoco se comprenderá lógicamente que una nación como la antigua Colombia, surgida del fragor de los combates, ceñida la frente con diadema de laureles, envuelta en la flotante vestidura del iris de los pueblos libres, hubiera sido reconocida al punto por las naciones más serias y civilizadas de ambos Continentes, si los congresales de Cúcuta hubieran sido hombres de una sociedad abyecta y embrutecida, como la quisieron exhibir

nuestros historiadores, ni habrían bastado para tanto los esfuerzos de inteligencia de eminencias como Andrés Bello, José Joaquín de Olmedo, José Fernández Madrid, Francisco A. Zea, Rafael Revenga, Joaquín Mosquera, Ignacio Tejada y demás ilustres campeones, fundadores de la diplomacia colombiana.

Los que tan apasionadamente y tan sin razón siguieron escribiendo y hablando contra la política de la Madre Patria, lo hicieron porque tomaron en serio los manifiestos e historias que por modo exculpativo lanzaron nuestros próceres para cohonestar el movimiento revolucionario, para invocar el auxilio de las naciones extranjeras, o cuando menos para conseguir el reconocimiento de su beligerancia, y para mover los pueblos a la guerra. Y debemos tener en cuenta que la situación crítica y por demás desordenada y aflictiva en que se hallaba la Península por causa de la invasión francesa de 1808, en adelante hizo que a las colonias se les reconociera no solamente el grado de importancia y de poder a que habían llegado, sino también que se les considerara como Provincias de la monarquía, de cuyo Gobierno debían hacer parte y en cuyas Cortes debían tener representación.

Mas es lo cierto que el reloj de los siglos había señalado la hora en que las demarcaciones geográficas de la América española debían erigirse en países independientes y entrar con su propia categoría en la sociedad internacional.

Desde que terminó la guerra de usurpación y de conquista con la consecuencia del dominio armado en el Virreinato de Nueva Granada, Capitanía General de Caracas y Presidencia de Quito, los pueblos laboraban y se desenvolvían muy lenta pero progresivamente al amparo de la paz, sin sacudimientos ni convulsiones políticas, sin que los habitantes pensaran en otros asuntos que en el bienestar de sus hogares y en el respeto y obediencia a las leyes; fuera de una insurrección de los negros en la Provincia de Cartagena contra sus amos, y del movimiento de los Comuneros, y de una ligera adhesión que tuvo la rebelión del indio Tupac Amaru del Perú, ningún acontecimiento revo-

lucionario había llamado aquí la atención. La insurrección de los negros fue un hecho que apenas pudo ser asunto de policía; el movimiento del Inca tan sólo dio señales de eco en las Provincias de Pamplona y Mérida; el de los Comuneros fue justo y patriótico, sirviendo, al mismo tiempo que de pedestal de gloria de Berbeo, Monsalve, Plata y demás compañeros, de protesta y de advertencia a las autoridades españolas de que no impunemente se extorsiona a los pueblos por medio de subalternos que abusan del poder que les confían sus superiores; pero en este de los Comuneros tampoco hubo conato de independencia, ni se advirtió otro carácter que el de simple desorden político; sólo sí que la desgraciada tragedia de Galán, Alcantuz, Ortiz y sus secuaces tuvo sus consecuencias en la alta política, como todo lo que obedecía a las imperiosas leyes de la dinámica social.

Cuando los individuos llegan a la plenitud de su desarrollo físico, moral e intelectual, se sustraen de toda dependencia y tutelaje para manejar sus propios negocios y ser árbitros de su suerte: así las naciones. Los hombres pudientes y de alguna importancia de Nueva Granada, Venezuela y Ecuador formaban núcleos de vasta ilustración y poderosa resistencia; muchos de ellos habían sido educados en Europa, muchísimos seguían el curso de las nuevas ideas y de la moderna civilización; la jurisprudencia y la política, las ciencias naturales, la literatura y el trabajo y el capital eran ya bastantes para la formación de las clases superiores y para dirigir a las masas populares; todo suministraba elementos de vida y de fuerza para la existencia de las naciones de vida independiente y soberana. Por otra parte, al favor que España le dio al desarrollo industrial permitiendo la inmigración de individuos extranjeros, ya comenzaba a haber en estos sus dominios algunas colonias extranjeras que, amén del influjo y la expansión de las doctrinas revolucionarias francesas, traían su contingente a acrecer las corrientes ya aumentadas por los precursores. Como la naturaleza da vigor y desarrollo a sus reproducciones, la España misma daba a luz sus nacientes hijas; y si ese alumbramiento debía producir sus es-

tertores y convulsiones, la lucha se empeñaría entre hombres de la misma raza, de la misma religión y con idioma tan elocuente y rico cual lo es el de Cervantes, de Gallego y Quintana; los que habían de luchar diez años consecutivos, desde el Cauca y el Magdalena hasta el Maraón y el Orinoco, nietos eran de Viriato y de Pelayo, y hermanos de los que con febril denuedo arrojaban de su suelo, tras mil sangrientísimas batallas, las divisiones napoleónicas; los que habrían de sostener los inenarrables asedios de Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena, sentían en sus arterias la sangre de los de Sagunto y de Numancia, de Girona y de Barcelona; y los que habían de forzar la barra de Maracaibo y rendir a Callao y a Guayaquil, el mismo aliento respiraban de Churruca y de Gravina.

En el último tercio del siglo XVIII, en la tranquila y dormitada Provincia de Antioquia, el infatigable trabajo de sus habitantes proporcionaba halagadores resultados a quienes con empeño tenaz se consagraban al laboreo de las ingentes minas de oro en las hoyas del Cauca, del Porce, del Nechí y en los inagotables filones de las cordilleras, al mismo tiempo que se descubrían las minas de cinabrio en el Cuarzo (hoy la hermosa población de El Retiro) y se sacaban diamantes del río Chico, todo lo cual daba extraordinario incremento al comercio en la forma de permutación de minerales preciosos por artefactos europeos de toda calidad. Trabajaba con empeño y comerciaba en esas riquísimas montañas el europeo don Luis Girardot, hijo de padres franceses, parisienses, don Juan Luis Girardot y doña María Luisa Brezant.

Cuando don Luis, después de constantes y laboriosas faenas, logró hacer un notabilísimo capital, resolvió arraigarse definitivamente en nuestro suelo (1), casó con doña Josefa Díaz, en segundas nupcias; de este matrimonio nació el primogénito

(1) Don Luis Girardot vino a América en 1782; casó primero en Tunja con doña María Teresa la Rötta, y, habiendo enviudado, pasó a la provincia de Antioquia, en donde contrajo segundas nupcias y tomó carta de naturalización e nel Nuevo Reino de Granada. Fue Alcalde de onda y prestó importantes servicios en la pacificación de los indios támaras, en Casanare, en 1787.

en 1791 (2), a quien le pusieron el nombre de Atanasio. Pocas son las noticias que tenemos de la infancia de Atanasio Girardot; sólo sabemos que siendo don Luis hombre acaudalado, bien pudo vencer las dificultades, muy grandes por cierto, que en aquella época se presentaban a los antioqueños para trasladarse a la capital del Virreinato a educar convenientemente a su familia (3); así es que en 1805 don Luis vivía en Bogotá, en la tercera Calle Real, con su esposa, que tenía una fortuna mayor de \$ 200.000, en moneda de aquella época; por entonces Atanasio, colegial que fue del Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cursaba en la Escuela de Derecho de la Universidad de Santo Tomás, en donde concluyó sus estudios de abogado, obteniendo sus diplomas en 14 de agosto, 5 de septiembre y 30 de octubre de 1810. Ya había ascendido a Teniente de una Compañía cuando estalló la revolución de la independencia, en ese año.

La infame traición con que por parte de las autoridades fueron violadas las capitulaciones de Zipaquirá en 1781; la crueldad con que fueron sentenciados los que continuaron en la guerrilla de los Comuneros; el incremento que había tomado la propaganda revolucionaria iniciada por Nariño con la publicación de los "Derechos del Hombre"; las persecuciones establecidas contra Nariño, Zea, Plata, Pradilla y otros sindicados de conspiradores; la decapitación de José María Rosillo y Vicente

(2) "En 8 de mayo de 1791 el doctor don Jerónimo de la Calle bautizó, puso el óleo y crisma a don Manuel Atanasio, hijo legítimo de don Luis Girardot y de doña Josefa Díaz. Fue padrino el doctor don Manuel Londoño, advertido, *et ut contest.* — Tirado".

(3) "Don Luis Girardot, del comercio de esta ciudad, remató el día 10 de enero de 1806 las mercaderías que el Administrador de la Real Renta de Alcabalas le embargó a don Pablo Fernández; ese remate lo hizo en \$ 1.290, de aquel tiempo, al contado". — (Archivo Nacional, Alcabalas, tomo 7, página 310).

Cadena en Casanare, cuyas cabezas se enviaron a Bogotá para que fuesen fijadas en escarpas; las desavenencias entre el Cabildo y el Corregidor de Pamplona; las maneras ultrajantes e indecorosas con que el Corregidor don José Valdés trataba a los habitantes del Socorro; el enardecimiento político que agitaba los espíritus de Bogotá, divisiones entre las autoridades y exacerbación de los partidos; todo esto cargó de tal manera el ambiente moral de la sociedad santafereña, que bastó un incidente tan insignificante en sí como el muy conocido disturbio personal del ramillete, para que a la manera de una descarga eléctrica se produjera la revolución del 20 de Julio. Enérgico fue este movimiento, como las convulsiones de una nación; imponente como la iniciación de quince años de sangrienta guerra en que sucedieron los triunfos y los desastres, el martirio y las victorias en todo el Continente americano; sublime como el gigantesco alumbramiento en que aparecen diez naciones ante la familia universal; o, valiéndonos del poeta, el 20 de Julio

es la fecha inmortal que el pueblo inscribe
en el gran calendario de sus glorias:
en ella conmoviendo los abismos
cual mar que bulle en tumultuosas olas,
quebranta la coyunda, se ennoblece
y eterna independencia altivo entona.

Aquel gran día era viernes —día de mercado según la costumbre secular de Bogotá— y por consiguiente había una afluencia considerable de gentes de los campos, de los pueblos y aun de las Provincias más cercanas de la capital; al grito de **¡Mueran los chapetones!** se cerraron todos los almacenes y tiendas del comercio, se alborotó el mercado, muchos se salieron de sus casas, y varones, mujeres, niños, pobres y ricos, todos se levantaron contra las autoridades españolas; y rapaces que aún no habían llegado a la pubertad, tales como el que en ese día principió su gloriosa carrera militar y que más tarde fue el inmaculado héroe General José María Ortega y Nariño, salieron con el cuchillo de la cocina de su casa a tomar parte en el movi-

miento popular; hasta señoras tan respetables por su posición social y sus virtudes como doña Gabriela Barriga, doña Petronila Lozano, doña Melchora Nieto, doña Josefa Baraya y otras no menos distinguidas, tomaron parte en aquel acto revolucionario. El Teniente Atanasio Girardot hacía parte, como ya se dijo, del Batallón Auxiliar, que constituía la guarnición española comandada por don Juan Sámano. De la misma manera que el Capitán don Antonio Baraya y otros Oficiales del Batallón, Girardot se puso a favor de la revolución; y su padre, don Luis Girardot, concurrió en la noche de aquel día inolvidable a la sala del Cabildo abierto, siendo el primer europeo que se presentó y que ofreció su persona y puso su cuantiosa fortuna al servicio de la Independencia.

La juventud, siempre tan ávida de novedades, tan amiga de la oposición política, tan opuesta a la represión, y por consiguiente tan amante de la libertad, tan idealista en sus anhelos y tan generosa para prodigarse, tan enérgica en sus actitudes, tan valiente en los peligros, tan ardorosa en sus resoluciones, y en todo tan llena de vida, de fogosidad y de atrevimiento; esa juventud no podía menos de ser la falange poderosa con que contaron para la revolución los hombres de edad, sabios y prudentes, que tomaron la iniciativa. Por otra parte, la idea revolucionaria que ocultamente se alimentaba y enardecía como el fuego en las entrañas de un volcán, se levantó y prendió en la casi totalidad de las Provincias de la Nueva Granada, que siguieron el ejemplo de Bogotá, como ésta había seguido el de Quito y de Caracas. Sólo en Panamá y Riohacha no se quiso coadyuvar a la empresa revolucionaria.

Hallábase en aquel tiempo como Gobernador de la Provincia de Popayán el Teniente Coronel don Miguel Tacón, quien por ser enemigo de los movimientos revolucionarios había cooperado de la manera más eficaz contra la insurrección de Quito. Era Tacón activo, inteligente, audaz y amigo de las intrigas; y, obligado por la pujanza de la opinión revolucionaria de los panayeses, convocó el día 5 de agosto de 1810 un Cabildo abierto

de numerosos padres de familia de la ciudad, en que se acordó invitar a las demás de la Provincia para que eligieran y enviaran sus diputados a la capital; esas diputaciones resolverían si debían unirse o no a la suprema Junta de Bogotá; pero entre tanto, con el objeto de conservar el orden público, se estableció el mismo día una Junta de Seguridad, compuesta de cinco miembros facultados para convocar la Asamblea Provincial. La conducta de Tacón no era leal; cuando vio claramente las opiniones de la Provincia, llamó con el mayor sigilo las tropas que en Pasto comandaba don Gregorio Angulo, sedujo al Cabildo, a varias familias de Popayán y a algunos eclesiásticos; sintiéndose apoyado por esos elementos y favorecido por las antiguas rivalidades que siempre han existido entre las poblaciones del valle del Cauca y Popayán, disolvió la Junta de Seguridad; y con dilatorias y subterfugios, y valiéndose de las tropas de Angulo, frustró las tentativas de esa ciudad. Fue entonces cuando se confederaron las ciudades del Cauca y, señalando como capital a la de Cali, enviaron a ésta sus diputados, quienes establecieron allí su Junta de Gobierno.

El movimiento de los patriotas caucanos era un reto al sostenedor de la soberanía española; ese reto fue aceptado; y como Tacón tuviera ya a su disposición suficientes recursos personales y materiales en una División de 1.500 hombres de todas armas, y hubiera fortificado el puente principal del río Cauca, procedió a hacer disolver la Junta de Gobierno y a someter por la fuerza a los pueblos confederados. La Junta por su parte se apercibió a la defensa; no tenía recursos de dinero, caballos, vituallas ni los otros elementos que exigen los aprestos militares; pero el patriotismo y desinterés de los miembros de la Junta (doctor Joaquín Caicedo, don José María Cabal, doctor Nicolás Ospina, fray José J. Meléndez, fray José J. Escobar y doctor José María Cuero y Caicedo) lo proporcionó todo por medio de donativos voluntarios y empréstitos; y habiéndose apoderado de unos fusiles y pertrechos que de Panamá se habían enviado al Gobernador, y recogido cuantos armas fue posible entre los habitantes, alistó 800 hombres y pidió auxilios a Bogotá.

Recibidas tales noticias y la petición de auxilios, la Junta de Santafé dispuso inmediatamente el envío de una columna de 300 hombres que, a órdenes del Coronel Antonio Baraya, marchó hacia Cali por caminos intransitables, en época de lluvias torrenciales y a marchas precipitadas. Tan pronto como llegó Baraya, la Junta de Cali puso a sus órdenes los 800 hombres que tenía el Comandante don Miguel Cabal. Con esa fuerza de 1.100 hombres el Coronel Baraya se puso en marcha y abrió operaciones contra las fuerzas de Tacón, al mismo tiempo que por el páramo de Guanacas amenazaban a las fuerzas realistas 400 hombres que, organizados en Neiva, conducían el Coronel José Díaz, el presbítero Andrés Ordóñez, Cura de la Plata, y los señores Fructuoso Durán y José María Lombana, quienes por medio de estratagemas hacían creer que estaban bien armados y pertrechados de fusiles y artillería. Apoyado por esa fuerza, Baraya quiso sitiar a Popayán; mas las dificultades para la empresa eran demasiado considerables, por lo cual se creyó preferible atacarlos inmediatamente, y así se resolvió.

Tacón, como se ha dicho, estaba preparado para las contingencias de la guerra; se situó, pues, en el fuerte que había construido en el río Cauca, cerca de la ciudad, y destruyó el puente por donde podía pasarse el río Piendamó, que a la sazón estaba crecido hasta los montes (28 de marzo de 1811). Tacón esperó el ataque. La vanguardia de los patriotas, al mando del Capitán Nicolás Larrahondo, avanzó hasta el "Alto del Cofre". El Teniente don Atanasio Girardot llegó con la Compañía que formaba la descubierta, avanzó hasta el río Palacé, y desde allí divisó la fuerza de Tacón que se aproximaba en orden de combate, el cual no se hizo esperar, pues atacada al punto la descubierta patriota, ésta resistió a pie firme, trabándose la acción a la una de la tarde, con un bien sostenido fuego de fusilería y artillería, siendo muy poco más de 100 hombres los de Baraya que principiaron el combate, porque el grueso de la columna demorábase pasando el Piendamó. Al fin llegaron los refuerzos y se generalizó el combate.

"Las tropas de Tacón — dice Restrepo — pasaron el puente de Palacé y arremetieron a las de los independientes, que se hicieron fuertes detrás de unas cercas de campo. Así duró el combate hasta las cinco de la tarde, hora en que principió a llegar la caballería patriota que mandaba don Miguel Cabal. Desalentado entonces Tacón, se retiró en desorden a su campamento del río Cauca, dejando 70 muertos, 38 prisioneros y algunos heridos. Los patriotas sólo perdieron nueve hombres, entre ellos el Capitán don Miguel Cabal, rico propietario, Oficial de muchas esperanzas, patriotismo e influjo, cuya muerte fue generalmente sentida".

"Girardot — dice don José María Baraya en sus "Biografías Militares" — forzó y tomó con bandera en mano el puente Cauca, defendido por una avanzada del enemigo".

Algo debe de haber que seduce u oprime la voluntad de los hombres en relación con ciertos hechos cuya causalidad nos es desconocida; hay como signos exteriores que indican arcanos sólo conocidos de la Providencia, y que a nosotros nos está vedado penetrar; porque es muy significativa, muy extraña casualidad — si es que en casualidades hemos de creer — que Girardot en su bautismo de fuego, en la primera gloria de su vida militar, hubiera saboreado el placer de la victoria enarbolando la bandera de la Patria con su propio brazo, sin ser su oficio en las filas el de portaestandarte, y que en su último combate, al despedirse para siempre de la Patria y de la vida, cayera victorioso también, y también conduciendo por su propia mano el oriflama de las fuerzas republicanas; mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que de entre tantos héroes, patriotas entusiastas y ardorosos, como los que salieron de Bogotá con el Coronel Baraya, que supieron conquistarse un nombre esclarecido en la guerra de emancipación, en aquel combate, conocido en la historia con el nombre de Bajo Palacé, el único nombre que los anales recogieron con admirador entusiasmo fue el de Atanasio Girardot; joven gallardo, buen mozo, de pecho levantado, de mirada azul penetrante, cabellos rubios y sedosos, tez sonrosada, de buena educación y sumamente ilustrado e inteligente.

El mismo autor de las "Biografías Militares" escribe en la del General Antonio Baraya el siguiente párrafo, que nos parece digno de consignarse:

"Refiérese que después de la acción de Palacé le decía Girardot a un Oficial español, avergonzado de su derrota: "No extrañe usted que los hayamos vencido: si ustedes son de la tierra del Cid, nosotros somos sus descendientes legítimos". Girardot sabía ya de cuánto era capaz, y parece que presagiaba sus gloriosos hechos y su muerte heroica".

Con motivo de la derrota sufrida en Palacé, Tacón huyó precipitadamente con sólo setecientos hombres hacia Pasto, lugar a donde había enviado con antelación los caudales que había en Popayán pertenecientes a la Casa de Moneda, a la renta de diezmos y a la Tesorería Real, todo lo cual sumaba como 500.000 pesos; y Baraya ocupó fácilmente la ciudad capital, con lo cual pudo trasladarse a ésta la Junta de Cali y organizar la Junta de Gobierno de la Provincia, que entonces se compuso de los señores doctor Joaquín Caicedo, Presidente; doctor José María Cabal, Vicepresidente; don Antonio Camacho, don Toribio Miguel Rodríguez, don Manuel S. Vallecilla, don Felipe Antonio Mazuera y don Francisco Antonio Ulloa, Secretario.

Correspondióles al Coronel Baraya y a la Columna Auxiliar de Cundinamarca ser los primeros en medir sus fuerzas y empuñar reñido combate contra las tropas que enarbolaron la bandera realista para sujetar a sangre y fuego a los republicanos, y desde ese momento quedaron enfrentados los dos partidos que en sangrientísima lucha y continuado batallar estuvieron durante diez y siete años sembrando de cadáveres los territorios de las colonias sudamericanas; pero no quiere decir ello que aquel Jefe patriota fuera un gran Capitán, ni mucho menos un estratégico notable; y una injusticia sería exigir tanto de él, porque precisa tener en cuenta que el día 20 de Julio tan sólo era Capitán de una Compañía del Batallón Auxiliar, que servía de guarnición al Gobierno del Virreinato; Compañía que para el Gobierno español cometió el delito de traición pa-

sándose con su Capitán a los revolucionarios, y que para éstos adquirió el imponderable y señaladísimo honor de ser el primer apoyo material de los Padres de la Patria. Así se comprenderá que Baraya, militar de guarnición simplemente, en una época en que ni se hacían campañas ni se libraban combates, podía ser (y lo fue realmente) miembro de una distinguida familia, muy caballeroso y de innegable pundonor militar; pero no había por qué supiera, fuera de lo que se lee en las ordenanzas militares, lo que son las necesidades de la guerra, ni lo que son las particularidades de lo que en las operaciones de campaña se llama táctica sublime, ni lo que en tales materias significan la iniciativa y la actividad. De aquí que el Jefe vencedor en el Bajo Palacé entrara a Popayán, y sin cuidarse del enemigo, le consintiera a Tacón una huída precipitada con los 700 hombres que le quedaron, sin intentar la persecución. Y fue sólo en julio cuando a la cabeza de las mismas tropas con que había tomado a Popayán siguió con su expedición buscando a su enemigo hasta Mercaderes, cuando ya Tacón era hostilizado nuevamente por otros patriotas en las montañas de Patía.

Dejando encargado de las operaciones bélicas sobre el enemigo a su segundo el Coronel Joaquín Caicedo, Baraya contramarchó con la fuerza cundinamarquesa a Popayán, plaza en la cual permaneció hasta diciembre. En este mes se dirigió con sus tropas a Cundinamarca por orden que recibió del Presidente Nariño, trayendo, ya no como Teniente sino como Capitán, a Girardot, en virtud de haberse declarado la refriega de Palacé acción distinguida de valor. (4)

(4) Don Jorge Tadeo Lozano, Presidente de Cundinamarca, dirigió a los expedicionarios del Sur su proclama de 18 de abril de 1811, en la cual les decía:

".....El Gobierno, para remunerar la gallardía de los libertadores de Popayán, ha resuelto que al Jefe de la Expedición, Coronel don Antonio Baraya, se le dé el grado de Brigadier; a su segundo, el Capitán don José Ayala, el de Teniente Coronel; al Teniente don ATANASIO GIRARDOT, el de Capitán; al Alférez de Artillería don José María Cancino, el de Teniente, y al Sargento Mariano Márquez,

Durante la ausencia de Baraya y sus valientes oficiales en la expedición del Sur, se verificaron en el centro y las demás Provincias muy variadas y notables ocurrencias respecto del movimiento político de la Nueva Granada, siendo de todas las más notables la sanción de la Constitución del Estado (30 de marzo de 1811); la posesión de la Presidencia del mismo, tomada por don Jorge Tadeo Lozano (1º de abril), y la promulgación de la Carta Constituyente (4 del mismo); la usurpación de esa misma Presidencia por don Antonio Nariño, a favor de un tumulto popular (19 de septiembre); el pacto de unión federativa de varias porciones del ex-Virreinato, bajo el nombre de Provincias Unidas de Nueva Granada, hecho por las respectivas diputaciones (27 de noviembre), solicitando la unión de las otras Provincias; la lucha armada entre los republicanos de Cartagena y los realistas de Santa Marta; los esfuerzos que los partidarios del antiguo régimen hacían en Venezuela por dominar la revolución, y las amenazas que hacían sobre la Provincia de Pamplona; y en fin, el conflicto que se produjo entre el gobierno de Nariño y la autoridad del Congreso, o sea entre centralistas y federalistas; todas estas ocurrencias no fueron buenas, pues algunas de ellas fueron por extremo desfavorables al bienestar y progreso de la nueva nacionalidad, y no solamente ocasionadas a labrar mil desgracias en la época en que se sucedían, y a entorpecer los aprestos para la pública seguridad, sino también el origen de las disensiones intestinas y de los apasionamientos y las rivalidades entre personas, familias y partidos, que desde aquellos tiempos han venido por modo fatal atormentando nuestra existencia social.

El 10 de enero de 1812 entró el Coronel Baraya en Santafé (hoy Bogotá) con su gloriosa expedición, entre cuya Oficiali-

el de Alférez. Igualmente, en favor de estos Oficiales, de los soldados que sostuvieron el primer choque y de los demás que a juicio de los Jefes se distinguieron en bizarría y denuedo, decreta que se pongan en el brazo izquierdo un escudo de honor, amarillo y rojo, con esta inscripción: "*Defensor de la libertad en Palacé*".

dad sobresalía el Capitán Atanasio Girardot; y en esta capital se le prodigaron los honores de la victoria, habiendo salido a encontrar a los expedicionarios hasta bien lejos de la ciudad todos los patriotas, que los aguardaban con regocijo y entusiasmo, y como a quienes el Gobierno de Cundinamarca había decretado un escudo de honor, conforme lo había hecho el de Popayán.

Mal auguraban los principios del año para el sosiego e independencia de la República: el horrendo monstruo de la contienda intestina tomó la actitud de la vieja Némesis entre los que querían el sistema central y los federalistas. El dictador Nariño, hombre enérgico, inteligente y sagaz, estuvo resuelto a someter a los que con la federación sostenían la anarquía; y como los Cabildos y ciudadanos de las villas de San Gil y Vélez rechazaban la idea federalista procurando su anexión al Gobierno central, de la misma manera que lo hicieron Leiva, Garzón y Purificación, segregándose de sus respectivas Provincias, Nariño — dice el historiador Groot — mandó a la ciudad de Vélez y pueblos de su jurisdicción el auxilio de tropa que pedían, consistente en el Batallón Provincial, comandado por el Capitán Ignacio Salcedo y Atanasio Girardot. Ocúrresenos que Salcedo y Girardot debieron ir con el Batallón mencionado como parte de la expedición con que el Teniente Coronel Joaquín Ricaurte marchó a sostener las fuerzas centralistas de la Provincia del Socorro, pues en ninguna obra histórica encontramos la causa de la separación de Girardot de las tropas de Baraya, nombres que a los pocos días volvemos a encontrar juntos en marcha para Sogamoso.

En efecto, de Bogotá salió (12 de marzo) una expedición de 350 hombres al mando del Brigadier Baraya, que debía llegar a Salazar para oponerse a las fuerzas del español don Ramón Correa, que amenazaba invadir la Provincia de Cúcuta y las del Norte. Restrepo dice que ello era un pretexto solamente, pues que Nariño dio al Brigadier instrucciones reservadas para que se detuviese en Tunja, procurando, por cuantos medios pu-

diera, desorganizar el Gobierno, dividir la Provincia y anexarla a Cundinamarca; pero que habiendo encontrado aquel Jefe una tenaz resistencia en el Gobernador Niño y su asesor García Rovira, y no hallando motivo justificado para romper hostilidades y usar la fuerza, Baraya tuvo que trasladarse a Sogamoso, y por intrigas logró que esta población se entregara a Santafé. El señor Groot absuelve a Nariño de semejante cargo, negando que la marcha de Baraya con sus tropas al Norte fuera un pretexto; ni tampoco lo creemos nosotros, porque en la correspondencia que durante las desavenencias que el dictador tuvo con los federalistas, siempre mostró empeño en que aquella expedición marchara a combatir con Correa, o que se le devolvieran las armas para marchar él mismo a Cúcuta con ese objeto. Sea lo que fuere, la verdad es que en dicha expedición iban Oficiales de la talla de Francisco José de Caldas, Francisco de P. Santander, Rafael Urdaneta, Luciano D'Elhuyart y otros a quienes la gloria acarició con refulgente nimbo, y que por sobre esa Oficialidad resaltaba la figura de Atanasio Girardot.

Mientras que el Congreso de las Provincias Unidas se instalaba en Ibagué, y sabedor del próximo rompimiento entre el Gobernador de Tunja y el General Nariño, quien enviaba a aquella ciudad una Comisión compuesta de los Diputados Camilo Torres, Frutos Gutiérrez, José María del Castillo y Juan Miramón, para que en calidad de mediadores arreglaran pacíficamente la discordia civil, Baraya, que como hemos visto, había salido hacia el Norte en calidad de subalterno del Gobierno central, cometiéndolo, con mengua de la disciplina y con desdoro de la lealtad que impone el honor militar, el acto proditorio de pasarse con sus tropas a defender la causa de los federalistas, acto éste que trató de legitimar con un Consejo de guerra de sus Oficiales, en cuya acta se resolvió (25 de mayo) que el Brigadier no obedeciese la orden de Nariño de retirarse de Bogotá, sino que de acuerdo con los Gobiernos de Tunja y Pamplona trabajase en favor del Congreso, siempre que todas las operaciones militares fueran dirigidas por el mismo Briga-

dier; que si el Gobierno de Cundinamarca le ordenase dirigirse contra los enemigos exteriores, después de verse si verdaderamente había peligro trascendental, se procedería a la defensa de acuerdo con las Provincias, no por obedecer al Presidente de Bogotá, sino por haber peligro para la libertad; y que sólo obedecerían las órdenes del Congreso. Este paso, verdaderamente sedicioso, hijo, según nos parece, de una mal aconsejada ambición de mando de Baraya, y demasiado peligroso en la institución militar, puesto que por él los miembros del Ejército se descargaban de la obediencia pasiva para convertirse en cuerpo deliberante, habría sido suficiente para que en otras circunstancias y en otra época Baraya y sus subalternos hubieran sido pasados por las armas con toda justicia; mas obsérvese que en esa acta que tenemos a la vista, y en la cual se encuentran las firmas de Antonio Baraya, José Ayala, Francisco Caldas, Rafael Urdaneta, Antonio José Vélez, Manuel Ricaurte y Lozano, José María Ricaurte, José Arce, Angel González, Lino María Ramírez, Francisco de P. Santander, Luciano D'Elhuyart y Bastidas y José Agustín Rosas, no figura la de Atanasio Girardot, lo cual es un título de honor para nuestro egregio protagonista; sin que esto hubiera sido un obstáculo para que se le hubiera concedido el ascenso de un grado, como en efecto lo concedió el Congreso a Baraya y a todos los Oficiales que lo acompañaban. Después de aquel Consejo, Baraya marchó con su columna a someter al General Pey, quien por orden de Nariño se hallaba en El Socorro en lucha abierta con los federalistas de esa Provincia.

En tanto se verificaba tan detestable defección y el General Baraya procuraba unos arreglos pacíficos con Pey, el dictador se dirigió con 800 hombres a Tunja, plaza que ocupó sin ninguna oposición (30 de junio), porque el Gobernador Niño y sus subalternos se dirigieron a Santa Rosa. En Tunja, contra lo que debía aconsejarle su pericia militar, permanecía estacionario Nariño, cuando se supo que por no haberse llevado a cabo el convenio propuesto, las fuerzas de Baraya batieron por comple-

to a don José Miguel Pey en Paloblanco, cerca de San Gil (19 de julio), cayendo prisionero este General, el Teniente Coronel don Bernardo Pardo y cien compañeros más, tomándoseles la artillería y 250 fusiles, al mismo tiempo que don Justo Castro, con la columna que debía reforzar a Pey, se rendía a los milicianos de Charalá, con lo cual y con la defección de Baraya los centralistas venían teniendo una pérdida de más de 800 hombres, 700 fusiles y 20 piezas de artillería, que pasaron a las tropas de los federalistas. Con semejantes noticias no le quedó a Nariño otro recurso que el de apresurarse a concluir un tratado con el Gobierno de Tunja, que se firmó en Santa Rosa el 30 de julio, y en el cual se convino, entre otras cosas: que el Congreso se instalase inmediatamente; que Sogamoso quedase otra vez agregado a Tunja; que la villa de Leiva quedase en libertad para agregarse o no; que la agregación del Socorro, Mariquita y Neiva la resolvería la Gran Convención de Nueva Granada, que debía reunirse, y que las armas de Tunja y Cundinamarca quedaban a disposición del Congreso para que fuesen destinadas contra los españoles. Por tal modo terminó esta primera etapa de la execrable guerra civil en que se agotaban las energías y recursos de los patriotas, sin que fueran atendidas las súplicas que a uno y otro contendor dirigían el Gobernador y autoridades de Pamplona, pidiendo armas y tropas para repeler al Coronel don Ramón Correa, que después de obtener un triunfo en San Antonio de Táchira (18 de junio), ocupó a Cúcuta y amenazó el interior con las tropas sostenedoras del régimen español.

Parecía que con el Tratado de Santa Rosa había de quedar terminada la guerra civil; mas no fue así, porque la infame hidra reprodujo la cabeza que antes se le cortara. Nariño procedió a cumplir fielmente lo pactado; el Congreso se trasladó de Ibagué a la Villa de Leiva, en donde reanudó sus sesiones; y no sólo dio el Presidente de Cundinamarca al olvido cuantos ultrajes se le habían irrogado, sino que correspondió con nobleza a sus empecinados detractores; por último hizo renuncia del

poder discrecional de que se le había investido (20 de agosto). Empero, la exacerbación de los espíritus no era para calmarse con tan señalados actos de conciliación de parte de Nariño, porque aunque los Diputados que componían el Congreso eran hombres de alta talla moral, abnegados hasta rendir la vida en aras de la felicidad común, y dotados de todo género de virtudes, sus ideas sobre administración política llegaron a formar en ellos una verdadera obsesión. Teníanse noticias de los progresos que hacían las armas realistas sobre la Provincia de Popayán, sobre la de Pamplona, y las de Santa Marta sobre las de Cartagena; mas todo eso no era parte suficiente a que el Gobierno de Tunja despachara, según lo convenido, los batallones a luchar contra el común enemigo; antes al contrario, se exigía que las armas de Cundinamarca fueran entregadas al Gobierno de Tunja; por otra parte, entre disputas llegaron los federalistas hasta causar verdaderas y muy duras hostilidades al Gobierno desempeñado por el Consejero de Estado don Manuel Benito de Castro, por habersele admitido la renuncia a Nariño; así fue que en tal estado de los negocios públicos un sinnúmero de gentes de Cundinamarca se dirigió a Fucha, quinta en donde vivía Nariño, y le suplicó que volviera a hacerse cargo del Poder, a lo cual accedió por reiteradas instancias, una vez que el señor De Castro renunció el puesto y la representación de Cundinamarca hizo la elección; la cual era no sólo del agrado popular sino que una parte de civiles, militares y eclesiásticos y de padres de familia, en número mayor de 1.500 personas, resolvieron en votación pública y nominal "que Nariño debía continuar en el Gobierno con las mismas facultades absolutas que se le habían concedido; que no se obedecieran las órdenes del Congreso, y que no entrara Cundinamarca en la federación". (22 de octubre).

A tal situación había llegado el ánimo de las facciones, que el Congreso de la Unión expidió un decreto en que declaraba a Nariño usurpador y tirano de la Provincia de Cundinamarca, y a todas las personas de su facción, refractarias y enemigas de

la unión y libertad de Nueva Granada, autorizando al Presidente encargado del Poder Ejecutivo, doctor Camilo Torres, para que por cuantos medios le fuera posible suprimiera el Gobierno intruso y su facción que oprimía dicha Provincia, y acordó trasladarse a Tunja para ponerse bajo la protección de las tropas mandadas por Baraya y Ricaurte; esto a tiempo que Nariño por su parte dirigía al mencionado Presidente la intimación de que "no siendo justo que a la sombra del Congreso se mantenga Tunja con las armas de Cundinamarca para impedir su defensa, revolucionando los Cantones de este Estado, es llegado el caso de que, o sigan las tropas que están en Tunja a arrojar los enemigos de Cúcuta, o se me entreguen para pasar yo mismo a atacarlos, o de que las tropas que tengo acuarteladas con este destino sigan a recoger las armas que perteneciendo a Cundinamarca, detiene injustamente Tunja para atacarla, impidiendo la defensa general. El Supremo Congreso, o los miembros que hoy le componen, serán responsables personalmente de las consecuencias que se sigan, si por su parte no contribuyen eficazmente a que las cosas terminen de uno de los dos modos propuestos".

Y en efecto, el dictador Nariño marchó para Tunja (22 de noviembre) con sus tropas al mando del Brigadier don José Ramón de Leiva, después de haber preparado la organización del Gobierno para mientras durase su ausencia; mas como las fuerzas federalistas estuviesen listas para repeler a Nariño, le salieron a su encuentro. El Jefe centralista atacó al enemigo comandado por el Brigadier Ricaurte, en el alto de "La Virgen" (2 de diciembre), un poco más allá del pueblo de Ventaquemada, obligándolo a empeñar el combate a las cuatro de la tarde, y abriéndose con tenacidad de uno y otro lado un fuego vivo y porfiado durante dos horas y media, hasta que los soldados de Nariño salieron en desordenada derrota, dejando en el campo 40 muertos, 50 prisioneros, 10 piezas de artillería, fusiles y pertrechos. Debióse este triunfo especialmente al Batallón 4º de "La Unión", cuyo Comandante era Atanasio Girardot, a quien

le correspondió siempre la vanguardia en los combates, según lo hemos visto hasta ahora y como lo veremos después. Este Batallón se componía en gran parte de los veteranos que en 1810 formaban el "Auxiliar", y fue él el que cargó con tan irresistible ímpetu sobre las fuerzas de Nariño, que querían replegarse en orden a Ventaquemada, para empeñar otro combate al día siguiente, que les desbarató ese plan y les infundió tal pánico, que sólo por los esfuerzos del Brigadier Leiva pudieron conseguir algún orden en el regreso a Bogotá.

Muy lejos estaba el General Baraya de ser un buen militar — ya lo hemos dicho — aunque la fortuna y sus subalternos le ayudaran a salir bien en algunos casos; y Nariño, por el contrario, aunque no era militar de cuartel, militar de cartuchera, como ahora se llama a esos rutineros que saben la táctica del manejo del arma y de las maniobras de un despejo o parada, pero que en campaña, al frente del enemigo, son nulidades absolutas cuando no deshonrosas; Nariño, decimos, sí poseía grandes aptitudes para conducir tropas en operaciones campales. Tan pronto como llegó a su capital reavivó el abatido espíritu de sus derrotados, enardeció el ánimo de sus partidarios, aumentó sus fuerzas, fortificó las entradas de la ciudad por San Diego, San Victorino y las Cruces, guarneció con 200 hombres el inexpugnable cerro de Monserrate, y se apercibió a la lucha contra el enemigo, que vencedor le venía encima.

En realidad, el General Baraya, con más de 3.000 hombres de la Unión llegó a Usaquén, y desde allí estableció su línea por Suba, Fontibón, Bosa y Tunjuelo, y ordenó al Teniente Coronel Atanasio Girardot que tomase y ocupase prontamente la fortaleza de Monserrate. Proponíase el General, como tan desatinadamente se propuso antes del combate de Palacé tomar a Popayán, rendir a Bogotá por el hambre y el asedio, sin considerar que una plaza tan abundante como ésta rara vez se verá exhausta de provisiones, y que con el armamento y la táctica de aquellos tiempos, semejante línea de bloqueo exige por lo menos 50.000 hombres; pero así lo quiso y así procedió a estrechar la ciudad. Girardot atacó (enero 5) la guarnición de Mon-

serrate, que había sido reforzada con artillería, y a las cuatro de la tarde comenzó a desalojar de sus parapetos el enemigo, que precipitadamente los abandonó, bajando los soldados centralistas a la ciudad más bien rodando que caminando. Y para tener alguna idea de la impresión que este acontecimiento causara en la sociedad santafereña, precisa tener en consideración que en esta ciudad no se habían oído durante doscientos años de paz más absoluta otras descargas que las de los arcabuces con que muy de tarde en tarde era ajusticiado uno que otro criminal; que no se conocían los efectos de la guerra sino por las historias leídas en algunas casas, y que el carácter naturalmente pacífico de sus moradores sobreexcitaba su sensibilidad por las visiones que sugiere una tímida imaginación; todo lo cual conturbaba más los ánimos con las exageraciones que la conducta que observarían las tropas de la Unión, propagaban ambos bandos: los federalistas, con ánimo de atemorizar a los sitiados y obligarlos a una entrega sin resistencia, aseguraban que tomaban la ciudad a sangre y fuego, con sus desgraciadas consecuencias, si el enemigo no se rendía a discreción; y los centralistas, como natural desahogo de su rencor, y también para alentar más el espíritu de combate, aseguraban que los sitiadores entrarían no sólo pasando a cuchillo inmisericordemente a los habitantes, sino que premiarían a los soldados entregándoles la ciudad al más desenfrenado saqueo. Ya se imaginaban a Girardot bombardeando la ciudad con los cañones, echando a tierra y pulverizando los edificios; y ya por amor a las propiedades, ya por el instinto de la propia conservación, ya por efecto religioso (pues se decía que los federalistas eran enemigos de la religión), se hacían rogativas fervorosamente concurridas, se echaban a vuelo las campanas, se exhortaba a la penitencia, se proclamó a Jesús Nazareno Generalísimo de las tropas asediadas, se levantó el ánimo de los cobardes y se estimulaba con la mayor eficacia a los 1.800 hombres, casi todos reclutas, con que Nariño se percibía a la defensa.

Para que los sitiadores entendieran que en la plaza se encontraban víveres en abundancia, el General Nariño envió una

buena cantidad a la fuerza comandada por Girardot, con un oficio concebido en estos términos:

“Una persona que ha venido de ese punto de Monserrate, me ha insinuado la hambre que padecen los prisioneros y las tropas de usted. A pesar del bloqueo que se tiene puesto a esta ciudad y de la inhumanidad con que se quiere arruinarla a sangre y fuego, remito a usted una carga de arroz, un tercio de carne y otro de sal para que se socorran sus tropas y me avise lo más que necesite”.

No aceptó Girardot el obsequio, y arrogantemente contestó:

“Campamento de Monserrate, 6 de enero.

“El acopio de provisiones que he recibido de Suba me pone en estado de no necesitar de lo que usted me remite y devuelvo con el mismo conductor. Sírvase usted por tanto evitar estas molestias en lo sucesivo, y tenga entendido que no se trata de arruinar a Santafé, con cuya especie se ha querido difamar a un General de cuya bondad se abusa demasiado, sino de restablecer en ella el orden, de que los abusos de la tiranía la han privado, y que muy pronto sentirán los perturbadores del orden público todo el peso de nuestras armas victoriosas.

Atanasio Girardot”.

Con las fuerzas enviadas por el Congreso a órdenes de Baraya, como Jefe de operaciones, venían, además, el más tarde célebre Custodio García Rovira, en su carácter de Gobernador del Socorro; don Juan Nepomuceno Niño, a quien hemos visto ya como Gobernador de Tunja, ambos Comandantes de las milicias de sus Provincias, y los Diputados José Joaquín Hoyos y doctor Andrés Ordóñez; los cuatro para formar una Comisión política, encargada de las capitulaciones o convenios que pudieran resultar de la guerra, y de organizar el Gobierno de Cundinamarca, en caso de un triunfo que reputaban seguro; pero

esas capitulaciones no tuvieron efecto. Aunque Nariño, por la poca confianza que en la victoria tenía, y aun sometiéndose a una verdadera humillación, había escrito a Baraya, a Caldas y a otros amigos que había en el Ejército de la Unión, con el objeto de conseguir una terminación pacífica, y había enviado Diputaciones al Jefe y a la Comisión del Congreso, haciéndoles concesiones de la mayor importancia, no fue atendido; tuvo en las afueras del pueblo de Usaquén una conferencia con el mismo Baraya, pero fue inútil. Vuelve Nariño a solicitar un arreglo por medio de los Cabildos eclesiástico y civil, y el Jefe sitiador exige "que se reponga el Gobierno en la situación en que se hallaba el 9 de septiembre; que se me entreguen todas las armas y pertrechos, y que rindiéndose a discreción la ciudad, espere la clemencia del vencedor: de lo contrario entraré en ella a sangre y fuego". A vista de tanta renuencia de parte de los federalistas, el día 7 resuelve Nariño tentar la suerte de las armas, dándole una comisión al francés Coronel de Ingenieros Antonio Bailly, quien el día mismo ataca, toma y desbarata con sus compañeros el fuerte destacamento que Baraya había dejado en Usaquén, para trasladarse al lugar central de sus operaciones. Esta pequeña victoria de los centralistas reanimó en gran manera el valor y la esperanza de los sitiados. Este último día, a las seis de la tarde, ofició Baraya a Nariño desde Fontibón, intimándole por última vez para que entregase la ciudad a discreción con cuatro horas de plazo, y avisándole que si no hacía tal, entraría en ella a sangre y fuego. A esta intimación contestó el día ocho Nariño accediendo a todo lo que el Congreso exigía y pidiéndole sólo garantía para las personas e intereses de los habitantes de la ciudad, y para él y su familia un pasaporte con el cual pudiera salir de la República; la contestación fue la misma: "rendirse a discreción"; por última réplica el Dictador declaró "que los moradores de Santafé estaban resueltos a derramar hasta la última gota de su sangre si no se les concedía una honrosa capitulación".

Ya se deja comprender que de un momento a otro debían romperse los fuegos en la línea de combate; por otra parte, des-

de el día seis se había cogido un espía que tenía además la misión de conducir una carta a la señora del Diputado Hoyos, en que se le avisaba que dentro del tercero día sería atacada la ciudad; y las autoridades asediadas aprehendieron un posta portador de un papel en que Baraya ordenaba a Girardot que permaneciera en el cerro hasta nueva resolución.

Efectivamente, a las dos de la mañana del día nueve se puso Baraya en marcha desde Fontibón sobre Bogotá, con tropas mal conducidas y sufriendo extravío y demoras en la explanada de la Estanzuela, de modo que sólo llegaron a las cinco de la mañana a la ciudad. Verificando un movimiento envolvente las fuerzas federalistas ocuparon la Calle Honda (hoy carrera 13) y las avenidas que dan a la calle principal del Prado (calle 11 o de San Miguel), la parte occidental de la plazuela de San Victorino (hoy de Nariño) y la plazuela de los Capuchinos (hoy de San José, o camellón de la Alameda), con lo cual quedaban los centralistas aislados de la ciudad y atacados por todos los frentes y flancos. Los de Nariño rompieron inmediatamente un fuego nutrido y vigoroso sobre los de la Unión, aunque éstos recibían poco daño por estar bien parapetados tras de las tapias de los solares y las casas adyacentes; mas como Nariño hiciese mover sobre los flancos derecho e izquierdo algunos cañones de grueso calibre, al disparar algunos tiros de metralla los federalistas abandonaron sus puestos inmediatamente, sufriendo en consecuencia una derrota vergonzosa que les infligieron no más que trescientos valerosos soldados centralistas, quienes sobre la marcha y a la bayoneta se apoderaron de la artillería enemiga que acababa de ser emplazada. A las dos horas y media quedó terminado este triunfo, que completaron las guerrillas en que se dividió el grueso del Ejército centralista con el objeto de perseguir a los fugitivos, tomar prisioneros y recoger los elementos de guerra. Pocos muertos hubo — dicen los historiadores — en este célebre combate, pero sí muchos heridos, y los prisioneros, veinticuatro oficiales de toda graduación, entre los cuales se hallaban el Teniente Francisco de P. Santander (he-

rido), el Capitán Rafael Urdaneta y el Coronel José Ayala (herido), y muy cerca de mil individuos de tropa, y los Diputados Hoyos y Ordóñez. De tan completo desastre no se salvó más fuerza que Girardot con sus trescientos compañeros, que, pudiendo obtener el triunfo sin que nada pudiera impedirles apoderarse de la ciudad, hubieron de resignarse a contemplar desde el cerro de Monserrate la derrota de su Ejército, aguardando nueva orden. Girardot se retiró tranquilamente hasta Tunja, habiendo llevado hasta Ventaquemada los prisioneros que tenía (12 de enero de 1813). Después se supo que fue Nariño quien falsificó la orden para que Girardot permaneciera en Monserrate aguardando la nueva consigna. (5)

En tanto que en Nueva Granada se agotaban energías, soldados y armamentos en la mil veces vitanda y nunca bien execrada guerra civil, con absoluto descuido de los peligros exteriores, la situación de Venezuela era aún más desgraciada: don Domingo Monteverde quedó dueño absoluto de la suerte de este país desgraciado desde el 25 de julio de 1812 por consecuencia de la capitulación de Miranda, infringida pérfidamente por el representante de la autoridad española. Abriéronse las prisiones y encerrábase en ellas a lo más distinguido y granado del patriotismo venezolano, extremándose el rigor y la injusticia; violentábanse los principios más obvios de humanidad y conmiseración; establecióse como sistema de pacificación el odio, la iniquidad y la violencia, entendiéndose como más humanitario, quizás como más misericordioso, la guerra con su cortejo de muerte, de lágrimas y destrucción; el asesinato, la rapacidad y la infame extorsión llegaron a señalar como un ali-

(5) "Sábado 9. — Con motivo de haberse ganado la acción ofició el señor Presidente Nariño a don ATANASIO GIRARDOT, que fue el que tomó a Monserrate y era el Comandante de dichas tropas, que rindiese las armas y se presentase sin temor, y la contestación fue que sí se presentaría, pero a fuego y sangre; por esto el señor Presidente puso arrestados a su padre y madre en su misma casa".—(*Diario* del señor J. M. Caballero).

vio las mazmorras de la Guaira, Puerto Cabello, Valencia y Maracaibo. Las víctimas oprimidas de Venezuela enderezaron entonces (25 de octubre) una alocución a los granadinos, de la cual copiamos lo siguiente:

"¡Pueblos de la Nueva Granada, hermanos, amigos y compañeros! Vosotros, corazones sensibles, si es que aún permanecen en la tierra la compasión y la ternura, mirad por nosotros, compadeceos de nuestras penas, aliviad nuestros tormentos. ¿Será posible que os hagáis sordos a los lamentos de tantas víctimas desgraciadas que ven pendiente de vuestra caridad el momento de su redención? ¿Para cuándo reserváis vuestros fraternales oficios, protecciones bien entendidas y generosas liberalidades? ¿Qué objetos más dignos de vuestra compasión detenida que estos hermanos vuestros que arrastran las cadenas de un yugo extranjero, la vergüenza de la razón y de la humanidad? ¿Por qué rehusáis sacrificar una parte de vuestros intereses en favor de vuestros hermanos? El horroroso cuadro de nuestras miserias ¿no será capaz de franquear vuestros cofres y armar vuestros brazos fuertes para destruir a nuestros tiranizadores? Sabed que ni el favor, ni la sangre, ni la amistad, ni el oro, ni la plata, pueden abrir las prisiones tenebrosas en que nos tiene encerrados la rabia de nuestros conquistadores: ni aun tenemos el débil consuelo de derramar nuestras lágrimas en el seno de nuestros parientes y amigos. La más cruel incomunicación separa al hijo del padre, al esposo de la esposa, y hasta los ejercicios santos de la religión nos están en cierto modo prohibidos. Innumerables hijos de la desventurada Venezuela gimen en la más dura opresión, y sólo alienta su sufrimiento la esperanza consoladora de que sus hermanos los granadinos se compadecerán de su triste suerte y volarán a romper sus cadenas. ¿Qué esperáis pues? Nosotros os conjuramos ante el numen tutelar de la Patria, por los vínculos de la fraternidad, por las obligaciones de la alianza que hemos contraído, por la santa causa que defendemos, por la augusta y divina religión que nos es común, a que marchéis veloces a traernos la

victoria a los campos desolados de Venezuela, la alegría y la redención a vuestros afligidos hermanos. Venid a plantar el pabellón de la independencia sobre los arruinados muros de la Guaira; no perdáis la gloria de ser los redentores de un suelo que vio nacer la libertad”.

Si en Nueva Granada fue oído el precedente clamor, ya lo veremos al seguir las huellas de Girardot.

Terminada por tan desgraciados sucesos la campaña de Miranda en Venezuela, el Coronel Bolívar apenas pudo escapar con vida y sustraerse de la saña del infiel Monteverde, por mediación del bondadoso español don Francisco Iturbe, quien logró conseguirle un pasaporte para salir expatriado, lo cual alcanzó embarcándose en la Guaira (27 de agosto) en la goleta “Jesús, María y José”, con rumbo a Curazao, a donde llegó y en donde permaneció algunos días, dirigiéndose después a Cartagena, ciudad en donde entró el 14 de noviembre y donde ofreció sus servicios a la causa republicana al doctor Manuel Rodríguez Torices, Gobernador de la Provincia, y quien por recomendaciones del distinguido repúblico doctor José María Salazar, los aceptó, confiriéndole a Bolívar el empleo de Coronel y destinándolo a la Comandancia de Barranca, a órdenes del francés Pedro Labatut. Mas no era el futuro libertador soldado que se acomodara servilmente a la obediencia de un Jefe que buscaba más bien riquezas y aventuras que gloria y libertad; pronto se sustrajo de su Jefe, y nombrado por el Gobernador de Cartagena Jefe de operaciones del llamado entonces Alto Magdalena, en pocos días destruyó las fuerzas de los realistas, triunfando en Mompós, Tenerife, Guamal, Banco, puerto de Ocaña, Chiriguaná y Tamalameque, franqueando la navegación del río para el comercio interior y tomando al enemigo para el Gobierno de Cartagena cien piezas de artillería, gran número de fusiles y pertrechos y otros elementos de guerra. Fue entonces cuando el Coronel de la Unión, Manuel Castillo, Jefe Militar de la Provincia de Pamplona, que se hallaba en Piedecuesta con tropas desarmadas que no pudo oponer a los

realistas del Coronel Correa, invitó a Bolívar para que viniera en su auxilio a libertar el valle de Cúcuta, a lo cual, como era natural, accedió el Jefe venezolano tan pronto como recibió el permiso del Gobierno de Cartagena y la autorización de conducir cuantos elementos le fuera posible para armar las tropas que se hallaban inermes, y aumentar sus fuerzas.

Ninguna ocasión más propicia para que Bolívar concibiera, como en efecto concibió, la idea de volver a su amada Patria y emprender nueva campaña para libertarla de sus opresores. Plan era éste demasiado audaz para quien mira las cosas primero por el lado de las dificultades, pero no para quien movido por el santo amor a la Patria, a la familia y a la gloria, tiene fe en sus energías y en sus esfuerzos para conducirse hasta el sacrificio; de aquí que, aunque hubo de vencer muchas dificultades, principalmente de un orden moral, pues había de restablecer la moralidad de las fuerzas arruinadas por la deserción, el cansancio y la desobediencia, pasando por las armas a algunos, lo cual le atrajo enemistad con las autoridades provinciales, pudo al mismo tiempo levantar el ánimo de sus compañeros, infundirles amor a la gloria y determinarlos a marchar con escaso número de tropas, pero con mucho entusiasmo, en busca del enemigo, al cual con muy distinguidas maniobras estratégicas fue desalojando desde Ocaña, Yagual, Arboledas, Salazar y San Cayetano, hasta que obligando a Correa a presentar combate en la colina que domina por el noroeste a San José de Cúcuta, lo derrotó completamente (28 de febrero de 1813), quitándole la plaza, artillería, pertrechos, fusiles, víveres, un gran acopio de mercancías y cuantos efectos pertenecían al Gobierno español. Ningunos auspicios mejores para solicitar del Gobierno de la Unión, situado en Tunja, y del Presidente de Cundinamarca, los auxilios necesarios para proceder a libertar a Venezuela; y así lo hizo Bolívar, enviando inmediatamente al Coronel José Félix Rivas, comisionado ante ambos Gobiernos para obtener tales recursos y el permiso de avanzar con las tropas, y para tratar y estipular las indemnizaciones con que Venezue-

la hubiera de corresponder a la Nueva Granada, caso de ser libertada por su Ejército. Para mejorar más esos buenos augurios, el Coronel Bolívar recibió entonces el despacho de Brigadier al servicio de la Unión y el título de ciudadano de la Nueva Granada, acompañados de las expresiones más encomiásticas y honoríficas del Gobierno federal; y gracias a la buena armonía que por lo pronto existiera entre Bolívar y Castillo, éste influyó para que al primero se le confiara el mando en Jefe de la División.

En tanto que Rivas se dirigía al interior a despachar su cometido, Bolívar estableció su cuartel general en Cúcuta y avanzó sus fuerzas allende el Táchira hasta la villa de San Antonio (marzo 1º); aquí dirigió en el mismo día dos proclamas que revelan el estado de júbilo y de entusiasmo que en su alma desbordaba, y su gratitud a las tropas que le acompañaban; en la primera decía, dirigiéndose a los venezolanos:

“Vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os afligía con su mayor crueldad, porque defendisteis en vuestros propios hogares vuestros sagrados derechos. En este día ha resucitado la República de Venezuela, tomando aliento en la patriótica y valerosa villa de San Antonio, primera en respirar la libertad, como lo es en el orden local de nuestro sagrado territorio.

“Venezolanos: vuestro júbilo es igual a la grandeza del bien que acabáis de recibir; y aunque éste es superior a todos los sentimientos que puede inspirar la naturaleza, no iguala al que experimenta mi alma, siendo el instrumento de vuestra redención, y recibéndola yo también como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas, los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión”.

En la segunda se dirigía a sus subalternos:

“Yo que he tenido la honra de combatir a vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, a quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros

pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.

“La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. ¡No! su confianza no es vana: Venezuela verá bien pronto clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de la Guaira.

“Corred a colmaros de gloria, adquiriéndoo el sublime renombre de libertadores de Venezuela”.

Un vínculo invisible, una secreta inteligencia parece que debe estrechar las almas y los sentimientos entre los hombres de igual grandeza y energía, pues tocóle al egregio, al gran Camilo Torres, a la sazón Presidente de la Unión, comprender la sublimidad del genio que caracterizaba el alma de Bolívar.

A pesar de la emulación, de la envidia rastrera y del inundo oprobio con que a este caudillo heroico quiso salpicarle las botas el Coronel Castillo, soldado rutinero, inepto y desca balado, como lo son en general los jefes de cartuchera, tan pronto como llegó el Coronel José Félix Rivas, el Presidente Torres y el Gobierno de Cundinamarca celebraron un tratado en virtud del cual se comprometieron ambas partes a despachar los auxilios solicitados; el Gobierno federal se apresuró a enviar, aun antes de la ratificación del Tratado, los cuadros de los batallones 3º, 4º y 5º de la Unión, el penúltimo de éstos comandado por el Coronel Atanasio Girardot; y la autorización al Brigadier Bolívar para que procediera a libertar a Venezuela hasta las Provincias de Mérida y Trujillo, debiendo antes prestar juramento de fidelidad y obediencia al Gobierno de Nueva Granada y al Poder Ejecutivo de la Unión.

Para la inteligencia estratégica de Bolívar y para su temperamento, educación y perspicacia, la inmovilidad y la espera eran un yugo insufrible; natural fue que mientras llegaban los refuerzos enviados por Nariño, se apresurara a hacer uso de

rís (Manuel y Antonio), Ortega, Planes, todos satisfechos de ir a órdenes de semejante jefe y de tener por compañeros a los venezolanos Rafael Urdaneta y José Félix Rivas; de todos ellos los que no murieron jóvenes llegaron a ser los más distinguidos Generales de la República, y sin excepción alguna, cada corazón de esos era bastante por sí para caracterizar la clásica grandeza de la raza hispanoamericana. Tales fueron el entusiasmo y contentamiento del General Bolívar al ver de esa manera constituida la columna neogranadina con que se dispuso a libertar a su Patria, que al acusar recibo a Nariño de los elementos que recibió, en oficio de 10 de mayo exclamaba desde su Cuartel General de Cúcuta:

“¡Oh! qué bello espectáculo se presenta, señor Presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo, que va a ver una lucha quizás singular en la historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad e independencia de Venezuela, sin otro estímulo que el de la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastraron sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia!

“Vuestra Excelencia será el primero que penetrado del júbilo más puro, aplaudirá sus propias acciones, las de sus ciudadanos, y sobre todo, los magnánimos esfuerzos y sacrificios de los ínclitos guerreros de la Nueva Granada, con quienes voy a tener la dicha de combatir por la redención de Venezuela y gloria de estos Estados”.

Con motivo de la dimisión de Castillo varios oficiales regresaron con éste, prefiriendo volver a la Nueva Granada más bien que aventurarse en la “temeraria empresa”; pero ellos no hicieron falta, porque los que quedaron superaban por muchos conceptos a los “prudentes”.

Habiendo iniciado Bolívar sus operaciones sobre la Provincia de Mérida, llegó hasta San Cristóbal, plaza en donde dejó al Sargento Mayor Francisco de P. Santander con 290 hombres

de las fuerzas de Cartagena para que guarneciera el valle de Cúcuta y para tener seguridad de no ser molestado a retaguardia por las guerrillas que se levantaron con el fin de hostilizarlo. El 15 de mayo marchó de San Cristóbal sobre el Brigadier Correa, que debía encontrarse en Mérida; mas como éste no lo aguardara y se hubiese retirado a la altura de Ponemesa, el jefe republicano llegó con el grueso de sus fuerzas a Mérida el 31 de mayo, entre los más entusiastas y efusivos vítores y aplausos de los habitantes que acababan de deponer a las autoridades españolas.

Bolívar estableció el Gobierno republicano como se lo había ordenado el Congreso neogranadino, y en el discurso que el 4 de dicho mes dirigió a la muy ilustre municipalidad de esa capital, dijo:

.....
 “La gloria del Congreso y del Ejército que os ha redimido consiste en la magnanimidad de sus designios, que no son otros que los de destruir a vuestros verdugos y ponerlos en actitud de gobernaros por vuestras constituciones y por vuestros magistrados.

“Nuestras armas redentoras no han venido a daros leyes, ni menos a perseguir al noble americano; han venido a protegeros contra vuestros natos y crueles enemigos los españoles de Europa, a quienes juramos una guerra eterna y un odio implacable, porque ellos han violado el derecho de gentes y de las naciones, infringiendo los tratados y las capitulaciones más solemnes, persiguiendo impiamente al inocente y al débil, reduciendo los pueblos enteros a la indignidad y a la desolación, degradando el santo carácter del sacerdocio y cargando de prisiones a los ministros del altar, a los magistrados, a los defensores de la Patria y a toda clase de ciudadanos, por el solo delito de ser americanos...”

“Aceptad, ilustres merideños, las congratulaciones que a nombre del Congreso de Nueva Granada tengo el honor de haceros, reponiéndolos en el uso de vuestra autoridad, que sin du-

da será ejercida con la dignidad que corresponde a un Gobierno independiente, y yo me lisonjeo de que muy pronto veréis en medio de vosotros a vuestros Magistrados del Poder Ejecutivo Provincial, que han sido ya invitados por mí para que vengán a llenar las funciones de su ministerio, en cumplimiento de las generosas órdenes del Congreso, que ha tomado a su cargo el restablecimiento de la Constitución venezolana que regía en los Estados antes de la irrupción de los bandidos que ya hemos expulsado de toda la Provincia de Mérida, y arrojaremos más allá de los mares, si el Dios de los Ejércitos protege la causa de la justicia”.

El Presidente de la municipalidad contestó a lo anterior:

“Señor General:

“La grandeza del bien presente no puede ser estimada ni exactamente conocida sino por quien ha sufrido los males de que nos vemos librados. ¿Y quién podrá dibujarlos? La ciudad destruída por un sacudimiento de la naturaleza nunca visto; sus ruinas amasadas con sangre de sus hijos; huérfanos llamando a sus padres; viudas llorando a sus esposos, que no habían de ver más; ricos empobrecidos... Nuestros antiguos tiranos aprovechan aquel momento desastroso para redoblar las cadenas; los hijos de la Patria o huyen esparcidos o se abandonan a la suerte, sin ser por eso más bien tratados. Los sacerdotes del Señor, los magistrados venerables, hasta el simple labrador, abrumados de grillos, cubiertos de insultos más pesados que la muerte, se ven tendidos en campo raso y transportados a los pontones y mazmorras de Maracaibo, Puerto Rico y Puerto Cabello, y... ¿cuál, pues, será la medida de nuestro reconocimiento a la mano libertadora que aleja de nosotros tanta ignominia? ¡Bendita sea para siempre la Nación Granadina! ¡Gloria al sabio Congreso que la representa y dirige! y ¡Gloria a Venezuela que os dio el ser a vos, ciudadano General.....”.

Para comprender la grandeza de alma de Bolívar y de sus esforzados compañeros, la sublimidad de sus esfuerzos, la magnitud de su abnegación, la avasalladora fogocidad y el ímpetu

patriótico de los expedicionarios libertadores de Venezuela, se hace necesario que antes de verlos desfilar hacia el centro del país, hagamos una descripción del género de guerra y de su mortífero carácter que por entonces estaba empeñada entre venezolanos y españoles. Sábese que el día 2 de agosto de 1809 los soldados realistas de Quito forzaron los calabozos en que estaban presos los iniciadores de la revolución de independencia, y que allí, en la prisión, con hachas, sables y fusiles, fueron miserable y cruelmente asesinados los próceres Morales, Salinas, Quiroga, Ascásubi y otros hasta el número de veintinueve, cuyos cadáveres fueron desnudados e insultados brutalmente, y que como el pueblo quiteño se sintiese herido y amenazado por modo tan atroz, y con armas blancas hubiese atacado a las patrullas regulares, ejercitando algunas venganzas, entonces las tropas del Ejército procedieron al asesinato en las calles, muriendo más de ochenta personas, entre ellas tres mujeres y trece niños. La historia nos enseña también que después del combate del río Palacé, en que tan gallardamente se distinguiera Girardot, las tropas de Tacón en el Patía y en Pasto se complacían en el martirio y la muerte de los prisioneros patriotas, a muchos de los cuales colgaban de los árboles y alanceaban por diversión. Pues bien: ninguno de estos hechos es comparable con los que se sucedían en Venezuela; allí la guerra a muerte estaba declarada de hecho, sin que haya nada que pueda equipararse al modo como se ejercitaba el exterminio de la especie humana. No era guerra de salvajes, que a lo menos entre éstos suele dominar el instinto de la ley natural. Era una guerra de oprobio, de vergüenza, de algo con que no se puede calificar la raza de los bimanos. Iniciada fue por las huestes españolas; y como las gentes venezolanas, ardientes, vengativas, de acerado carácter y propensas a la retaliación, se vieran en la necesidad de apelar al sistema de sus contrarios, pronto se vio el país cubierto por la negra sombra de la muerte, en cuyo derredor se cernía el hálito nauseabundo de los cadáveres insepultos. Nada tiene, pues, de raro que el ejemplo de los españoles Zuazola, Rosete, Lizón, Luna, Tíscar, Yáñez, Cerveriz, Antoñanzas, Bo-

ves, Morales, Monteverde y demás monstruos que pasaban a cuchillo a sus prisioneros, y a las mujeres y a los niños, y que verificaban el número de muertos por las orejas que remitían en cajones, y aun usándolas en el sombrero a guisa de escapapela, fuera seguido por los republicanos Campo Elías Bermúdez, Mariño, Ustaris, Pérez y otros, que sabían aprovechar las lecciones; ni que el doctor Antonio Nicolás Briceño, uno de los venezolanos que llegaron a Cartagena después de la capitulación de Miranda, y que aspiraba a ser el libertador de su patria, firmara un compromiso en que se habría de hacer la guerra premiando el número de cabezas que al enemigo se le tomaran muertas.

Y no hacemos aquí una reseña de los combates en que no se dio parte del número de prisioneros, habiendo sido todos pasados a cuchillo, por no hacer muy largas estas indispensables digresiones y debilitar el interés que el lector debe tener en seguir a Girardot en su gloriosa carrera.

Bolívar no tenía tiempo que perder; así es que pasados en Mérida los momentos de entusiasmo, procedió a organizar y aumentar su pequeña columna, para lo cual aprovechaba el reanimado patriotismo de los pueblos redimidos, y en lo cual la tarea se facilitaba, pues no era sino obra de juntar a los hombres, darles armas y señalarles los oficiales que inmediatamente los condujeran al combate, sin haber recibido antes ninguna instrucción ni disciplina, toda vez que se trataba de sorprender a los enemigos. En seguida, dejando en Mérida al Coronel José Félix Rivas con trescientos hombres que debían seguir en la retaguardia, se dirigió a Trujillo, confiando la vanguardia, que era el grueso de la columna, a la inteligencia, valor, juicio y actividad de Girardot, quien dispuso que cuanto antes atacara D'Elhuyart al Brigadier Correa en sus posiciones de Ponemesa; no aguardó el español el ataque de las fuerzas republicanas, y huyendo precipitadamente, fue a parar a Moporó, en donde se embarcó para Maracaibo. Así se apoderó Girardot de Trujillo sin ninguna oposición, y en esta plaza decretó Bolívar inmedia-

tamente la guerra a muerte. En su proclama de 15 de junio decía:

“Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la causa justa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la Patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas.

“.....Y vosotros americanos.....:

“Nuestras armas han venido a protegeros y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos.....

“Españoles y canarios: contad con la muerte, siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida aun cuando seais culpables”.

A inmediaciones de Trujillo, en el pueblo de Carache, estaba situado el español Cañas con una División muy superior en número a la fuerza de Girardot, y todavía para mejor asegurar el triunfo, el realista se parapetó en las muy buenas posiciones de “Agua Obispos”, contando además con los auxilios del pueblo, en donde todos eran enemigos acérrimos y empeñados de los patriotas; así, a pesar de que el enemigo había hecho combinaciones y madurado un plan en que puso de su lado la seguridad del triunfo, el 10 de junio Girardot, “este jefe en quien la actividad era una ley de su naturaleza”, atacó tan ruda, tan tenaz y tan gallardamente, que al cabo de una hora del más violento combate lo obligó a abandonar el campo, y dispersándolo, le tomó 78 prisioneros, un cañón con sus respectivas municiones, ochenta fusiles y muchos otros artículos de guerra (7). Entonces Bolívar, en una proclama, pudo decir:

“.....Carache, el infame pueblo de Carache, ha sido liberado y castigado a la vez; sus habitantes rebeldes han muerto,

(7) “La acción de Carache ha cubierto de gloria a Girardot y a sus oficiales. Creo que el Congreso lo haga Coronel y conceda un escudo de valor a la tropa y oficiales”. (Carta del Coronel Antonio Villavicencio a la señora madre de Girardot, del Rosario de Cúcuta, fechada el 2 de julio de 1813).

o son vuestros prisioneros; los otros, que se han acogido a vuestra protección, gozan ya del abrigo de las leyes republicanas que tan gloriosamente hebéis redimido”.

“El humano Girardot — dice González Chaves en su “Estudio Cronológico” — no quiso usar del reconocido derecho de las represalias: incorporó a su pequeña columna los prisioneros, considerándolos como a hermanos extraviados a quienes se debía tratar con mayor ternura; no veía en el Decreto de Trujillo una necesidad hasta no agotar la dulzura y el ejemplo; su generoso corazón apartó con frecuencia del cuello del vencido la cuchilla vengadora, mientras conservó la esperanza de triunfar solamente con el valor y la clemencia; y esto a pesar de las escandalosas matanzas de Lizón, Boves, Antoñanzas, Zuazola, Puy... y de otros monstruos venidos del averno, quienes llegaron a pensar que habían recibido la triste misión de despojar la tierra”.

Al regreso de Girardot, después de la acción de Carache, a Trujillo, saliéndole a recibir el General Bolívar acompañado de la Plana Mayor del Ejército y del señorío de aquella ciudad, no se oía sino “¡Viva nuestro valiente libertador el inmortal Girardot!”

Ocupóse Bolívar en reorganizar el Gobierno republicano de la Provincia de Trujillo, dando para ello importante comisión a Girardot, quien desempeñó a maravilla su cometido, y de lo cual da una muestra el siguiente documento:

“Atanasio Girardot,

“Teniente Coronel y Cuartel Maestro de los Ejércitos de los Estados Unidos de la Nueva Granada, Comandante del 4º Batallón de línea y en Jefe de las Divisiones que componen la vanguardia del Ejército de operaciones del Norte, destinado a li-

(8) José Vicente Zulaica. (Carta de 2 de julio de 1813).

bertar los oprimidos pueblos de Venezuela y del que es General en Jefe el señor Brigadier Simón Bolívar, etc. etc.

“Hago saber para su observancia y cumplimiento a esta ciudad capital de Trujillo y pueblos de su jurisdicción los artículos siguientes:

“1º—Que el expresado General en Jefe, como órgano del Poder Ejecutivo de la Unión, me ha encargado que a los pueblos de Venezuela que fuéremos libertando se les vaya restableciendo la misma forma o estado de gobierno en que los encontró la invasión y que le disolvieron sus bárbaros opresores o por lo menos el Poder Ejecutivo de cada Estado de los que componían su Confederación; pero como es notorio que el que lo obtenía en este de Trujillo, ciudadano Andrés de Navarrete, fue confinado a una prisión, y de cuyo resultado y existencia no tenemos noticia; arreglándome a las instrucciones y órdenes de mi General, prevengo que el día 12 del presente mes y año se tenga un Cabildo abierto en las casas consistoriales, presidido por las personas de que se compone actualmente la Municipalidad y a que concurrirán el venerable Padre cura, prelados de las religiones y demás eclesiásticos regulares y seculares, como asimismo los padres de familia, los vecinos y todos los habitantes de esta ciudad, sus cercanías y pueblos, que por su proximidad puedan asistir.

“2º—Se tratará en el expresado Cabildo abierto del nombramiento de una, dos o más personas en que concurren las recomendables circunstancias de un decidido y acreditado patriotismo, idoneidad, dotado de energía para escarmentar a los enemigos de la libertad americana, y en la cual se depositará provisionalmente la autoridad soberana del Poder Ejecutivo de este Estado, para que providencie el mejor modo de atender a la administración de justicia en los pueblos de que se compone, a la defensa del país, a confirmar, revocar o reformar la actual Municipalidad y demás autoridades públicas, formando cuerpos militares, si lo tuviese por conveniente; y por último, arbitrando medios para socorrer y auxiliar al Ejército libertador.

“3º — Desde este momento quedarán en quieta y pacífica posesión de sus propiedades todos los ciudadanos del Distrito a quienes por el Gobierno español se les había embargado o confiscado sus bienes, muebles y raíces, y los administradores y depositarios de ellos quedan obligados a rendir una cuenta formal, jurada y comprobada de sus productos e inversión, entablándose todos los recursos que puedan ofrecerse sobre este caso ante las autoridades civiles del Estado.

“4º — Todos los vecinos estantes y habitantes de esta capital y pueblos de su comprensión presentarán inmediatamente a esta Comandancia las armas de fuego y blancas que tengan, como asimismo las municiones de guerra, como pólvora, balas, piedras de chispa, etc., para tomar razón de ellas, dejándolas en poder de los patriotas o recogiénolas de los que no lo sean, según convenga; apercibiendo a los contraventores de este artículo con las severas penas a que se hacen acreedores los rebeldes y sordos a los clamores de la Patria.

“A nombre del General en Jefe y del Soberano Gobierno de la Nueva Granada ofrezco indulto y garantía a todos los soldados dispersos del ya exterminado ejército de Correa, y a los que se presenten con su fusil, su bayoneta y forniture, la gratificación de cuatro pesos.

Dado en el cuartel principal de la vanguardia del ejército, en la ciudad libre de Trujillo, a diez de junio de mil ochocientos trece, tercero de la Independencia.

Atanasio Girardot”.

Aquí debió terminar Bolívar su campaña, según orden terminante y expresa del Congreso neogranadino, quien, además, había nombrado una Comisión Directiva de las operaciones de guerra, compuesta del doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, del doctor Luis Mendoza (Canónigo de Mérida) y del Coronel Antonio Villavicencio, es decir, de un abogado, de un sacerdote y

de un oficial inferior al Jefe de la expedición; por fortuna estos comisionados no alcanzaron a Bolívar en tan rápida marcha. Pero Bolívar debía regresar; eso era lo ordenado, y ningún permiso tenía para continuar en su campaña más allá de Trujillo. ¿Retrocedería Bolívar a la Nueva Granada dejando en poder del enemigo otra vez lo que con tanto esfuerzo moral y material había libertado? ¿O se quedaría guarneciendo esas Provincias, aguardando a que todas las tropas realistas reunidas se le vinieran encima y lo arrollaran quizás en un solo combate decisivo? Oigamos a Baralt: “En esta ciudad quedaba concluida la misión que le había confiado el Congreso; pero afortunadamente para Venezuela, una Comisión nombrada por éste para dirigir las operaciones militares no había podido reunirse. Detenerse allí para pedir el permiso para pasar adelante a los comisionados, era exponer el éxito de la campaña: primero, porque era muy probable que el Congreso no consintiera en ello; segundo, porque la Comisión compuesta de un abogado, un canónigo y un coronel, con talento, pero rutinero y metódico, no podía cuando más sino embarazarle y aburrirle; tercero, en fin, porque la celeridad de sus operaciones era la única cosa que compensaba la pequeñez de sus fuerzas y la escasez de sus recursos.... Bolívar desobedeció, si se quiere, al Congreso, pero salvó su Patria, tomando sobre sí la responsabilidad de marchar adelante en lugar de consumir en la inacción sus recursos y dar lugar a que los enemigos, repuestos de los primeros sustos y quebrantos, volvieran sobre él y le acabarán”.

He aquí un acto de insubordinación de esos que los hombres superiores de todos los tiempos se han hecho perdonar. Alejandro, pasando el Gránico e infringiendo las leyes de su patria; César, dejando atrás el Rubicón, a despecho del Senado; Napoleón, abriendo una campaña que no había previsto la Cons-

(9) “Resumen de la Historia de Venezuela”.

tituyente; y mil héroes a quienes el éxito ha demostrado estar por encima de sus monitores. En el presente caso el Libertador pronunció también el "alea jacta est" del caudillo romano; comunicó (junio 25) al Congreso las razones que le acompañaban para desarrollar su plan de "obrar con la última celeridad y vigor; volar sobre Barinas, y destrozarle sus fuerzas para dejar de este modo a la Nueva Granada libre de los enemigos que la pudieran subyugar"; y dice el historiador Restrepo que "estas razones para continuar la empresa comenzada las expuso Bolívar con tal claridad, vigor y energía, que no hubo persona alguna que dejara de convencerse de que en aquellas circunstancias su plan de operaciones era el más acertado, al que asintiera el Congreso granadino".

Bolívar echó la suerte; mas es necesario tener en cuenta que para arriesgarse en semejante albur, además de tener la intuición de considerarse predestinado a ser el Libertador del Nuevo Mundo, debía tener tanta confianza en los jefes que le acompañaban, de los cuales Girardot era el más notable, como la que pudiera tener en sí mismo. Ni podía ser de otro modo, porque la situación era bastante a infundir pavor en cualquier otro corazón: no tenía otras tropas que los 500 hombres que comandaba Girardot en Trujillo, más cien reclutas que el mismo Libertador regía en persona y los 200 bisoños, indisciplinados y voluntarios que en Mérida formaban a su retaguardia, reunidos a la brillante oficialidad que envió Nariño. En cambio tenía al frente a Monteverde con más de 5.000 hombres; al flanco derecho tenía en Barinas al Brigadier Tíscar con 2.000; al izquierdo, al Brigadier Correa, que de un momento a otro invadía desde Maracaibo hasta Cúcuta y Trujillo, cortando la retaguardia, y en Coro, centro realista, tropas amenazadoras, prontas a tomar la ofensiva; en suma, el enemigo, de más de 8.000 hombres en capacidad y listo para aniquilar en un movimiento envolvente la falanges patriotas. En tales circunstancias el genio de Bolívar se mostró con toda su grandeza, haciendo lo que no hace un hombre inteligente, sino lo que a primera

vista parecería un rasgo de estulticia o de insensatez, pero encubriendo así un rayo fúlgido de una inspiración de las que maravillosamente el resultado justifica; dispónese a transmontar la cordillera andina, dividiendo sus tropas de manera que pueden ser destruidas en detal, pero invadiendo las llanuras del centro de Venezuela y desconcertando a su formidable enemigo, haciéndole creer que se trataba de una irrupción con ingentísimo número de tropas. Al efecto, ordena a Rivas la marcha de Mérida a Boconó por el camino de Piedras; él mismo se dirige directamente al punto indicado, y ordena a Girardot marche con sus 500 hombres contra el grueso del enemigo a ocupar la ciudad de Guanare, plaza en donde debía reunirse toda la expedición libertadora para atacar y ocupar a Barinas.

No pudo Rivas concurrir oportunamente a Guanare, porque hubo de dirigirse contra el español don José Martí, que con 800 hombres amenazaba verificar una de tres cosas: o unirse a las fuerzas de Tíscar en Barinas y con ellas engrosar el enemigo para aniquilar a Bolívar, o cortar la retaguardia de los patriotas y así les desconcertaría el movimiento, o atacar al mismo Rivas y obligarlo a hacer campaña por separado. Así, pues, en tanto que Rivas desbarataba las tropas españolas en Niquitao con una victoria completa y de la cual obtuvieron los patriotas muchísimas ventajas, entre ellas 480 hombres que por ser prisioneros americanos fueron incorporados en las filas, Bolívar, precedido siempre del indomable Girardot, Jefe de la vanguardia, llegó a Guanare después que éste había desalojado un destacamento de más de 800 hombres que obstruía la ruta en el punto llamado el "Desembocadero"; "y los tiranos Tíscar y Yáñez — dice don José de Austria en su "Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela" — que se encontraban en Barinas con un Ejército organizado y bien provisto, sobrecogidos de pavor y siempre asustados con sus propios crímenes, al aproximarse por otros puntos los guerreros libertadores, se desorganizaron y huyeron cobardemente, salvándose a favor de las corrientes del Apure y el Orinoco, perseguidos hasta Nutrias por

el bizarro Girardot (10), jefe de la vanguardia, perdiendo en su anticipada y violenta fuga la artillería, armamento y pertrechos, y casi en su totalidad las tropas, sin haber esperado el combate". "Bolívar — dice González Chaves — destinó a Girardot a perseguir a Tíscar; y lo cumplió con aquella especie de religiosidad y exactitud como de ordinario acostumbraba desempeñar todo lo que condujera a libertar su Patria de sus opresores". Cuando Girardot llegó a Nutrias acababan de embarcarse Tíscar y los jefes que lo acompañaban, precipitadamente, sin haber tenido tiempo de inmolar a varios patriotas notables que tenían prisioneros destinados al suplicio, dejando la mayor parte de los valores de que se habían apoderado por haber sido saqueada la población, y dando lugar al levantamiento de muchos voluntarios republicanos que se agregaron a la fuerza libertadora.

Con el despartimiento de sus propias fuerzas y la celeridad de sus movimientos, las operaciones de Bolívar tenían desconcertados a los jefes realistas; ya aparecía por un lado de la cordillera Rivas, amenazando, después del triunfo de Horcones, a Barquisimeto; ya Girardot hacía su regresión hacia el centro del enemigo; Bolívar dirigíase a San Carlos, después de demostrar en varias partes que el Decreto de la guerra a muerte no era una pueril amenaza ni vana fanfarronería, aunque es verdad que en la generalidad de las ocasiones el Libertador y su Ejército fueron humanitarios, benignos y generosos, y muy diferentes del modo como se portaban los combatientes vенеzo-

(10) En carta que Girardot dirigió a sus padres desde Guanare el día 25 de julio, a las tres de la mañana, dice:

"Después de la última que les escribí nos metimos en el centro de todos los enemigos, y después de algunos porrazos que sufrieron, tomamos posesión de Barinas, y siguiendo yo al alcance de 600 hombres, sólo les pude tomar, sin un solo tiro, 250 fusiles y otras cosas. Al fin, después de mil trabajos por estos llanos inundados, llegué ayer a esta plaza....."

"Yo fui hasta Nutrias en medio de mil trabajos, por lo cruel de la estación, pero estoy bueno, gracias al Todopoderoso".

lanos que con independencia de Bolívar obraban por el oriente y el nordeste de Venezuela, y que en Barcelona, Cumaná, Maturín y otras plazas venían sellando sus victorias con charcas de sangre en que los cadáveres flotaron por montones. El Ejército libertador de Venezuela, nombre con que el Congreso granadino bautizó la expedición, logró verse reunido por Bolívar el día 28 de julio en San Carlos, pueblo éste en donde el jefe patriota expidió en la misma fecha otra proclama de guerra a muerte a los españoles y canarios, en estos términos:

"...Si queréis vivir no os queda otro recurso que pasaros a nuestros ejércitos, o conspirar directa o indirectamente contra el intruso e inicuo Gobierno español; pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte en el restablecimiento de la República de Venezuela, seréis privados de vuestras propiedades; y sabed que cuantos españoles lleven armas, y sean prisioneros en el campo de batalla, serán sin remisión condenados a muerte...."

"...Nuestras huestes no han menester de vuestros auxilios para triunfar; pero nuestra humanidad necesita de ejercer en favor de los hombres, aun siendo españoles, y se resiste a derramar la sangre humana, que tan dolorosamente nos vemos obligados a verter al pie del árbol de la libertad.

"Por última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y la clemencia. Si preferís nuestra causa a la de los tiranos, seréis perdonados y disfrutaréis de vuestros bienes, vida y honor; y si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país o preparaos a morir...."

Monteverde, al comprender que Bolívar marcharía sobre su centro de Valencia, ordenó al Coronel español Izquierdo se adelantara con sus 2.800 hombres a San Carlos, cuando éste meditaba retirarse hacia aquella plaza; pero Izquierdo consideró desacertada la operación que se le ordenaba, y en consecuencia prefirió situarse en las alturas que separan las dos explanadas de Taguanes y Tinaquillo, con lo cual, a su parecer, podría combatir a los republicanos, quedando en disposición de unirse con

Monteverde, llegado el caso. El 30 de julio movióse Bolívar sobre el enemigo, con sus 1.800 hombres, haciendo salir al Mayor Urdaneta al amanecer; al siguiente día se avistaron los ejércitos contrarios, con lo cual Izquierdo movióse en retirada a ocupar la serranía, procurando así inutilizar la caballería patriota; entonces Urdaneta, forzando el paso de sus caballos, logró desalojar la vanguardia realista del punto que ocupaba, haciendo algunos prisioneros, pero encontrándose de improviso con el resto de la División española formada en línea recta de batalla en la llanura de Taguanes. La infantería se había retrasado, lo cual quiso aprovechar el jefe enemigo para trepar la cordillera, operación que hubiera sido fatal para los patriotas, por lo cual el mismo Urdaneta, haciendo un movimiento de flanco, dirigióse a tomar la retaguardia enemiga inmediatamente, y lo consiguió; mas vanamente quisieron los patriotas desordenar al enemigo con sus violentas cargas de caballería, porque rechazadas a cada momento, veía con desesperación acabarse por instantes el espacio de llanura que separaba al enemigo de la serranía. "El día, entretanto, se pasaba — dice el señor Fernández Madrid en su "Biografía del General Francisco de P. Vélez" — y aquella victoriosa retirada iba a complicar las operaciones, a poner en contingencias la campaña y acaso a arrebatarnos gran parte de sus frutos. En ocasión tan peligrosa se ocurrió al medio de montar en las ancas de los caballos los más infantes que posible fuera, para que, auxiliados por sus fuegos, pudiesen los jinetes intentar un grande esfuerzo. En efecto, Girardot, D'Elhuyart, Urdaneta y otros jefes dirigieron y ejecutaron este movimiento en unión del Subteniente Vélez y de muchos otros oficiales subalternos que, cuando estuvieron cerca del enemigo, aparearon inopinadamente sus peones. En medio del desorden y confusión que produjo la primera descarga, unos y otros se lanzaron sobre las filas enemigas, penetraron hasta el centro de las columnas, las arrollaron, las acuchillaron, hicieron en ellas horrible mortandad. Tan impetuoso fue el empuje, que los enemigos quedaron a retaguardia, situados, por consiguiente, entre la caballería y la infantería de los patriotas.

Izquierdo, mal herido cuando peleaba valerosamente en medio de los suyos, fue levantado del campo de batalla por los patriotas y llevado por ellos a San Carlos, donde murió poco después. Hombres, armas, parque, bagajes, todo cayó en poder nuestro, no habiendo podido escapar sino un oficial a caballo, que llevó y dio la noticia del suceso, el 1º de agosto, a Monteverde". Los héroes de esta jornada, según Restrepo, fueron el Coronel Girardot y el Mayor Urdaneta, pero todos los historiadores están de acuerdo en que nada se habrá visto comparable con el arrojo de los soldados republicanos y el valor y decisión empleados en tan admirable acción, siendo así que, desde el primer jefe hasta el último soldado, todos conocieron la importancia de aquel movimiento y la necesidad de hacer un esfuerzo extraordinario. (11)

Con tantos y tales acontecimientos, viendo sus ejércitos derrotados y sus jefes muertos unos, otros prisioneros, y la mayor parte dispersos y acobardados, Monteverde salió huyendo de Valencia con la mayor celeridad, y se encerró en las fortalezas de Puerto Cabello. Bolívar ocupó inmediatamente aquella ciudad sin que nadie le estorbara el paso; y como por otra parte, el Generalísimo de los realistas, antes de salir huyendo, dejó el Gobierno de Caracas a cargo del Brigadier Fierro, con orden de defender la ciudad capital hasta quemar el último cartucho, y como éste estaba aún más aterrado que el mismo Monteverde, el Libertador se dirigió sobre la marcha a tomar la capital, dejando a Girardot en Valencia con las tropas que debían vigilar y someter a los de Puerto Cabello; voto de confianza era este bastante merecido por quien tan honrosamente había conducido siempre la vanguardia de Expedición libertadora, y a quien merecidamente se le habían confiado los puestos y comisiones más delicados y peligrosos.

(11) "Se ha hecho muy digno de recomendación y acreedor a todas las consideraciones del Gobierno el valor e inteligencia con que se distinguió en esta acción el Teniente Coronel ciudadano Atanasio Girardot".—Bolívar, nota de 2 de agosto de 1813, fechada en Valencia.

Brillaba sobre el horizonte el radioso luminar del día 7 de agosto de 1813, la estrella más propicia en los fastos de la libertad de Colombia y en la vida de Simón Bolívar; un año hacía que el grande hombre había salvado su vida de la saña de sus perseguidores, y seis años más tarde ciñeron sus sienes los laureles con que le coronó la victoria de Boyacá.

Bolívar, empero, no entró en Caracas a sangre y fuego, como pudiera haberlo hecho si así lo hubiera querido. El Brigadier Fierro envió ante el Libertador una Diputación compuesta de don Francisco Iturbe, el doctor Felipe F. Paúl, el Padre Marcos Rivas y don Vicente Galguera, con proposiciones de paz; fueles acordada una honrosa capitulación, que tenía por objeto “mostrar al universo — decía el caudillo a la Municipalidad — que aun en medio de la victoria los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación a los mismos enemigos que han violado el derecho de las gentes y hollado los tratados más solemnes. Esta capitulación será cumplida religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano”. “Y —dice don José de Austria, testigo presencial de aquel acontecimiento— verificó su entrada en la patria amada, en Caracas, el héroe Libertador, el día 7 de agosto de 1813, año fecundo en extraordinarios y repetidos sucesos, y entre el más fervoroso entusiasmo, entre flores esparcidas por preciosas manos, y con estupendos gritos de una universal aclamación; el nombre de Bolívar, como un eco mágico conducido por los aires, se dilató por toda la extensión de Venezuela”. En el raptó de júbilo que embargaba el ánimo de Bolívar, en esa embriaguez de gloria y en esos arrebatos de frenético entusiasmo con que veía premiados sus esfuerzos, él no era sordo a los gritos con que el sentimiento de gratitud le recordaba a sus conmlitones y al Gobierno de la Nueva Granada; así es que en su proclama a los caraqueños les decía:

“¡Caraqueños! El ejército de bandidos que profanó vuestro territorio sagrado ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas, que, animadas por el sublime entusias-

mo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino y han llenado de un pánico terror a los tiranos cuya sangre, regada en los campos, ha expiado una parte de sus enormes crímenes.....

“Por fin, compatriotas míos, nuestra República acaba de nacer con los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, nuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las vuestras.....”.

A esta proclama correspondieron los Vocales de la ciudad, reunidos en junta pública, con otra en que confirmándole a Bolívar el título de Libertador se le decía muy especialmente: “que a nombre de todo el pueblo venezolano se manifestase a la Nueva Granada en su Congreso general, por cuantos medios dictase la prudencia, no sólo el reconocimiento y eterna gratitud de Venezuela por la libertad que le había venido de sus manos, y de que se le consideraba deudora, sino sus ardientes deseos de unirse en masa de nación a tan benemérita República”.

La situación en que se hallaba el Libertador no era para disfrutar ni aun por un minuto de los halagos de su entrada triunfal: establecer un nuevo Gobierno, nombrar empleados republicanos, atraer a los fugitivos, reanimar a los pusilánimes, organizar rentas, arbitrar recursos y atender cuanto y por sobre todo a completar la pacificación, no eran cosas que podía descuidar el carácter inteligente, previsor y enérgico del atrevido caudillo; así lo manifestó al Congreso granadino, cuando en 14 de agosto dio informes sobre el resultado de la campaña, y le decía:

“La derrota del ejército de Monteverde en Tinaquillo abrió a nuestras tropas vencedoras las puertas de todas las Provincias de Caracas. Los soldados de la Nueva Granada han penetrado todo el territorio que dominaban en esta parte los españoles, y el pabellón independiente tremola en todas las fortalezas de Venezuela, exceptuando el castillo de Puerto Cabello, donde se refugió el caudillo español.....

“.....Así, siete Provincias encadenadas salen de la nada a figurar en el globo. Así, un ejército europeo derrotado y los

opresores destruídos hacen respetar el nombre y las armas granadinas..... Caracas mira a la Nueva Granada como a su libertadora. Ve sus cadenas rotas por el esfuerzo granadino, y salir del sepulcro a la vida, conducida por Vuestra Excelencia. Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos los exaltados sentimientos de los caraqueños. Este pueblo generoso y ardiente no perdona testimonios de su viva sensibilidad, y los explica por demostraciones las más dignas de su ilustración”.

No había tiempo que dilatar: sabíase que de Cádiz había zarpado una gran expedición con auxilios de dinero, hombres, artillería y varios buques con muchos elementos a reforzar las tropas españolas; era indispensable cuanto antes proceder a sitiar a Puerto Cabello y estrechar el cerco por mar y tierra hasta obligar a Monteverde a una rendición absoluta. Para eso escribió a Mariño con el objeto de que se viniera con la escuadrilla, en tanto que el ejército de tierra avanzaba en sus aproches hacia las murallas. Mas al propio tiempo veíase Bolívar apremiado por muchas atenciones. Apenas llegó a Valencia, hubo de despachar a Montilla para Calabozo con 600 hombres; envió a García de Sena con fuerzas para Coro, próxima a ser tomada por 1.000 realistas; por otra parte, necesitaba detener a Yáñez, que ya volvía sobre Barinas, y Rivas debía atender, con no escasa tropa, el centro de Caracas y La Guaira, puerto en donde atracaría la expedición de Cádiz; sólo quedaron 800 hombres para el asedio de Puerto Cabello.

Abierta la marcha sobre esta plaza (agosto 17), Bolívar y Urdaneta se dirigieron por el pequeño valle de San Esteban, vía que no tenía peligros ni dificultades; a Girardot, empero, se le ordenó que con 400 hombres marchara sobre las fortalezas por el camino de Aguacaliente, que, al llegar a la plaza, estaba dominado por tres baterías levantadas en la parte superior de un cerro separado de la cordillera por un glacis; las dos primeras baterías más bajas llamábanse “Las Vigías”, y la tercera, más alta, llamábase el “Mirador de Solano”. La orden comunicada a Girardot era la de despejar el territorio hasta el

pie de “Las Vigías”, pero “el valeroso granadino —dice Baralt— hizo más, pues se apoderó de éstas a viva fuerza, obligando a sus defensores a refugiarse al “Mirador”. Bolívar, por la vía que llevaba, llegó sin ningún peligro hasta la parte de la ciudad denominada “Pueblo Exterior”, por hallarse fuera de las murallas.

Dueño era ya Girardot de “Las Vigías” cuando en la noche del 29 de agosto los sitiados, temiendo las ventajas que pudieran cobrar los republicanos y en perspectiva de los padecimientos que apareja un sitio prolongado, resolvieron hacer un esfuerzo para desalojar a los sitiadores de sus nuevas posiciones; de esta manera, al mismo tiempo que al favor de la noche principiaron el asalto, tronaba la artillería de todos los baluartes, con lo cual buscaban no solamente el estrago material que pudieran causar en las fuerzas sitiadoras, sino también el efecto moral, que en muchas ocasiones es más eficaz; pero nada consiguieron los sitiados, sino volver derrotados a buscar el abrigo de sus fortalezas; y no contento Girardot con el buen éxito de la resistencia de los patriotas, determinó volver asalto por asalto, alarma por alarma; para ello dispuso que dos compañías, dándole un rodeo al “Mirador” y buscando la parte de la ciudad, penetraran por unas brechas dentro del recinto amurallado y abriesen fuego sobre las cortinas del “Pueblo Inferior”, simulando un asalto.

Así se hizo en la noche del 31, y pocos momentos después la plaza ofreció la imagen de un incendio, porque los sitiados creyendo que se les tomaba la plaza y no sabiendo el punto preciso del ataque, pusieron en movimiento toda su numerosa artillería, disparándola con increíble actividad. Esta acción atrevida fue costosa para los patriotas, pues los Capitanes de las dos compañías, Felipe Camacho y José María Monagas, perdieron allí la vida con algunos soldados, y salieron heridos los oficiales Peñalver y Cruz Carrillo. Pero fue tan sumamente útil, que puso en poder de Girardot el “Mirador de Solano”. Zuzola, que mandaba esta fortaleza, al perder la serenidad aban-

donó su puesto, descolgándose con los suyos por las murallas y tomando para los bosques inmediatos, de donde lo trajeron prisionero los soldados granadinos el 1º de septiembre. Tal era la estimación que el General Bolívar le tenía al patriota Coronel Jalón (español), prisionero de los realistas, que, a pesar de que Zuazola merecía por sus crímenes ir al suplicio inmediatamente, propuso el canje a Monteverde; mas éste no lo aceptó, y el feroz vizcaíno pagó en la horca las monstruosidades con que había deshonorado a la humana estirpe, al mes completo de haber corrido la misma suerte en Cumaná el monstruo Antónanzas, en manos del General Mariño.

Las fiebres, la disenteria y el paludismo hacían estragos en el deletéreo clima de Puerto Cabello; la guerra a muerte se había recrudecido con espantables caracteres; Boves, Yáñez, Puy, Reyes y Vargas avanzaban a reconquistar las Provincias libertadas, y había que detenerlos desmembrando el ejército libertador. Mariño no auxilió con su escuadrilla el asedio de Puerto Cabello, a pesar de habersele llamado con urgencia, y en tales circunstancias llegó a esta fortaleza la expedición de Cádiz, antes de que los sitiadores tuvieran aviso de haberse frustrado el plan concebido por Rivas de apoderarse de los buques en La Guaira por medio de una estratagema; entonces Bolívar resolvió levantar el sitio (septiembre 17) y retirarse a Valencia, con lo cual conseguiría que los 2.800 hombres de Monteverde, abandonando sus castillos y privándose de su formidable artillería, viniesen a buscarlo en campo raso; y en efecto, así sucedió, porque el caudillo republicano hizo sus maniobras de manera que el realista cobrase confianza y saliera de la fortaleza a lugares en donde no tendría cañones ninguno de los combatientes.

Salió Monteverde en persecución de los patriotas por el camino que había repasado Girardot, por Aguacaliente; el día 27 dividió su ejército en dos porciones, quedándose con la una en aquel punto, denominado también "Las Trincheras", y enviando la otra a órdenes del Coronel Bobadilla, la hizo tomar posiciones en el cerro de Bárbula. Semejante disposición era

incomprensible en buena táctica: o Monteverde cometía un desacierto militar, o preparaba un ardid que podía ser demasiado funesto a las armas republicanas. En este último concepto, Bolívar empleó dos días practicando reconocimientos y provocando al enemigo por medio de marchas, contramarchas y escaramuzas, para obligarlo a descender al llano de Naganagua, desde las cumbres en que lo había parapetado su timidez, sin que nada bastara, sin embargo, a separarlo de sus posiciones; mientras tanto el ejército republicano, impaciente por librar la batalla, pedía al Libertador la orden de ataque. Al fin, el día 30, Bolívar hizo atacar las posiciones del Bárbula por dos columnas principales mandadas por Girardot y D'Elhuyart, y otra de reserva dirigida por Urdaneta; el ataque se verificó por la tarde, trepando la montaña con el arma al brazo, después de que Girardot, arrebatando el pabellón tricolor al portaestandarte del Batallón número 4 de la Unión, hizo un voto sublimemente inspirado, diciendo: "Permitid, Dios mío, que yo plante esta bandera sobre la cima de aquel monte, y si es vuestra voluntad que yo perezca, dichoso moriré". Llegaron a la cima, hicieron sobre el enemigo una descarga a quemarropa, y cargando a la bayoneta con empuje irresistible, pusieron en fuga al enemigo, matando a muchos, aprisionando a otros; los oficiales se precipitaban por los riscos y peñas, donde los enemigos eran muertos o prisioneros; y los soldados arrojaban las armas y pertrechos y caían bajo el filo de la espada o se refugiaban en los montes, donde eran aprehendidos: nada se salvó. Pero, lector, mientras los vencedores patriotas prorrumpen en vivas, y con entusiasta júbilo celebran victoria tan brillante, pongámonos de pie y descubrámonos ante el cadáver del ínclito Atanasio Girardot... El voto fue cumplido... Un balazo en la frente lo ha derribado al suelo, y ha terminado para siempre con esa existencia tan preciosa.

No han escaseado, y al contrario, abundan y abundarán por siempre las sonoras voces con que los ondulantes ecos de la eternal trompeta van repitiendo de generación en generación el

nombre y la gloria del inmortal Girardot, bien así como se atropellan las olas tumultuosas del enturbiado Cauca, las del Porce aurífero y las del glauco Nare, para aumentar las del caudaloso Magdalena; porque la gloria de aquel joven de veintidós años, sobre ser grande como el sagrado numen de la libertad que la hizo esplendor, fue pura y sin mancilla como la gota de rocío que refleja los cambiantes de la primera luz. Mas los honores primeros que se tributaron sobre el cadáver aún caliente del muerto pero nunca vencido Palante, fueron dignos de tal héroe y de su inmarcesible gloria. Ved allí a D'Elhuyart y a Urdañeta, y a los Ricaurtes, y a Ortega y Nariño, con Vélez y Maza, y en general a toda esa legión de jóvenes denodados que, ya héroes en cien combates mortíferos, vinieron poco después a ser notables Generales de la República, de pie, inmutados y pálidos, honrando con sus gemidos y sus lágrimas los despojos inertes de su victorioso compañero. ¡Pero qué! ¿No veis también al invencible, al de corazón titánico, al nunca domado y siempre superior a cuanto le rodea, al inmortal Bolívar, con el corazón desgarrado y sus ojos cegados por las lágrimas al ver que el intrépido adalid acaba de obtener un triunfo olímpico cayendo en seguida envuelto en el lábaro republicano?

Y no se contentó el Libertador con derramar sus lágrimas; inmediatamente, en la misma fecha y en el mismo cuartel general de Valencia, con pulso agitado por la emoción, rindió tributo de honor y de justicia al héroe a quien muy principalmente debía la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada las victorias más importantes, redactando y escribiendo la siguiente

“Ley para honrar la memoria del Coronel Atanasio Girardot.

“El Coronel Atanasio Girardot ha muerto en este día en el campo del honor. Las Repúblicas de Nueva Granada y de Venezuela le deben en gran parte la gloria que cubre sus armas y la libertad de nuestro suelo. Vencedor en Palacé de un tirano formidable, llevó por primera vez el estandarte de la indepen-

dencia, bajo las órdenes del General Baraya, a la oprimida Popayán. Las circunstancias especiales de esta batalla memorable le harán interesante no sólo al mundo americano sino a los guerreros valientes de todas partes de la tierra. El joven Girardot osó aguardar el ejército enemigo, en número de 200 contra 75 soldados, en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subyugar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada: destinó 700 hombres para desalojar a los defensores del puente; pero el nuevo Leonidas resolvió perecer antes con sus dignos soldados que ceder un punto al poder del enemigo. La fortuna preservó su suerte de la desgracia de sus soldados que fueron muertos o heridos, y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de 200 cadáveres enemigos regaron con su sangre aquel campo célebre, para consagrar con caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su Patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano.

“En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba. Las Provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo o gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres del Bárbula, y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera.

“Siendo por lo tanto al Coronel Atanasio Girardot a quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus victorias más importantes, para consagrar en los anales de la América la gratitud del

suelo venezolano a uno de sus libertadores, he resuelto lo siguiente:

“1º—El día 30 de septiembre será un día aciago para la República, a pesar de la gloria de que se han cubierto las armas en este mismo día, y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.

“2º—Todos los venezolanos llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del Coronel Girardot.

“3º—Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores, y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.

“Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada. (13)

“5º—El Batallón 1º de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro “Batallón Girardot”.

“6º—El nombre de este benemérito ciudadano se inscribirá en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la Patria.

“7º—La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe erigir el reconocimiento de este Gobierno.

“8º—Se tendrá ésta por una Ley general, y se cumplirá invariablemente en todas las Provincias de Venezuela.

“9º—Se imprimirá, publicará y circulará, para que llegue al conocimiento de todos sus habitantes.

“Dada en el Cuartel General de Valencia, a 30 de septiembre de 1813, tercero de la Independencia y primero de la guerra a muerte. Firmada de mi mano, sellada con el sello privisional de la República y refrendada por el Secretario de Estado.

(13) Girardot nació en Medellín. El Libertador sufrió esta equivocación, porque en aquel tiempo la Provincia de Antioquia tenía por capital la ciudad del mismo nombre.

“Simón Bolívar. — Antonio Muñoz Tebar, Secretario de Estado”.

Apenas dictada la ley anterior, todavía sollozante y con el pecho oprimido, Bolívar procedió a hacer extraer el corazón del indomable Girardot, y al día siguiente (1º de octubre) celebráronse las exequias en la iglesia de Valencia, transportándose en seguida el cadáver al cementerio de aquella ciudad, en donde se le dio cristiana sepultura. Con esta misma fecha apareció el “Boletín del Ejército Libertador” número 16, que al dar cuenta del combate de la víspera, se refería a Girardot en los términos siguientes:

“Tenemos sin embargo que llorar eternamente la pérdida del intrépido Coronel Atanasio Girardot; este jefe, cuyas virtudes eran bien conocidas, se hizo un lugar sobresaliente en todo el Ejército: su valor admirable le cubrió de gloria en los campos de Palacé, y renovó esta misma gloria en la maravillosa campaña de Venezuela. Al llegar ayer con sus tropas a la altura que dominaba el enemigo, tremolando el pabellón de la libertad, una bala le hizo morir... Murió, sí, pero para vivir perpetuamente en la memoria de los americanos y en los fastos del heroísmo...”.

Esta ley de honores, estos actos de justicia estricta, fueron complementados por un tributo de honor a las virtudes del héroe y a la memoria del querido amigo, tan sublime como había sido sublime su valor, tan grandilocuente cual brillante era el porvenir que le aguardaba, y tan útil a la libertad americana cual funesta era la pérdida que acababa de sufrir con la muerte de Girardot. No bastó que los vencedores del Bárbula allí mismo vengaran a su jefe acuchillando, matando, destrozando a cuanto enemigo cayó en sus manos: al día siguiente de aquel triunfo, de aquel infausto suceso, de dictada aquella ley honorífica, y apenas hechas las exequias, se presentaron al Libertador los granadinos, suplicando se les destinara en cuerpo a la primera batalla que se verificase, para vengar la muerte del

ilustre antioqueño; y el Libertador, tanto para sacar partido de tan útil ocasión, como porque participaba del mismo sentimiento, no sólo prestó su aquiescencia, sino que enardeció cuanto pudo aquella idea. Dispuso que el gallardo D'Elhuyart, amigo, condiscípulo, hermano de armas y digno imitador de Girardot, con los granadinos y con el número de venezolanos necesario para completar mil hombres, procediera a atacar a Monteverde, que con número superior se hallaba bien parapetado y preparado en la posición casi inexpugnable en "Las Trincheras". El día 3 de octubre fue atacado Monteverde con tal ímpetu y de manera tan irresistible, que al cabo de cinco horas de ardoroso y porfiado batallar en que estuvo a su legendaria altura el valor de los realistas, éstos salieron en precipitada fuga, dejando extraordinario número de muertos, entre ellos quince oficiales, teniendo muchísimos heridos, entre los cuales se contaba el mismo Monteverde, con la cara cruzada por un proyectil, abandonando gran parte de sus armas y municiones y quitándosele todo el tren de campaña, bagajes, vestuario y el anteojo de Monteverde. Todos los jefes, oficiales, clases y soldados parecían rivalizar en valor, denuedo y osadía, venciendo los obstáculos de la naturaleza y del arte: desfiladeros, montes escarpados y emboscadas.

El enemigo volvió a encasillarse, desalentado, en Puerto Cabello. Bolívar restableció el sitio de esa fortaleza, y... ¡Girardot quedó vengado! Y más que vengado: honrado de la más noble manera y más durable que si se hubiese levantado su efigie en alto pedestal de bronce, embellecedor siempre de las ciudades y alto pregonador de méritos, pero poco resistente a la acción corrosiva de los tiempos y muy frágil a los golpes apasionados de los hombres; mas el triunfo de "Las Trincheras", como el del Bárbula, unidos a los nombres de D'Elhuyart, Girardot y Bolívar, permanecerá resonando en los anales de la humanidad aun después que la cima del Chimborazo forme un escollo encubierto por las aguas del océano. ¿Acaso han sido más resistentes los mármoles representativos de César y Pompeyo que el recuerdo del campo de Farsalia?

El historiador Restrepo se expresa en términos un tanto despectivos respecto de la "pomposa" Ley de honores que el Libertador dictó para la memoria de Girardot, proceder éste que nos parece extraño al carácter del ilustre prócer escritor, y muy extemporáneo en su interesante obra; porque si bien es cierto que los hombres civiles miran de reojo y muchas veces con injusticia los merecimientos de los que por consagración a la carrera de las armas abandonan comodidades, tranquilidad y fácil bienestar, para estar sujetos a las inclemencias de la naturaleza y para sacrificar la vida a cada instante, es muy cierto también que no han sido sólo los militares los que, conociendo el numen divino que inspiraba las acciones de Girardot, le han rendido tributo de honor y de justa admiración. El historiador Groot, por ejemplo, tan esquivo a las alabanzas y tan conciso en sus apreciaciones, califica a Girardot "el más valiente de los héroes de su época". La Historia de Venezuela, al hablar del cumplimiento de la Ley de 30 de septiembre, dice: "Tanto y más merecía aquel ilustre granadino, incomparable en el valor, sin igual en la obediencia, pío, humano y generoso. La primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano fue también la más hermosa y la más llena de esperanza".

Larrazábal, comentando la misma pieza, dice:

"Todo esto merecía, y más, si cabe, aquel bienhechor de la Patria, cuya muerte debía llorarse eternamente".

No bien satisfecho el Libertador con haber dictado aquella ley para que se cumpliera inviolablemente, escribió también a don Luis Girardot, padre del héroe, expresándole todo el sentimiento de condolencia que le causó la muerte de ciudadano tan ilustre, brazo derecho de sus empresas militares y paladín irreemplazable en las batallas de la emancipación americana. Aquella carta oficial, que lleva fecha del 5 de octubre, es como sigue:

"Temería causar a usted el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviera persuadido de que más aprecia usted la gloria que cubre las grandes acciones de su vida, que una frágil existencia.

“Es verdad que la vida del Coronel Atanasio Girardot, mientras más se hubiera prolongado, más timbre hubiera añadido a sus glorias y más beneficios a la libertad de su Patria. Su pérdida es de aquellas que eternamente deben llorarse. Pero la causa sagrada por la que ha perecido debe un tanto suspender el dolor para pensar en sus grandes hechos y en el respeto que se debe a sus cenizas inmortales. Ellas vivirán en el corazón de todos los americanos mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de Girardot y su muerte excitarán, aun en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al precio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que se buscó la gloria propia y la de su amada Patria.

“Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot, y la causa de la libertad por quien los hombres más grandes de la tierra han combatido. Nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde Girardot la ha hecho triunfar de los tiranos.

“Los españoles, que constantemente venció, siempre temerán la espada que castigó sus perfidias y puso un borrón indeleble a sus armas. El nombre de Girardot será funesto a cuantos tiranos oprimen la humanidad, y sus virtudes republicanas le colocan entre las sombras ilustres de Bruto y M. Scévola.

“Venezuela se ha cubierto de un luto espontáneo por la muerte de su libertador, y el dolor amargo que oprime los corazones no ha dejado quitar las ventajas de la última interesante victoria que proporcionó a la República.

“El Gobierno, ligado por las obligaciones más sagradas a este benemérito jefe, le ha decretado por ley los primeros honores que pueden honrar la memoria de un mortal; y como comprenda a usted y a toda su posteridad la disposición del artículo séptimo, lo pongo en su noticia para que se sirva librar contra las cajas nacionales de Venezuela, a efecto de percibir los sueldos que pertenecían al Coronel Atanasio Girardot”.

Así como Bolívar, el Presidente del Congreso Granadino, el gran Camilo Torres, en nombre del Cuerpo más augusto de la República, lamentó también pérdida tan dolorosa como la que acababa de hacer la Nación en uno de los más leales, salientes y distinguidos servidores. (14)

Restablecido el sitio de Puerto Cabello sobre los derrotados del Bárbula y “Las Trincheras”, que se dejó al mando del intrépido D’Elhuyart, y distribuidas varias porciones del ejército republicano para atender a los realistas que por distintas direcciones amenazaban, Bolívar dirigió a sus tropas desde su cuartel de Valencia la proclama de 6 de octubre, en que, entre otras cosas, les decía a los sitiadores:

“Yo no me aparto de vosotros, amados compañeros míos, sino para ir a conducir en triunfo a Caracas el gran corazón del inmortal Girardot....”.

(14) “Al ciudadano Luis Girardot:

“Antes que la terrible fama lleve a vuestra noticia la pérdida que acabáis de hacer, recibid la expresión del dolor del Presidente que os habla y a quien ha herido primero el golpe fatal. Días ha que un sordo rumor oprimía su corazón, sin atreverse ni a negarle enteramente su asenso, ni a persuadirse de su verdad. Pero él ha sido demasiado cierto y ya no os lo puedo disimular. El 30 de septiembre, completando la derrota del pérfido enemigo, y al mismo tiempo su gloriosa carrera, ha dejado de existir para vos, o más bien para la Patria, para quien únicamente vivió siempre, el Coronel de la Unión, vuestro hijo Atanasio Girardot. Ella no olvidará nunca su nombre inmortal, que se repetirá con frecuencia en las páginas de nuestra historia, para honor de la Nueva Granada, que le dio el ser, y para gloria de Venezuela, a quien ha conquistado su libertad. Las lágrimas de ambas bañarán abundantemente sus cenizas, y cuantos se interesen en la destrucción de los tiranos llorarán su muerte temprana. Pero él vive y vivirá siempre en el grato recuerdo de la posteridad. Si algún día él ha debido pagar ese tributo inevitable de la naturaleza, ¿por qué preferir una muerte tranquila pero oscura a otra llena de gloria y que ha dado la vida a la Patria? Que esta reflexión modere vuestra pena, y que el cielo, testigo de sus virtudes y de su consagración por la más santa de las causas, derrame sobre vuestra alma y la de vuestra esposa las consolaciones que en semejantes lances El sólo puede dar.

“Tunja, 13 de noviembre de 1813.

Camilo Torres”.

Y así lo hizo, y fue a Caracas conduciendo en triunfo el gran corazón del inmortal Girardot, guardado en un vaso de cristal cerrado herméticamente y encerrado en una urna ceneraria de madera, forrada en seda negra, con galones de oro; precediéndole un día (12 de octubre) con su Estado Mayor y un séquito de distinguidos oficiales. Ese corazón fue recibido por el señor Arzobispo con todo su clero, las autoridades civiles y militares, una extraordinaria muchedumbre del pueblo y numerosos ciudadanos principales de la capital. La carrera estaba adornada con muchísimos arcos de triunfo enlutados. Colocóse la urna que contenía el precioso depósito en el túmulo que al efecto se había erigido en la capilla de San Nicolás, de la Catedral, y los días siguientes se tributaron a Girardot honores solemnísimos y conmovedores. La entrada del corazón de Girardot en Caracas la describe el doctor Aristides Rojas de la manera siguiente:

“Al amanecer del día 13 las campanas de los templos saludan el alba, la población comienza a llenar las calles, y a las ocho llega el cortejo de Atímano. Saludado por el cañón y rodeado por Bolívar y su Estado Mayor, por el Prelado y su Cabildo eclesiástico, con todo el clero de la ciudad, por las corporaciones civiles y militares y por las tropas de la capital, al mando del General Rivas, el corazón de Girardot, colocado en un templete, recibe las bendiciones del Prelado y los honores de la Iglesia. Concluídos éstos, los compañeros de Girardot toman la urna y la trasladan a una carroza bellamente adornada. Estaban en ésta dos niños vestidos de ángeles, que se encargaron de su conducción. Seis niños más, vestidos de la misma manera, tiraban de la carroza, a cuyos lados iban los Tenientes Coronales Soublotte y Manrique, acompañados de algunos oficiales. La sociedad de Caracas quiso contribuir con numeroso grupo de niñas de cinco a ocho años, las que, con cestillos de flores en las manos, precedían la carroza de Girardot. Este gracioso grupo de señoritas, con trajes blancos, fue uno de los atractivos de la fiesta.

“Puesta en movimiento la procesión, que ocupó largo espacio, comienza a desfilar a las nueve de la mañana, con el mayor orden y compostura. Dos horas más tarde llega el cortejo a la Metropolitana”.

Las honras fúnebres duraron hasta el 18, día en que, después de una solemne misa, cantada por el Ilustrísimo señor Arzobispo, y con admirable sermón predicado por el sacerdote e ilustre prócer doctor Francisco José Rivas, la urna fue conducida al lugar de su sepultura, que lo fue tras del altar mayor de la Catedral. A la aflictiva ceremonia del entierro se siguió la solemne confirmación del acto por carta pastoral del mismo Prelado. La imaginación nos representa aquella sepultura guardada por dos deidades: el ángel del silencio, que hace enmudecer las pasiones humanas en las cercanías de aquel recinto, y el de la gloria, que hace resonar por todos los ámbitos de América la trompeta que pregona la inmortal heroicidad de Girardot.

Ni el copioso llanto de las muchedumbres, ni el tristísimo clamoreo de las campanas que llamaban a la oración, ni las fúnebres salmodias de la Iglesia eran augurio de que el sepelio conducía la nobilísima entraña del héroe al eterno reposo de los muertos. Ciertamente que la memoria del homérico vencedor del Bárbara reclamaba el respeto que todos los hombres profesan al que, juzgado por Dios, ha respondido por sus acciones mundanales y ya es inofensivo a los vivientes; y que Bolívar continuaba vibrando la fulminante espada de los libertadores. En tanto que el fragor de los combates resonaba en las cercanías de Caracas, las puertas de la Catedral Metropolitana eran infranqueables a las huestes de asesinos y profonadores realistas; pero no fue así cuando el Libertador, cabalgando su corcel de guerra por sobre hacina de cadáveres y envuelto en las tempestades que reventaron en Vigirima, La Puerta, Cumaná y Maturín, hubo de emigrar por segunda vez de su Patria para ir a un suelo extranjero a alimentar la esperanza de redimirla en otra ocasión. Tan pronto como los jefes realistas se consi-

deraron vencedores y dueños de Caracas, y se creyeron definitivamente señores del suelo venezolano, el realista americano Juan N. Quero reclamó al Ilustrísimo Arzobispo "el corazón del traidor Girardot" para entregarlo al verdugo y su acompañamiento, con el objeto de darle el día 2 de agosto de 1814 "el destino que merecía". El célebre Pastor, doctor Narciso Coll y Pratt, español realista y muy fiel a la bandera de su patria, pero sacerdote católico y por ende de nobilísimos sentimientos, rechazó con indignación las pretensiones del militar; y para que no hubiera ni el pretexto de que las hienas se ensañaran contra aquellas reliquias inofensivas, ni se intentara una profanación del templo, el Prelado, con profética visión, había hecho trasladar la urna cineraria al cementerio de la Catedral. Allí, en ese lugar, sí pudo decirse que el corazón vencedor en Palacé, Ventaquemada, Monserrate, La Grita, Desembocadero, Nutrias, Tinaquillo, Las Vigías, Mirador de Solano y Bárbula, había entrado en las regiones del eterno reposo, después de que, entregado su espíritu a Dios, su nombre quedó en los dominios de la Historia y su recuerdo inscrito con los áureos resplandores de la más gloriosa inmortalidad.

Era esta la época de las espantosas torturas y de la amarga prueba por la que pasaban los pueblos de Venezuela y de la Nueva Granada. Bastaría para probarlo el rencor con que los realistas quisieron profanar el corazón de Girardot, que representaba el más bello carácter de la revolución; de aquí que el citado Arzobispo Coll y Pratt describiera la situación, entre lágrimas y suspiros, de la siguiente manera:

"Mi espíritu se conmueve y mi alma no puede soportar el recuerdo de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones, la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano, el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos, los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos y despojos humanos que cu-

bren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano, todo, todo está en mi corazón....".

Y mientras Venezuela era acreedora a que el ilustre Pastor exhalara desde el fondo del alma tan gráfica y verdadera elegía, en el sur de Colombia se peleaba también por la patria independencia. Trasladémonos a una escena distante. En tanto que el corazón de Girardot permanecía tranquilo al pie del altar mayor de la Catedral de Caracas, el esforzado Nariño luchaba contra los realistas del sur de Popayán. Luchaba el bogotano con recia temeridad y con un arrojo digno de la causa que defendía, venciendo obstáculos insuperables para forzar el paso del torrentoso Juanambú bajo los fuegos certeros del enemigo. Pasado aquel río por la ruta de "El Tablón de los Gómez" por el Comandante Virgo, y atacado el frente del enemigo por el General Cabal, la batalla se empeñó por ambos lados en la terrible posición de Buesaco, ocupada por el español Aimerich. Batallaron los patriotas con denuedo y brío imponderables, con heroico valor, pero dominados por los bien parapetados fuegos del enemigo, Nariño tuvo que proteger con sus cañones la retirada de los suyos, que hubieron de repasar el río. En esta desgraciada acción, verificada el 29 de abril de 1814, entre otros pereció el intrépido Pedro Girardot, hermano medio del héroe del Bárbula.

Después del desastre sufrido por las armas emancipadoras en Venezuela en 1814, el Libertador compareció en Bogotá ante el Congreso de la Nueva Granada a dar cuenta de sus triunfos y de sus derrotas, y justificó gloriosamente su conducta. Entonces se presentó ante los deudos, padre y madre del ínclito Atanasio Girardot, renovándoles la expresión de sus más sinceros y profundos sentimientos de condolencia; doña Josefa Díaz, la matrona antioqueña, la hija de la montañosa Esparta y madre del malogrado héroe, con el valor de una numantina le presentó al Libertador a su hijo menor Miguel Girardot, diciéndole: "Se lo entrego para que a su lado y bajo sus órdenes mi hijo

combata hasta vencer o morir por la libertad de la Patria".
¡Hé aquí la raza española! (15)

Marchó Simón Bolívar a combatir en Cartagena contra los españoles, llevando a su lado a Miguel Girardot. Por causas que deshonran nuestra historia, Bolívar, herido por la ingratitude, hubo de emigrar de Cartagena para el extranjero, dejando a los ingratos pereciendo bajo la cuchilla empuñada por Morillo y por Enrile. Cuando el Liberador, escapado providencialmente en las Antillas del puñal asesino de un criado suyo, y después de mil peripecias, organizó la expedición de Los Cayos y vino a Venezuela a proseguir la empresa tantas veces comenzada y tantas veces arruinada, ya don Luis Girardot, el benemérito padre de Atanasio, había sido infamemente asesinado en Guadualito con otros granadinos emigrados por fuerza de la persecución que contra ellos desplegó Sámano, el cobarde, a

(15) "Ciudadano Secretario de la Guerra del Gobierno General.

"Cuartel General en Santafé, enero 2 de 1815.

"Los servicios del Coronel Girardot no han quedado bien recompensados. Toda la Nueva Granada y Venezuela lloran su muerte y veneran su memoria; mas las concesiones que se hicieron en favor de su familia han sido renunciadas generosamente en bien de la Patria.

"Su padre, a quien la pérdida de sus dos hijos en campo de batalla podría hacer desear la conservación del resto de su familia, me ha presentado, luego que llegué, el único varón que le quedaba, con la esperanza en que este jovencito pueda imitar sus virtudes y reemplazar al héroe del Bárbula.

"He apreciado cuanto debía la generosa oblación de este padre patriota; y para manifestarle la consideración a que se ha hecho acreedora su ilustre familia, he dado el grado de Subteniente al joven Miguel Girardot, y lo he mandado agregar al invicto Batallón de Barlovento. Confío en que aprobándolo el Gobierno General, me permita descargar así una deuda sagrada de la Patria.

"Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años.

Simón Bolívar".

causa del apoyo y servicios que habían prestado a la revolución de la Independencia. Posteriormente el lábaro libertador era enarbolado en señal de muerte o redención en el vasto territorio venezolano; triunfante aquí, derrotado allí, Bolívar paseaba sus intrépidos escuadrones haciendo revivir el amortiguado espíritu republicano, aunque bien necesitaba él una tregua para su alma ya fatigada por el enorme peso de su gigantesco empeño. En uno de aquellos sucesos desgraciados que tan de cerca acompañaban los triunfos de los patriotas, Bolívar, después del terrible y victorioso asalto que dio al ejército de Morillo en Calabozo, hubo de perseguir a galope tendido al enemigo, que tomó por entre despeñaderos y boscajes camino hacia "El Sombrero" por el paso del Guárico, denominado el Seman. Dos días hacía que galopaban los patriotas sin tomar alimento y sin aplacar la sed, bajo un resistero que reverberaba y sobre las cenizas de los pajonales recientemente incendiados; la sed era devoradora, y al llegar al río, cuya fresca arboleda encubría las emboscadas de Morillo, los fuegos de los realistas no fueron bastantes a detener a los patriotas en su dirección a las claras y apetecidas linfas del remanso; el General Anzoátegui y ocho oficiales salieron heridos de allí, dejando entre cien muertos al valeroso y denodado Miguel Girardot, cuyo nombre recuerda la fecha aciaga del 17 de febrero de 1818 en el combate de "El Sombrero", y viene a unirse al martirologio de aquella familia de héroes colombianos.

Consagrada así la memoria de Atanasio Girardot con el sacrificio de su padre y de sus hermanos y por las lágrimas de su superviviente madre, y realzada por los honores póstumos que le fueron tributados y por las leyes con que el Congreso de la Nueva Granada quiso muchos años más tarde tributarle homenaje de gratitud republicana, en estos días se proyecta en la bella y pintoresca Medellín levantar un monumento al héroe, que será fabricado con elementos y material netamente antioqueños, y en el cual no entrará ni un átomo de procedencia extranjera. Esta idea es, además de anunciadora de un gusto pa-

triótico acentuado, altamente simbólica, porque siendo Girardot una gloria purísima y deslumbradora de la Patria grande, de la Gran Colombia, es al mismo tiempo la primicia más noble y más grata que la Patria de los Restrepos, de Mejía y de los Córdobas ofrendó en el grandioso altar de la emancipación americana. Y a fe que no nos falta a los antioqueños motivo de enorgullecernos de la cuna de Girardot. Ya lo ha dicho la Historia: "La primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano, fue también la más hermosa y la más llena de esperanzas".

¡Sí! la más llena de esperanzas, decimos nosotros, que nos hemos propuesto estudiar tan hermoso carácter a la luz clarísima que arroja nuestra gloriosa historia, y con el escalpelo fino pero implacable de las comparaciones con nuestros grandes hombres; porque Girardot fue tan arrojado como Córdoba y tan prudente como Sucre; más inteligente y mucho más ilustrado que sus compañeros de armas, fue también el más humanitario y el más republicano de los próceres. Mariño era, en su comparación, de aptitudes intelectuales mediocres; los Montillas, apenas visibles; los Bermúdez en todo inferiores, y Páez, aunque valiente, no era capaz de comparecer en su presencia. Santander mismo, a pesar de la aureola con que lo abrigó la Vicepresidencia de Colombia, no tuvo las cualidades y virtudes del héroe cuya muerte enlutó los campos de Venezuela y Nueva Granada. Girardot fue en todo superior a sus abnegados, nobilísimos y valerosos compañeros. Fue semejante a Bolívar en las prendas políticas que lo llevaron al pináculo de la gloria, e igualmente ilustrado y superior en cuanto a las prendas morales que debe poseer el hombre llamado a conducir los pueblos. Si la muerte aciaga que desplegó sus alas sobre la cumbre del Bárbula hubiera escogido para darle muerte a Bolívar más bien que a Girardot, éste hubiera sido el libertador de las naciones suramericanas.

J. D. Monsalve.

FRANCISCO ANTONIO ZEA

MARCO FIDEL SUAREZ

FRANCISCO ANTONIO ZEA

MARCO FIDEL SUAREZ

Sin hacer caso de exageraciones que han venido a ser lugares comunes, es fuerza reconocer que el régimen de los virreyes no fue propicio en América a la instrucción popular ni a la ilustración de la clase aristocrática. Puede por tanto estimarse providencial el adelanto científico desarrollado en el Nuevo Reino de Granada pocos años antes de declararse la Independencia. Figuraron entonces no sólo personajes ilustrados, sino distinguidos cultivadores de las ciencias y alumnos aprovechados de las Musas, que a virtud casi de sus solos esfuerzos adquirieron suficiente saber para libertar a su patria y conquistar un puesto glorioso en la historia literaria y científica. En los anales de la que hoy es Colombia ellos se destacan cual líneas brillantes sobre un espectro oscuro o como estrellas fugaces que surcan cielos sombríos. ¡Ah! ¡Pluguiese a Dios que este símil no fuese exacto, ni que hubiera declinado aquel saber que brilló en este país al comenzar el presente siglo! ¡Nunca hubiese la anarquía aglomerado nubes allí mismo donde las había aglomerado el despotismo!

La creación de la Real Expedición Botánica y el ahinco con que algunos Obispos se dieron a fundar en los Seminarios la enseñanza de la que entonces se llamó "nueva filosofía", o sea de la historia natural conforme a los sistemas modernos, fueron

grande parte para que los estudios prácticos cobrasen vuelo, y se aumentase la afición y la ansiosidad de saber. De este modo la misma Corona de España, sin saberlo y sin quererlo, favorecía anticipadamente la emancipación política de sus colonias, promoviendo aquí la instrucción que andando el tiempo había de ser arma poderosa al servicio del patriotismo. De esta manera don José Celestino Mutis, don Angel Velarde y Bustamante, don José Félix de Restrepo, don Mariano Grijalfa y otros egregios varones, impulsando unos la ilustración y otros dirigiéndola, merecen, por este título, el ser considerados como los primeros fautores de la libertad colombiana.

Fruto de tan feliz reforma fue la educación de don Francisco Antonio Zea, nacido en Medellín en noviembre de 1766, discípulo del sabio Restrepo y alumno del Seminario de Popayán, que produjo a los Torres y a los Caldas, a los Ulloas y Míguez Rodríguez. Sucesivamente profesor de ciencias naturales en la Universidad de Santafé, agregado a la Real Expedición Botánica dirigida por Mutis, profesor de Botánica en Madrid, sucesor de Cavanillas en la dirección del Jardín botánico de esa ciudad, Miembro de la Junta que en Bayona formó la nueva Constitución de la monarquía de España cuando la dominación de Bonaparte, compañero de Bolívar, Presidente del célebre Congreso de Angostura, Vicepresidente de Venezuela, Vicepresidente de la gran República de Colombia y su Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de las Cortes de Europa, Zea, es, no hay duda, uno de los más notables personajes de nuestra historia. Y si a esto se agregan los timbres del literato, del orador elocuente, del escritor pomposo, del periodista que en aquella edad incipiente defendió con gallardía en las columnas de **El Correo del Orinoco** la justicia de nuestra independencia, e hizo simpática su causa a las naciones extranjeras, habrá que convenir que Zea es una de las glorias de la patria.

De Zea hay ya biografías escritas por hábiles plumas, que con ellas han satisfecho una deuda sagrada y rendido un homenaje a la gloria. Sólo intentamos bosquejar brevemente la vida

de aquel célebre colombiano y probar a juzgarlo no sólo como advertido político, sino también como literato.

El principal carácter de Zea como hombre público es un patriotismo fervoroso servido por imaginación brillante, florida elocuencia, espíritu visionario y no muy experimentado ni juicioso. La época en que le tocó su papel, la escuela en que se formó, los estudios de su predilección, las peripecias de su vida, todo contribuyó a aquilatar en Zea aquellas dotes, altamente valiosas las más y muy benéficas, pero que alguna vez empañaron su vida arrastrándole a candorosas y patrióticas exageraciones.

Como político y como literato era natural que Zea fuese exagerado hasta vivir, puede decirse, en perenne entusiasmo, y hasta hacer la hipérbole la forma favorita de su estilo. Su genio de poeta lo exaltó el tiempo en que le tocó vivir: aquella edad era alborada de ilustración y de libertad, y no ostentaba más que matices dorados y azules lontananzas. Así lo exigía, por otra parte, la tendencia filosófica de esa época, demasiado opuesta a la escuela aristotélica, austera, sobria y eminentemente racional, que haciendo primar el raciocinio sobre la imaginación, da sencillez a la elocuencia y vigor de verdad al estilo; entonces las influencias sensualistas, cuyos efectos llegaban a dondequiera, contribuían a hacer predominar el elemento de la imaginación y a extraviar de esta manera las reglas del buen gusto: Caldas mismo, el sabio Caldas, insigne matemático, se deja arrastrar a veces por una grandilocuencia desmedida. Los patriotas de aquella heroica edad, aunque religiosos casi todos, tomaron por modelo la ampulosa literatura de la revolución francesa; de donde resultó que, a imitación de la de Barrére y de Saint-Just, la oratoria de la gran Colombia quedase recargada de muchos lugares comunes, y que las citas de la historia griega y romana fuesen adorno indefectible en todo trozo de elocuencia. ¿Y cómo no contagiarse de aquel estilo, teniendo que usar los libros escritos por los terroristas, tanto más venerados y admirados cuanto sólo se recibían de contrabando? En cierto modo era necesario que así sucediese y también era conve-

niente: porque en los tiempos de lucha el fuego de los corazones es preciso que salga al estilo, y convertido en verbo exterior vaya a inflamar otros pechos: por eso en la independencia la pomposidad era la forma de las arengas de Bolívar, de los discursos de Zea, de los manifiestos dirigidos a la Nación y hasta de las leyes de la República.

Desde su edad temprana encontramos a Zea consagrando su natural ardor al bien de la Patria. El joven profesor de ciencias naturales en San Bartolomé, al mismo tiempo que dictaba lecciones y las recibía del sabio Mutis, meditaba en la suerte de su patria y filosofaba sobre el porvenir de su país. En sus escritos se nota el ansia con que se esforzaba por columbrar mejor suerte para el Virreinato de Santafé; y defiende con denuedo, contra aserciones orgullosas de escritores extranjeros, las aptitudes y capacidades de los americanos para civilizarse. En la introducción a las **Memorias del Nuevo Reino**, publicada en el **Papel Periódico de Santafé de Bogotá**, se hallan estos notables conceptos, que ya desde entonces hicieron pronosticar grandes cosas de Zea.

“Las naciones más cultas han tenido sus días de barbarie. Ninguno se puede lisonjear de no haber pagado su tributo a la preocupación y al error. Yo abro la historia, y la veo ir saliendo de una profunda noche, pasar por entre sombras y acercarse por grados insensibles a una perfecta ilustración. Atenas no produce con un solo esfuerzo los Sócrates y los Demóstenes. Roma no ve de repente en su seno a los Virgilio y a los Cicerones. Si quisiéramos saber hasta el origen de un pueblo sabio, si observáramos en la cuna a la Patria de Newton, quizá hallaríamos los mismos defectos y las mismas preocupaciones que en la nuestra. Una agricultura grosera, un comercio paralítico, las artes todavía torpes, una sombra de industria, aquello preciso para aliviar las primeras necesidades del hombre en sociedad: he aquí el primer estado de todas las naciones. . . . ¿No se podrá decir que los hombres, como los árboles, degeneran y se hacen estériles bajo de un clima ingrato? Esta es la paradoja de Paw. El quiere que la especie humana haya degenerado en la América. Ho-

llando los ilustres nombres de Peralta y Figueroa, olvidándose de Maldonado y Piedrahíta, cerrando los ojos para no ver a los Molinas, los Abades y los Alegres, no quiere encontrar entre nosotros quién pueda componer un libro. Pero dejamos a este maldiciente filósofo: diga lo que quiera, tenemos suficientes pruebas de que podemos ser sabios”.

En este trozo se ostenta a la vez el patriotismo y el buen sentido: Zea repudia la paradoja de Paw y la refuta con calor, confundiendo así aquellos ridículos e inhumanos sistemas, muy en boga al presente, que rebajando el hombre a la condición de vegetal deprime su albedrío y lo hacen obediente esclavo del clima y de las insuficiencias físicas.

El deseo de ver mejorada la suerte de su patria impulsó a Zea a coadyuvar en las empresas de Nariño el año de 1794. Convenido de complicidad en la publicación de los **Derechos del hombre** fue conducido a la costa de España donde se le condenó primero a prisión y luego, por influencia de Mutis, que tenía alto concepto de los talentos de Zea para el estudio de las ciencias naturales, se le permitió trasladarse a París con el fin de terminar estos estudios. Vuelto a Madrid después de dos años, se le nombró Profesor de botánica. Al abrir la clase fue cuando pronunció el conocido discurso **sobre el mérito y la utilidad de la botánica**, la más perfecta acaso de sus obras literarias. Esta pieza es notable por los conceptos y por la forma: los argumentos con que prueba Zea la excelencia de la botánica son originales e ingeniosos sin ser por eso forzados, sino antes al contrario espontáneos y naturales. La forma, florida como lo fue siempre su estilo, se contiene en los límites de lo verosímil y concuerda con el asunto, que perfectamente se presta a la donosura y al adorno. Esta composición correcta y animada, tiene trozos comparables a las clásicas oraciones de Jovellanos **sobre el estudio de las ciencias naturales o sobre el estudio de la geografía**. La religiosidad que esta oración respira le añade encantos y le presta cierta grandeza, cosas que van perdiendo los escritos modernos acerca de estos temas, debido al carácter indefinido y nebuloso que en ellos imprime el prurito de no reconocer en la na-

turalidad la obra y la hechura de la Sabiduría de Dios. He aquí pasajes del discurso del botánico americano:

“El Sér Supremo, que vinculaba la existencia de la sociedad en el conocimiento de las plantas, no solamente nos lo ha facilitado clasificándolas y poniendo a cada género y a cada especie su sello definitivo, sino que continuamente nos exhorta a su estudio con aquellas sublimes expresiones que presentándose a la vista de todas las generaciones y encantando todos los sentidos, hablan al corazón y resuenan en la eternidad. ¿Quién no admira la majestad y el lujo de la creación vegetal? ¿Quién no es sensible a las delicias de la verdura y de la sombra? ¿A quién no embelesan la púrpura y el oro de las flores, y los matices de carmín y grana que brillan en los frutos? Los prados inspiran alegría; en la floresta se siente una especie de ternura y se difunde el alma; las selvas silenciosas convidan a la meditación y hacen concebir grandes ideas, y en todas partes recrean las plantas el olfato y la vista y hechizan dulcemente el corazón. Así se explica la naturaleza por medio de atractivos y de gracias, por una rápida serie de impresiones que son más vivas y más agradables a proporción que más nos importan los objetos que quieren inclinarnos”.

Considerando en seguida la botánica como ciencia que con sus secretos pudo en la antigüedad obrar prodigios cuyas causas desgraciadamente yacen hoy ocultas, Zea se expresa así:

“Qué diremos al oír a Plinio anunciarnos como perdido el conocimiento de otras muchas plantas, ya por no haberseles dado nombre para distinguir las, ya por ser ordinariamente sus descubridores los hombres del campo, ya también por hacer misterio de ellas los que habían alcanzado a explorar y reconocer sus virtudes? ¿Qué diremos al verle pintar atónita la antigüedad contemplando los prodigios de las plantas: al oírle que se llegó por su medio hasta predecir los eclipses del sol y de la luna, y que aún se conservaba en el vulgo de su tiempo aquella tradición? ¿Cómo se habría hecho su eficacia favorecida de los poetas para obrar portentos, si generalmente no se hubiera reputado extraordinario? Y para auxiliar un entusiasmo tan su-

blime y tan general, ¿no es preciso que se hubieran visto efectos admirables, ya que no los prodigios increíbles que el vulgo les atribuía? Pero ¡ay! que de tantas y tan preciosas plantas sólo han llegado a nosotros, por falta de botánica, las pocas con que la sobria agricultura se había contentado; mas aquéllas que por sus efectos maravillosos se apropiaron los sacerdotes paganos para aturdir la razón: las que reunían en los bosques sagrados a la sombra terrible de sus misterios y superstición, sin confiar el secreto sino a sus discípulos escogidos, después de largas, duras y aun mortales pruebas, de que no dispensó a Pitágoras la celebridad de su nombre y la recompensa de un soberano; digo que el conocimiento de aquellas plantas con que se hacían tan raras curaciones y portentos se perdió por falta de botánica que la conservara”.

Hé aquí un trozo colmado de observaciones filosóficas e históricas, expuesto en fluída y elegante forma. La difusión, palpable con la elocuencia de Zea, es quizá una condición común al estilo de muchos literatos naturalistas: Plinio, Buffón y Bernardino de Saint-Pierre testifican este hecho, el cual es, por otra parte, muy explicable, pues siendo esencialmente analítico el estudio de la naturaleza, tiene que derramarse en pormenores y accidentes.

Es digno de citarse el elogio que en ese discurso tributa Zea a su maestro Mutis:

“¡Modesto y sabio Mutis! ¡Genio creador y benéfico! Perdona a mi corazón que os pague anticipadamente el tributo de admiración y reconocimiento debido por todos al naturalista generoso, que dedica su vida y su caudal al servicio de los hombres, sin exigir de ellos, como decía Sócrates, más recompensa que la impunidad”.

Y a fe que el venerable Director de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada merecía tan espléndido elogio, ya que había sido llamado por Humboldt “ilustre patriarca de los botánicos”, y ya que Linneo le había discernido el título más glorioso, asegurando que su nombre sería inmortal y sus obras admiradas de las edades venideras.

La invasión de la Península por las armas de Napoleón vino a interrumpir las tareas científicas de Zea. La reputación que disfrutaba el naturalista neogranadino, su elevada posición y hasta la circunstancia de ser americano, le habilitaron para entrar en la Junta de notables que en Bayona firmaron la Constitución de la monarquía. A esta época pertenecen unos versos que se atribuyen a Zea, intitulados **A la invasión de los franceses**, composición fogosa y espontánea, publicada con la firma de "un español americano", y bastante conocida entre nosotros. También publicó durante su estada en España, que fue de dieciséis o dieciocho años, una memoria sobre la quina, otra sobre el cultivo de la palma de coco, y muchos notables artículos en el **Mercurio de España**.

Alejado del reino cuando emigraron los franceses, volvió a América en 1815, resuelto a cooperar en la guerra de Independencia. Después de permanecer un tiempo en Jamaica se unió a Bolívar, le acompañó en la expedición de los Callos y se halló en Guayana a tiempo que los patriotas, adueñados de esta provincia, la constituían en centro de sus operaciones.

De entonces datan los grandes servicios de Zea a la causa republicana y el mayor lustre de su carrera política. Bolívar consideró desde luego a Zea como sujeto de gran valía y provecho para la Independencia, ya por sus cualidades personales, ya por la reputación extranjera que gozaba. Bien que Zea no poseía el prestigio de la espada, condición sin la cual era muy difícil brillar en aquella escena, los proyectos que Bolívar meditaba, así como su cultura y experiencia, fueron causa del alto aprecio que hizo de Zea, hombre afable y cortés, llamado por naturaleza a completar con sus luces y su talento civil un cuadro en que el entusiasmo guerrero y el valor un tanto selvático ocupaban el mayor fondo. Bolívar y Zea simpatizaban, además, por temperamento y semejanza de genio: los dos eran de mucha imaginación, de miras sumamente elevadas, muy amantes de la gloria; y los dos se acordaron en unos mismos proyectos y en idénticas esperanzas. Sobre todo, desde 1818 hasta 1820 estos dos hombres fueron unidos los primeros en su escena, y obraron en

la mayor armonía, el uno ejecutando prodigios con su genio y su espada, el otro secundando con la pluma y la elocuencia los planes del primero y entonando alabanzas a sus hazañas. La creación de una República formada de Venezuela, Cundinamarca y otros Departamentos, fue desde entonces el sueño de Bolívar y de Zea, y aquel sueño, realizado luégo, fue hasta la muerte de ambos su constante anhelo y el objeto exquisito de sus cuidados, así como ocasión, a lo menos remota, de sus errores. Bolívar comprendió que Zea era prenda de unión entre Venezuela y el antes Virreinato de Nueva Granada. Ambos echaron de ver cuánto era interesante a la causa de la emancipación unir las provincias con estrechos lazos políticos, y crear una nacionalidad que a la vez que facilitase la Independencia, fuese en el porvenir emporio de riqueza, nodriza de la libertad y cimiento de su gloria. Al patriotismo se unía la gratitud, y Colón prestó su nombre a la República creada por Bolívar y Zea.

Para dictar las medidas conducentes a fin tan magnífico se necesitaba la instalación de un Congreso que dictase la Constitución de la República y organizase la Nación. En 1818 se encargó Zea de dirigir **El Correo del Orinoco**, con la colaboración de los señores Juan Germán Roscio y José Luis Ramos. Dicho periódico era la preparación para el Congreso proyectado. "Escritos luminosos y elocuentes —dice el historiador— salieron por la primera vez de las selvas del Orinoco". El periódico de Zea cumplió perfectamente su objeto, avivando el patriotismo, dando la crónica de la revolución de las demás colonias hispánicas, y defendiendo, como doctrinario, las ideas que luego fueron leyes o proyectos en el Congreso de Angostura. Durante las sesiones de esta asamblea, Zea no dejó de escribir en **El Correo**, defendiendo sus proyectos, algunas veces quiméricos, muchas prudentes y siempre patrióticos. No obstante sus simpatías hacia los ingleses, efecto del favor que éstos prestaban a la América, Zea no vacilaba, cuando estaban de por medio sus opiniones, en contradecir a los periódicos de Inglaterra y Jamaica, que las atacasen.

El 14 de febrero de 1819 se instaló el Congreso de Angos-

tura, y nombró a Zea, que asistía como Diputado por Casanare, Presidente de sus sesiones. En ese día Bolívar y Zea, el uno como Jefe de Venezuela y el otro como Presidente del Congreso, rehusaron mutuamente aceptar el bastón de la primera magistratura que cada uno quería depositar en manos del otro. El Congreso, después de deliberar, resolvió que se nombrase a los dos respectivamente Presidente y Vicepresidente de Venezuela.

Zea fue el alma del Congreso; en todos los actos de éste se revela el genio de su ilustre Presidente, autor del proyecto de Constitución, que más tarde se aprobó con la condición de que fuese sancionada por los pueblos, y que por falta de dicha condición jamás vino a ser ley de la República. La Constitución de Angostura es hechura legítima de Zea; hay en ella mucho de fantástico y visionario, muchos entusiasmos e hipérboles unidos a grandes hechos, a patrióticas medidas y a prudentes dictámenes. Los capítulos más notables de esa Constitución eran un Senado hereditario, un Ejecutivo temporal, pero con las mismas facultades que el de la Gran Bretaña, y un Areópago "encargado de la infancia, del corazón humano, las buenas costumbres y la moral republicana". El último proyecto desde entonces pareció quimérico: el primero fue asunto de muchas discusiones escritas, y forzosamente tuvo que desecharse en las Constituciones posteriores.

Bien que los actos de esta Asamblea no fueron luego sancionados, su influjo en la opinión pública y las consecuencias que produjeron son suficientes para calificar dicho Congreso más grande que el de Cúcuta y más glorioso que ningún otro de los reunidos en nuestra patria. La creación de Colombia, el título de Libertador discernido a Bolívar, el mejoramiento de la suerte de los esclavos, la celebración de la victoria de Boyacá, la convocatoria del Congreso de Cúcuta y hasta el lugar y la época de sus sesiones, son timbres excepcionales de aquel ilustre Cuerpo. El discurso dirigido por Zea al vencedor de Boyacá, es un verdadero himno a la República de Colombia, cuyos principios, más grandes que los de Atenas, Roma y Esparta, anunciaban pa-

ra lo futuro grandes destinos. Dirigiéndose a Bolívar, Zea habla así:

"Entre tantos días ilustres y gloriosos que V. E. ha dado a la República, ninguno tan dichoso como el de hoy, en que V. E. viene a poner a los pies de la representación nacional los laureles de que lo ha coronado la victoria y a presentar las cadenas de dos millones de hombres rotas con su espada. Yo te saludo, brillante y memorable día, en que los principios soberanos del orden representativo reciben tan solemne homenaje del heroísmo en medio de las aclamaciones de nuestros pueblos redimidos de la tiranía a fuerza de prodigios.

"No cabe en la imaginación lo que el héroe de Venezuela ha hecho desde que dejó instalado este augusto Congreso, y asombra la perspectiva inmensa de lo que ya no puede menos de hacer....

"¿Y qué hombre sensible a lo sublime y grande, en qué país capaz de apreciar los altos hechos y los altos nombres dejará de pagarse a Bolívar el tributo de entusiasmo debido a tanta audacia y a tan extraordinarias proezas?"

A esta arenga alude el poeta Salazar, paisano de Zea, a quien condecora con el título de Demóstenes colombiano, en su composición épica **La Campaña de Bogotá**, cuando dice:

*El Demóstenes sabio del Congreso
Con elocuente voz inmortaliza
Tantos hechos, acciones tan brillantes,
Tan constante virtud, tanta fatiga.*

Aquel discurso lo pronunció Zea el 14 de diciembre de 1819, para contestar el en que Bolívar daba cuenta de la campaña que tan feliz éxito tuvo en Boyacá. Durante la ausencia del Libertador, Zea, hostigado por los militares que no podían resignarse a ser gobernados por un hombre civil, hizo renuncia que le fue aceptada, de la Vicepresidencia de Venezuela. Más tarde, cuando en presencia de Bolívar se aprobó la unión de los dos pueblos, Zea otra vez fue nombrado Vicepresidente de Colombia.

El Congreso de Angostura creó a Colombia por este artículo de la ley fundamental: "Quedan reunidas Venezuela y la Nueva Granada bajo el título glorioso de República de Colombia".... "El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional en que se premiarán, como en las de Olimpia, las virtudes y las luces". Este último decreto demuestra hasta dónde era imperiosa la moda de citar la historia antigua, cuando los mismos artículos de las leyes no se libraban de tan exóticos adornos.

Las disposiciones dictadas por el Congreso de Angostura acerca de la libertad de los esclavos son a un tiempo muy humanitarias y muy juiciosas. A este propósito decía Zea en **El Correo del Orinoco**: "Es preciso en el estado de ignorancia y de degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad se halla reducida, es preciso en tal estado hacer hombres antes que hacer ciudadanos. El Congreso, considerando la libertad como la luz del alma, creyó también que debía darse a los esclavos por grados, como a los que recobran la vista corporal, que no se les expone de repente a todo el resplandor del día". En consecuencia, el Congreso no resolvió la inmediata abolición de la esclavitud, pero sí prohibió el tráfico y adoptó medidas para extinguir con el tiempo aquella bárbara institución, aprovechando el intervalo en la educación y mejora económica de los esclavos.

Cerradas las sesiones del Congreso de Angostura, el Vicepresidente Zea dirigió a los pueblos de Colombia un elocuente manifiesto para darles cuenta de la creación de la República. Esta alocución, dictada por la satisfacción de haber coronado una grande obra, e inspirada por el entusiasmo que había producido la batalla de Boyacá, es una pizea muy notable por las ideas que encierra y por la forma en que está concebida. Mezclando Zea la piedad con el entusiasmo, llama **divino** el acto que acaba de ejecutar el Congreso, y dice que ese acto, decretado desde la eternidad por la Providencia, acaba de realizarse en medio de las selvas del Orinoco. "En el seno mismo de la naturaleza —dice— se ha formado la República de Colombia, y el sello de la

creación está impreso en la ley augusta que la ha constituido". Después, en frase sonora y arrogante, muy digna de oírse en los días en que atronaba el aire el cañón de Boyacá, pero poco adecuada a la sobriedad de los escritos de su clase, Zea rompe su alocución con estas palabras: "¡Pueblos de Venezuela que os formasteis bajo el puñal de Boves, intrépidos patriotas! ¡Pueblos de Cundinamarca que en la atroz escuela de Morillo habéis aprendido a ser libres! ¡Pueblos de Quito, que Ruiz de Castilla, aquel Precursor de Morillo en sangre y en perfidia, impelió tan violentamente hacia la Independencia! Vosotros todos pueblos de Colombia, habéis, en fin, reconocido la necesidad de reunirnos en una enorme masa cuyo solo peso oprima y hunda vuestros tiranos".

Bolívar y Zea, persuadidos a que era necesario unir los diferentes Estados de Colombia en un solo cuerpo político, llegaron a formarse una idea no muy exacta acerca de la grandeza positiva y social de las naciones, confundiéndola con la magnitud geográfica y con la abundancia de agentes naturales. De aquí el que uno y otro a cada paso hablasen de la extensión territorial de Colombia y de sus riquezas en potencia. En el manifiesto a que nos referimos, Zea, después de decir a los pueblos confederados que es imposible para todos ellos la defensa individual y que sólo unidos podrían vencer, les habla así: "Las naciones existen de hecho y se reconocen, digámoslo así, por su volumen, designando por esta voz su territorio, población y riqueza. Voluntad bien manifiesta y un volumen considerable son los dos únicos títulos que se pueden exigir de un pueblo nuevo para ser admitido en la gran sociedad de las naciones". No omite Zea hacer después un largo recuento de las riquezas naturales de Colombia, enumerando bálsamos, aromas, resinas, gomas, aceites, olores, tintes los más hermosos y brillantes, los más útiles y apreciados frutos, nácar, perlas, el cóndor que se ceba en un caballo o en un toro, el colibrí que hace su nido entre las flores.

Hoy en día estos párrafos parecen inoportunos, y lo son efectivamente; pero en los primeros días de Colombia, en que se

había visto aún amenazante la anarquía y en que todo parecía pronosticar que, sellada la Independencia, la nueva Nación había de entrar a recorrer sin tropiezo y rápidamente el camino que iba ya andando la nación de Wáshington, entonces todo esto era muy natural y hasta muy lícito. Bolívar y Zea no se fijaban mucho en las dificultades que presentaba para sostenerse y durar organizada una nacionalidad compuesta de tres o cuatro millones de habitantes, diseminados en un territorio casi igual a la Europa, sin vías de comunicación, sin unidad de intereses ni de costumbres, y separados entre sí hasta por la naturaleza del suelo. Pero aquellos hombres generosos a todos los juzgaban como se sentían a sí mismos, y creyeron que el patriotismo más puro y más diligente dominaría todos los obstáculos que se presentasen a la estabilidad de la nación.

El manifiesto de Zea contiene juiciosos consejos y apreciaciones que la experiencia a venido a confirmar. Aunque Zea amaba mucho la libertad y la República, no por eso llegó a confundirlas como lo hicieron otros, con los sistemas de exagerada licencia, que al fin no son otra cosa que principio de desorden y de ruina, fórmulas de egoísmo social, equivalentes en los resultados a la misma tiranía. "Tiempo es ya —dice— que esas teorías y principios perturbadores del mundo que a fines del último siglo se pusieron en circulación a favor de muchas grandes y útiles verdades, acaben de amortizarse. Se puede en nuestra edad ser libre como un inglés, pero no como un ateniense, mucho menos como un romano, mucho menos como un lacedemonio". Se ve que ya en tiempo de Zea comenzaban a mostrarse en Colombia los disolventes principios de la escuela francesa, que más o menos disfrazados y acomodados a las circunstancias, pero siempre en un mismo sér y con unas mismas tendencias, han sido verdadera calamidad para las naciones latinas de América. El Libertador y don Francisco Antonio Zea, en quienes el amor a la patria fue genio, vieron desde temprano el peligro y trataron de evitarlo.

Después de constituída la República, fue el primer acto de Bolívar el enviar a Europa un agente diplomático que represen-

tase a Colombia, y cuyas dos principales misiones eran obtener el reconocimiento por parte de los gobiernos extranjeros de la Nación independiente, y el contratar un empréstito que no rebajase de dos millones ni excediese de cinco millones de libras esterlinas, con el objeto de cubrir las deudas de la República y fomentar la agricultura y adelanto material del país. Valieron a Zea para ser encargado de tan delicada misión los propios títulos que le habían valido para representar su papel en el Congreso de Angostura, es decir, el ser hombre de ilustración y de fama a la vez que gran patriota y la segunda figura política después de Bolívar. Pero no se tuvieron en cuenta al hacer recaer en él tan notable designación los defectos de su carácter y hasta los excesos de sus mismas buenas prendas: Zea carecía de dotes diplomáticas, pues era sumamente candoroso y alucinado; el disimulo y la astucia no podían compadecerse con su entusiasmo y sus desmedidas esperanzas; por otra parte era bisoño en asuntos de hacienda y de comercio. De esta manera, haciéndose cargo de una empresa que no se adaptaba a sus fuerzas, preparaba la ruina de su gran reputación y hasta se condenaba a morir lejos de la patria.

El 24 de diciembre de 1819, en la ciudad de Angostura, confirió Bolívar a Zea plenos, auténticos y legales poderes para representar a Colombia en Europa, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Comitente y mandatario sufrieron desde el principio cierto yerro, cual fue el no fijarse mucho en pormenores y considerar secundario todo objeto y todo medio en presencia del gran fin de conseguir el reconocimiento de la República. El mismo empréstito lo veían como secundario; pues se fijaron poco en las bases, o mejor dicho, nada se fijaron, dado que el Libertador prestó su firma en blanco al Enviado y de antemano aprobó cualesquiera transacciones que éste celebrase. Hoy se critica esto duramente; pero no pensamos que en los instantes solemnes en que obraban Bolívar y Zea, cualquiera otro siquiera hubiese sido menos entusiasta y menos patriota que ellos, habría probablemente obrado de un modo semejante: cuando se trataba de conseguir la vida para la patria, todo lo

había visto aún amenazante la anarquía y en que todo parecía pronosticar que, sellada la Independencia, la nueva Nación había de entrar a recorrer sin tropiezo y rápidamente el camino que iba ya andando la nación de Wáshington, entonces todo esto era muy natural y hasta muy lícito. Bolívar y Zea no se fijaban mucho en las dificultades que presentaba para sostenerse y durar organizada una nacionalidad compuesta de tres o cuatro millones de habitantes, diseminados en un territorio casi igual a la Europa, sin vías de comunicación, sin unidad de intereses ni de costumbres, y separados entre sí hasta por la naturaleza del suelo. Pero aquellos hombres generosos a todos los juzgaban como se sentían a sí mismos, y creyeron que el patriotismo más puro y más diligente dominaría todos los obstáculos que se presentasen a la estabilidad de la nación.

El manifiesto de Zea contiene juiciosos consejos y apreciaciones que la experiencia a venido a confirmar. Aunque Zea amaba mucho la libertad y la República, no por eso llegó a confundirlas como lo hicieron otros, con los sistemas de exagerada licencia, que al fin no son otra cosa que principio de desorden y de ruina, fórmulas de egoísmo social, equivalentes en los resultados a la misma tiranía. "Tiempo es ya —dice— que esas teorías y principios perturbadores del mundo que a fines del último siglo se pusieron en circulación a favor de muchas grandes y útiles verdades, acaben de amortizarse. Se puede en nuestra edad ser libre como un inglés, pero no como un ateniense, mucho menos como un romano, mucho menos como un lacedemonio". Se ve que ya en tiempo de Zea comenzaban a mostrarse en Colombia los disolventes principios de la escuela francesa, que más o menos disfrazados y acomodados a las circunstancias, pero siempre en un mismo sér y con unas mismas tendencias, han sido verdadera calamidad para las naciones latinas de América. El Libertador y don Francisco Antonio Zea, en quienes el amor a la patria fue genio, vieron desde temprano el peligro y trataron de evitarlo.

Después de constituída la República, fue el primer acto de Bolívar el enviar a Europa un agente diplomático que represen-

tase a Colombia, y cuyas dos principales misiones eran obtener el reconocimiento por parte de los gobiernos extranjeros de la Nación independiente, y el contratar un empréstito que no rebajase de dos millones ni excediese de cinco millones de libras esterlinas, con el objeto de cubrir las deudas de la República y fomentar la agricultura y adelanto material del país. Valieron a Zea para ser encargado de tan delicada misión los propios títulos que le habían valido para representar su papel en el Congreso de Angostura, es decir, el ser hombre de ilustración y de fama a la vez que gran patriota y la segunda figura política después de Bolívar. Pero no se tuvieron en cuenta al hacer recaer en él tan notable designación los defectos de su carácter y hasta los excesos de sus mismas buenas prendas: Zea carecía de dotes diplomáticas, pues era sumamente candoroso y alucinado; el disimulo y la astucia no podían compadecerse con su entusiasmo y sus desmedidas esperanzas; por otra parte era bisoño en asuntos de hacienda y de comercio. De esta manera, haciéndose cargo de una empresa que no se adaptaba a sus fuerzas, preparaba la ruina de su gran reputación y hasta se condenaba a morir lejos de la patria.

El 24 de diciembre de 1819, en la ciudad de Angostura, confirió Bolívar a Zea plenos, auténticos y legales poderes para representar a Colombia en Europa, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Comitente y mandatario sufrieron desde el principio cierto yerro, cual fue el no fijarse mucho en pormenores y considerar secundario todo objeto y todo medio en presencia del gran fin de conseguir el reconocimiento de la República. El mismo empréstito lo veían como secundario; pues se fijaron poco en las bases, o mejor dicho, nada se fijaron, dado que el Libertador prestó su firma en blanco al Enviado y de antemano aprobó cualesquiera transacciones que éste celebrase. Hoy se critica esto duramente; pero no pensamos que en los instantes solemnes en que obraban Bolívar y Zea, cualquiera otro siquiera hubiese sido menos entusiasta y menos patriota que ellos, habría probablemente obrado de un modo semejante: cuando se trataba de conseguir la vida para la patria, todo lo

demás se miraba como accidental, a la manera que el buen hijo que trata de salvar la vida de su padre no vacila en emplear para conseguirlo cualquier medio, echando mano aun del sacrificio.

El Presidente del Congreso a quien ya hemos oído expresar que la nacionalidad se mide por el volumen, fácilmente se persuadió a que su misión quedaría perfectamente desempeñada si consiguiese el reconocimiento de Colombia a costa de cualquier medio. Para lograr tal fin se propuso hacer formar de Colombia una gran idea, exagerando por supuesto su volumen y riqueza y adoptando una conducta diplomática extravagante a veces de puro fastuosa; desplegó asombrosa liberalidad para con los acreedores de Colombia, adoptó un arrogante estilo en sus relaciones cortesanas, y echó así por base de sus operaciones la más falsa e insostenible.

Ante todo se propuso Zea que la Metrópoli reconociese la separación de la colonia colombiana y su carácter de nación. A este efecto pasó a Madrid; pero a poco las sospechas de los palacios de Fernando VII lo hicieron expulsar de la Corte. Más tarde propuso al Duque de Frías, Ministro de España en Inglaterra, que se reconociese por parte del gabinete de Madrid la Independencia de Colombia, mediante condición de que ésta y las otras naciones hispano-americanas del Sur formarían una vasta confederación cuyo jefe sería el Rey de España. Tal propuesta fue desechada, y ya se ve que el proyecto hubo de ser improbadado en Colombia, como que tendía a truncar la Independencia y hacer casi vanos los esfuerzos hasta allí empleados para conseguirla.

El 8 de abril de 1822 dirigió Zea desde París una nota diplomática al Ministro francés de Negocios Extranjeros y a los Embajadores y Ministros extranjeros residentes en esta ciudad. En tal nota Zea se propone demostrar aquellas mismas ideas que ya le hemos visto defender en otra parte acerca de la nacionalidad y de los pueblos recién emancipados. "La noticia —dice— de la lucha que América acaba de mantener contra España ha resonado por todo el mundo. Admitiendo que todavía pueden

existir dudas sobre sus destinos maravillosos, ninguna puede ocurrir sobre los inmensos resultados obtenidos a favor de combates y de victorias.... Esta independencia no ha hecho sino establecer el orden natural poniendo fin a males infinitos que necesariamente producía una conexión tan mal combinada.... Pronto todos estos nuevos Estados formarán una grande y sólida asociación y fijarán la base de aquella confederación continental, contra la cual todos los ataques extranjeros no podrán ser dañosos. La coalición del resto del mundo civil, si tal pudiera efectuarse, sucumbiría delante de esa barrera. Colombia respeta cuanto existe y tiene derecho a la reciprocidad ¿Quién podría atacarla? ¿qué poder podría aumentar o disminuir su riqueza? ¿de quién tiene necesidad? y entre las naciones conocidas, ¿dónde está la que no aspire a establecer relaciones con ella? Colombia no ignora su fuerza".

Si no conociésemos el carácter del ilustre Vicepresidente de Colombia, si no le hubiésemos oído exageraciones semejantes tratando de diversos asuntos, podríamos calificar de baladronadas los conceptos transcritos; pero Zea obraba con la mayor sinceridad y hasta cierto punto tenía razón: él que había visto a Bolívar "libertar grandes naciones con quinientos hombres, mientras que Napoleón con quinientos mil dejaba perder sus conquistas"; él, que había presenciado prodigios de valor y hazañas heroicas en el Nuevo Mundo, y que sabía que las más grandes naciones no eran en sus principios más que miserables tribus, podía hablar como habló en la nota diplomática. Con todo, ésta lo expuso a las zumbas y chocarrerías de los franceses; el **Drapeau Blanc** y el **Journal des Debats** la comentaron mofándose de sus aserciones desmesuradas; pero a pesar de todo, "no confundimos —decía el primero de estos periódicos— con el diplomático republicano aquel ilustre sabio, aquel literato distinguido, aquel hombre tan digno de una estimación universal por lo vasto de sus conocimientos, como por la amenidad de su trato, la suavidad de sus modales y la brillantez de su ingenio". Así pagaba el apasionado y monarquista **Drapeau Blanc** el justo tributo de admiración a Zea aun después de haberle censu-

rado acremente. Prueba clara del alto mérito de Zea y de cuán sólida es la gloria de las letras y las ciencias, ya que la pasión misma y el furor de partido a veces la reconocen. Las gestiones de Zea a propósito del reconocimiento de Colombia sólo tuvieron buen éxito respecto de los Estados Unidos de América. El Senado de esta nación reconoció en abril de 1822 la independencia de Colombia, a pesar de la oposición y reclamación de don Joaquín de Anduaga, Ministro español. De resto las naciones de Europa difirieron aquel reconocimiento.

Hemos visto que una de las principales comisiones que llevó Zea a Europa era la negociación de un empréstito destinado al pago de la deuda de Colombia y al fomento de sus industrias. Zea no logró hacer este contrato sino dos años después de estar en Europa. Primero que todo, reconoció los intereses de la deuda colombiana, y para cubrirlos negoció con Herring, Graham y Powles un empréstito de ciento cuarenta mil libras esterlinas de obligaciones, las cuales, vendidas al setenta y cinco por ciento, produjeron con qué pagar los intereses vencidos. Debido a este acto las obligaciones subieron de precio y el crédito de la República mejoró notablemente. Verificada esta previa operación, Zea contrató con los mismos comerciantes el gran empréstito de dos millones de libras al ochenta por ciento, de modo que por cada cien libras de obligaciones de Colombia los contratantes no pagaban más que ochenta. En este ochenta por ciento pagadero por los contratantes se incluían los vales anteriores de la República que aquéllos podían conseguir a corto precio; ganando así otro interés muy notable en una fuerte suma; el resto se pagaría en especies y en algún dinero. Este contrato se firmó en París el 13 de marzo de 1822.

En la negociación del empréstito, lo mismo que en el empleo que dio a sus productos, Zea obró con poca prudencia y mucho descuido. Es increíble la manera como se dirige a los acreedores de Colombia, reconociéndoles de antemano sus reclamos y cándidamente asintiendo a todas sus exigencias; no se olvida, por otra parte, de los acostumbrados retumbantes conceptos y de las exageraciones en que siempre incidía por ca-

rácter y entonces especialmente por sistema. Después de convocar a los acreedores de Colombia les dice así: "El Gobierno de Colombia no olvidará jamás el socorro que recibió en la época de su desgracia. También sabe que muchos de vosotros habéis sufrido infinito por habérsenos diferido el reembolso de lo que tan generosamente anticipasteis. Esto le ha afligido en alto grado.... Yo no vengo aquí a especular sobre vuestros temores. Colombia pagará cuanto debe, cualquiera que sean su origen o su importancia. Tiene el poder y la voluntad. Con nosotros la justicia y la riqueza andan siempre juntas. Nuestras riquezas son inagotables. La fidelidad a nuestras obligaciones será eterna". Es claro que tamaña confianza debió hacer víctima a Zea de las astucias y engaños de gentes más avisadas.

Los poderes con que Zea contrató le fueron conferidos por el Libertador en Angostura el año 1819. Antes de firmar el contrato esos poderes le habían sido revocados en Cúcuta, cuyo Congreso dispuso en 1821 que sólo esta corporación podía contraer deudas a nombre de la República. En septiembre de 1822, después de contratado el empréstito, el Vicepresidente Santander los revocó de nuevo. No consta oficialmente que Zea hubiese recibido la revocatoria antes de firmar su contrato; y él mismo, en nota dirigida a los contratantes en noviembre de aquel año, pocos días antes de su muerte, que acaeció en Bath el 22 de dicho mes, insiste en la validez de sus poderes. Comoquiera que fuese, el Gobierno de 1822 trató cruelmente a Zea, no ensayando ningún medio que no fuera el más extremado para corregir en algo las operaciones del Ministro y no amargarle la vida con terrible afrenta. La patria debía mucho a aquel hijo ilustre, y era justo que interpretara sus errores como exageraciones de su mismo patriotismo o como faltas, involuntarias en mucha parte, a las cuales el curso de los sucesos y su carácter débil le habían inclinado. ¡Ejemplo de los desastres que pueden causar las pasiones de partido y de la parte que la venganza es capaz de tomar en los dictados de la justicia! ¿No había Zea improbadamente en Angostura el fusilamiento de los prisioneros de Boyacá?

Los periódicos ingleses de aquella época, mirando menos parcialmente el asunto, reconocían que las operaciones fiscales de Zea habían sido en algún modo benéficas para Colombia: "Ellas (dichas operaciones) han sido objeto de muchas discusiones. Son pretender saber más que lo que el público sabe, no podemos dejar de reconocer que el señor Zea elevó el crédito de su país a muy alto punto". Así se expresaba un periódico de Londres, acaso *Morning Chronicle*, después de dar cuenta del fallecimiento de Zea.

Durante su permanencia en Inglaterra, Zea recibió notables muestras de consideración y de aprecio por parte de algunos personajes de aquel país. El 7 de julio de 1822 fue obsequiado en Londres con un gran banquete, presidido por el Duque de Somerset, quien brindó por Colombia y por su Ministro, y dijo que era indispensable "dar alabanzas a los que habían mandado los ejércitos de la República, conduciéndolos a la victoria, y a aquéllos que habían formado su Constitución y que por su sabiduría legislativa habían establecido la Independencia".

Probablemente es de Zea una poesía en verso blanco, que lleva por título *Colombia constituida*, la cual vio por primera vez la luz en París el año 22 y fue luego reproducida en la *Gaceta de Colombia* del mismo año. "Un español americano" suscribe la composición, firma que, según parece, es la misma de los versos a la invasión de los franceses en España. Esta circunstancia, el lugar y época de la primera edición, y los conceptos que la pieza encierra, muy naturales en Zea, son los fundamentos de la probabilidad que hemos enunciado. La forma de esta composición es sencilla y notable por su elegancia y aticismo, aunque débil e incorrecta en uno u otro verso. Hé aquí algunas muestras:

*No canto, no, de Venus los placeres
Fugaces cual la dicha, no de Marte
Mi plectro ensalzará la saña horrenda
Ni el valor de sus fieros capitanes,
Que su nombre y su poder fundaron
Sobre yertos cadáveres y ruinas:*

*Ni la codicia del audaz marino
Traficante inhumano de su especie,
.....más noble, más hermoso
Es el asunto que celebra ufano
Y que las cuerdas de su lira mueve
Blandamente, cual suele allá en la selva
Mecer favonio las regadas hojas.
Colombia, sí, Colombia es quien la inflama,
La cuna de Bolívar, el gran pueblo
Que ayer rompió sus hierros, y hoy se muestra
Seguro, ya feliz, constituido.*

Aludiendo luego a los que en Cúcuta habían formado la Constitución, y en particular a Bolívar, se expresa así:

*..... Mis labios sellan
Con religiosa fe de sus pisadas
Las patrióticas huellas! Con qué gozo
Las contemplo, las sigo, las estudio!
Con qué entusiasmo las bendigo luego!
Por aquí, por aquí la muchedumbre
Precipitada discurrió algún día
En torno del naciente santuario
.....
No era su carro de marfil labrado,
Ni míseros vencidos le arrastraban
Ni sedas, ni preseas le cubrían;
Quédense, cierto, el lujo y la lisonja
Para que los modernos Domicianos
El fango de sus almas disimulen.*

La fluidez de algunos versos y la belleza de las imágenes, unidas a cierta solemnidad que posee la poesía histórica, hace que uno al leerlos se acuerde del Duque de Rivas o del *Edipo* de Martínez de la Rosa. Habla luego el poeta de la multitud que rodeaba a Bolívar y que se apartaba para darle paso:

*Tal se agrupan las olas bulliciosas
En torno de la nave, y luego humildes
Ellas mismas se apartan y se paran
Dejándola seguir el grave rumbo.*

.....
*Ya se acerca, ya llega, ya desnuda
El acero que usara en Carabobo,
Y ya extiende la mano sobre el libro
Que los destinos de Colombia encierra,
Ya jura serle fiel. ¡Oh gran Bolívar!
Ahora sí que tu empresa coronaste!*

Habla al fin del porvenir de Colombia:

*Puéblense esos jardines que la mano
Del despotismo convirtió en desiertos;
Caiga en los Andes el robusto pino
Y surque presto los salobres mares,
Llevando por doquiera de Colombia
El nombre y los riquísimos productos.*

.....
*Ah! no está lejos el feliz momento!
Ya vendrá el día en que las dos Españas
Arrimarán las armas fratricidas;
Los hermanos de Riego han de ser siempre
Hermanos de Bolívar; pero libres
Y unidos por los vínculos tan sólo
De parentesco, dogma y conveniencia.*

Hubo en Zea dos personalidades: la del político y la del literato, el orador y el naturalista; en ambos aspectos su fisonomía moral posee caracteres semejantes; pero el más notable sin duda, el que salva la gloria de Zea así como fue la causa de los días afortunados de nuestro prócer, es el segundo. Ya vimos cómo su ilustración trocó en glorias y triunfos científicos la pena de destierro que por sus opiniones políticas se le había impuesto, y cómo los mismos censores de sus faltas diplomáticas hacían justicia a su saber. Este mismo hecho se ha presentado en la vida de otros colombianos; siempre es más excelsa, más inocente, más duradera y más serena la reputación que se alcanza fuera del campo de las luchas civiles. La República debe contar a este hijo ilustre entre los que le dieron existencia y gloria.

Marco F. Suárez

IMPRESA DEPARTAMENTAL. — MEDELLIN - COLOMBIA, S. A.
AUTORES ANTIOQUEÑOS — VOLUMEN 10 — DICIEMBRE DE 1961